


Universidad de Puerto Rico en Cayey #94 (abril 2013)



Número conmemorativo del cuadragésimo aniversario de la *Revista Cayey*







Dra. Heida Zambrana
Directora
Prof. Harry Hernández Tirado
Dirección artística
Sra. Sheila D. Dávila Rodríguez
Diagramación digital

Autoridades universitarias

Dr. Miguel A. Muñoz
Presidente
Universidad de Puerto Rico
Dr. Juan N. Varona Echeandía
Rector
Universidad de Puerto Rico en Cayey
Dra. Glorivee Rosario
Decana Interina de Asuntos Académicos
Universidad de Puerto Rico en Cayey

Junta Editorial

Dr. Rodolfo Gautier

Presidente de la Academia Científica y de Cultura Iberoamericana y Presidente de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico

Dr. Francisco José Ramos

Academia Puertorriqueña de la Lengua Española

Dr. Juan Gelpí

Universidad de Puerto Rico en Río Piedras

Dra. Rosario Núñez de Ortega

Universidad de Puerto Rico en Cayey

Dra. Isabel Delgado de Laborde

Universidad de Puerto Rico en Cayey

Prof. Esther Rodríguez Ramos

Universidad de Puerto Rico en Cayey

Dr. José Morales González

Universidad de Puerto Rico en Río Piedras

Dr. José Luis Delgado

Universidad de Granada, España

Dr. Carlos DiNúbila

Universidad de Puerto Rico en Cayey

Colaboradores:

Sr. Miguel Ayala Chaparro

Dr. Tomás López Ramírez

©2013 Derechos reservados.
ISSN 0095-4691

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores o autoras, y prevalecen sus derechos autorales.

Suscripción anual (dos números)

Instituciones: US\$25.00 / Individuos: US\$20.00

Estudiantes: US\$10.00

Solicite una suscripción escribiéndonos a:
revistacayey@gmail.com

índice

94

<i>Nota editorial</i> Heida Zambrana.....	9
<i>Mensaje del rector</i> Dr. Juan N. Varona Echeandía.....	11
<i>Mensaje de la decana interina de Asuntos Académicos</i> Dra. Glorivee Rosario.....	13
<i>Criterios para la selección de un número emblemático de la “Revista Cayey” en sus cuarenta años</i> Marcelino Canino.....	15
<i>La Universidad de Puerto Rico en Cayey</i> Isabel Delgado.....	19
<i>La fundación del Colegio Regional de Cayey de la Universidad de Puerto Rico, 1967</i> Alexis O. Tirado Rivera.....	23
<i>Y de ahora en adelante ¿qué?</i> Jaime Benítez.....	31
<i>La historia nacional reflejada en la heráldica de Puerto Rico</i> J. J. Santa-Pinter.....	37
<i>La controversia del idioma y la creación del Instituto Universitario José de Diego</i> Carmelo Delgado Cintrón.....	45
<i>Estudio comparativo de “Balún-Canán” y “Juan Pérez Jolote”</i> Margarita Benítez.....	55
<i>La filosofía francesa contemporánea (1980)</i> Francisco José Ramos.....	63
<i>Sobre el humanismo prospectivo</i> Carla Cordua.....	71
<i>“Contraria sunt complementa”</i> Andrés González.....	83
<i>La poésie symboliste comme machine à remonter le temps</i> Migdalia Barreto.....	89
<i>Borges y la ciudad del tango</i> Mario Paoletti.....	101
<i>Volver a pintar a Borges: A propósito de los retratos de Francisco Rodón</i> Efraín Barradas.....	111

En

▶ e

▶ d

▶

la

d

F

Q





Nota editorial

Dra. Heida Zambrana, directora de la *Revista Cayey*

La *Revista Cayey* número 94 festeja en esta edición extraordinaria su cuadragésimo aniversario con una muestra significativa e importante de los escritores que, desde entonces, han colaborado y aportado a la misma. Sus colaboradores, los de aquel periodo y los que ahora se suman con importantes contribuciones, como las de los doctores Isabel Delgado, Marcelino Canino y Alexis Tirado dando testimonio de lo que ha sido y seguirá siendo nuestra Revista. Si partimos de los criterios esbozados por el docto y respetable profesor Marcelino Canino, las vías para entender este esfuerzo se aligeran. El cariño y entusiasmo que rezuma el artículo de Isabel, entrañable amiga y excelente profesora, nos conmueve; el estudio rigurosamente documentado de Alexis nos abre puertas para futuras investigaciones. Entramos con Alexis en un mundo casi suprarreal cuando nos lleva por espacios, otrora militares, y que ahora, después de tantos años de luchas incontables, nos permite entender las palabras de don Jaime cuando señala que el hombre libre es el que “respeto y perfecciona sus potencias de suerte que, al usarlas, lo hace con arreglo al más alto ideal de naturaleza humana y lo hace voluntariamente.”

El trabajo dedicado y cuidadoso del comité que escogió los ensayos que aquí aparecen fue inconmensurable. Las horas, miles de horas, las dudas, las indecisiones a pesar de los criterios rigurosos que se autoimpusieron sus integrantes, me han llevado a repensar la filosofía carpenteriana de que la grandeza del hombre está precisamente en querer mejor lo que es. La imposición de la *Tarea* fue para Esther Rodríguez, coordinadora del comité, una obligación moral: la Revista tenía que salir. Escoger entre tantos y valiosos escritores que durante cuarenta años habían aportado al prestigio de la Revista fue muy arduo. No quedaba la menor duda de que las aportaciones filosóficas de Carla Cordua y Francisco José Ramos tenían que estar aquí, pero ¿cuáles? Los ingeniosos estudios de la colega Margarita Benítez y de su ilustre padre tenían que estar aquí, pero ¿cuáles? Además, Carmelo Delgado, Andrés González, Migdalia Barreto, –Mario Paoletti, Efraín Barradas... y de nuevo la pregunta, sí, pero ¿cuáles? Sin lugar a dudas, tenía que estar presente, no solo por el prestigio que para aquellos años le impartió a la Revista, sino por la relevancia del tema tratado, J. J. Santa-Pinter y sus estudios sobre la heráldica puertorriqueña.

Darles las gracias a todos mis colaboradores me parece un ejercicio cotidiano, pero insoslayable. Agradecer al rector y a sus decanos el entusiasmo y apoyo que le brindaron a esta empresa, también. ¿Qué decir? Que sean nuestros amables lectores los que reconozcan el leal compromiso de todos, con la Universidad y con la *Revista Cayey*.

56

57

V XX N m
S m m

REVIS

CA

CA

Mensaje del Dr. Juan N. Varona Echeandía

Rector de la Universidad de Puerto Rico en Cayey

Me complace presentar en esta ocasión el número conmemorativo del cuadragésimo aniversario de la *Revista Cayey*. Fundada en 1968 con el propósito de fomentar la creación y la investigación en las diversas ramas del saber, es esta la publicación más antigua de nuestro recinto universitario, que se estableció a su vez un año antes.

La *Revista Cayey* ha sido producto del esfuerzo de reconocidos autores e investigadores, tanto de la Universidad de Puerto Rico como del exterior. Ha cumplido su cometido durante más de cuatro décadas y al día de hoy constituye un importante referente de nuestra institución.

La permanencia de la *Revista Cayey* ha significado la conservación de toda una tradición de cultura y valores académicos presentes y vivos a lo largo del tiempo en nuestro campus universitario. Ha sido y es un estímulo hacia la búsqueda de la verdad, uno de los eslabones que forman la cadena de hallazgos y logros que debemos, como universidad, promover y difundir.

Cada número de la *Revista Cayey* ha sido una muestra de nuestro desarrollo institucional, un testimonio, desde la diversidad de ideas y enfoques de sus directores y colaboradores, de diferentes etapas de nuestro quehacer académico. La *Revista Cayey* ha constituido una incuestionable aportación a la cultura en general y a nuestra cultura en particular, la que seguimos construyendo de manera constante con nuevas ideas, sin olvidar las que han demostrado fecundidad y provecho.

En este número conmemorativo tendrán la oportunidad de conocer algunos de los artículos y trabajos de creación más significativos publicados en nuestra revista a través de los años. Queremos de este modo asomarnos a la historia de la revista, difundirla y recordarla. Para algunos lectores, significará un primer acercamiento, un encuentro inaugural que de seguro no excluirá alguna sorpresa; para otros, los más antiguos, la colección de trabajos será un manojito de remembranzas. A unos y a otros deseamos que disfruten al máximo su lectura.



UPR 67

D

Mensaje de la Dra. Glorivee Rosario

Decana Interina de Asuntos Académicos de la Universidad de Puerto Rico en Cayey

En Cayey...

Hace más de cuatro décadas, los ciudadanos de Cayey, convocados por algunos de sus hijos más ilustres, entre los que destacaban el escritor Miguel Meléndez Muñoz y el jurista Víctor M. Pons Gil, concibieron un proyecto educativo para dotar a nuestra región de una institución universitaria que formara parte de la Universidad de Puerto Rico.

Aquellos esfuerzos hicieron posible que los predios del antiguo campamento militar Henry Barracks se transformaran en un centro dedicado a la educación superior. El 20 de agosto de 1967, se fundó el Colegio Regional de Cayey, con una facultad de veintitrés profesores y una matrícula estudiantil de cerca de cuatrocientos alumnos.

Hoy, con más de 3,600 estudiantes y 165 profesores, somos la Universidad de Puerto Rico en Cayey, ofrecemos servicios no solo a la región, sino a todo el país, y hemos abierto nuestras puertas a estudiantes y a docentes de diversas partes del mundo.

Nuestro recinto siempre se ha destacado tanto por la belleza de su campus, como por la calidad de sus programas académicos. Consistentemente, hemos mantenido una facultad y un estudiantado de altos méritos, que con sus logros en Puerto Rico y en el extranjero, han llenado de orgullo a nuestra comunidad. Cabe asimismo reconocer la eficiente labor realizada por los empleados no docentes a lo largo de estas cuatro décadas.

Una de las tareas más tempranas de la Universidad de Puerto Rico en Cayey fue la creación de una revista. En agosto de 1968, solo un año después de haberse inaugurado nuestra institución, apareció el primer número de la *Revista Cayey*, publicación semestral dedicada a promover la investigación, la creación literaria y la libre discusión. Los profesores Rafael González Torres y J. J. Santa-Pinter fueron sus primeros directores; a este último debemos una precisa visión de los propósitos de la revista:

Con ello hemos podido cumplir con el objetivo de la Revista CAYEY, que consiste en ofrecer la imagen intelectual y académica del Colegio a través de trabajos publicados que fueran aportaciones originales a las artes y las ciencias, en general, y en

sus distintas ramas en particular.

Nuestra meta es triple, a saber, conseguir, primero, que dicha imagen sea tan universalista como lo son las artes y las ciencias; segundo, que sea tan insularista como lo es la problemática general actual de Puerto Rico, y tercero, que sea también, tan localista como lo es la razón de ser, el objetivo especial de nuestro Colegio. (*Revista Cayey*, número 14, enero de 1975)

La *Revista Cayey* ha cumplido a cabalidad con este compromiso. Desde su fundación, se han publicado ininterrumpidamente 93 números, con trabajos de distinguidos académicos, artistas e intelectuales puertorriqueños y del exterior, así como de miembros de nuestro estudiantado. Se han dado a conocer, tanto en español como en otras lenguas, análisis y opiniones sobre temas relacionados con todas las ramas del saber, desde las humanidades, las ciencias naturales y las matemáticas, hasta las ciencias sociales, la administración pública y de empresas, la teología, la política y el derecho. Del mismo modo, se ha reservado un espacio importante para las obras de creación literaria y, con el paso de los años, para las artes plásticas. Nuestra revista ha demostrado un compromiso real con la investigación, como lo demuestra su serie de *Cuadernos monográficos*, que ha divulgado diversos trabajos de nuestros facultativos.

En esta ocasión, presentamos con mucho orgullo el número 94 de la *Revista Cayey*, dedicado a conmemorar su cuadragésimo aniversario. La Junta Editora tomó la decisión de publicar en este número algunos de los artículos más significativos que aparecieron durante los primeros tres lustros de la revista. También se incluyen materiales gráficos que ayudan a documentar su desarrollo. De este modo, los editores se proponen, por un lado, mostrar algunos hitos en la evolución de la revista, y por otro, expresar su agradecimiento a todos los que, a través de cuarenta años, han hecho posible, con su esfuerzo y determinación, este proyecto editorial que nació con nuestro recinto universitario.

Como egresada de esta institución y como presente miembro de nuestro claustro, me uno a este homenaje con admiración y con la seguridad de que nuestros lectores habrán de acoger con beneplácito los textos que componen este número conmemorativo.

CAJON

REVISTA

CELEGIO UNIVERSITARIO DE CALIFORNIA

Vol. 51 Núm. 4, Enero 1971

Criterios para la selección de un número emblemático de la *Revista Cayey* en sus cuarenta años

Marcelino Canino

Una Revista universitaria, forzosamente, tiene que ser heterogénea. La naturaleza plural de una universidad no puede inclinar la balanza a favor de tal o cual campo del saber o de las artes. Artes y ciencias puras, y aún las ciencias aplicadas deben tener, teóricamente hablando, iguales espacios representativos. Este carácter interdisciplinario de “una revista universitaria ideal” es muy difícil de alcanzar, sobre todo en las épocas de tantas refinadas y complejas especializaciones, muchas veces proclives al último grito de la moda intelectual. Por otro lado, la ingerencia política y gubernamental en algunas universidades fuerza a que éstas respondan a los intereses pragmáticos del sistema económico reinante, en otras palabras, a los fines y propósitos de la clase dominante. Poco a poco las materias técnicas y pragmáticas han ido desplazando a las disciplinas humanísticas como la filosofía, la historia, la lingüística, los estudios literarios, la filología, la sociología, las teorías cognoscitivas y epistemológicas, a las ciencias naturales puras, y muchas otras sin las cuales una universidad no podía ser considerada de incuestionable valor y categoría.

El concepto de universidad ha evolucionado significativamente desde el siglo XII hasta ahora, en los albores de la segunda década del siglo XXI. Y una revista universitaria no puede menos que evolucionar al compás de los nuevos enfoques del saber. Todo esto sin claudicar a los principios que le dieron sentido desde su formación en la Edad Media y que, a través del tiempo, han demostrado ser válidos y útiles. La universidad no solo debe informar, sino además, formar a sus estudiantes. El claustro de profesores debe estar comprometido con estos dos aspectos

fundamentales de la educación universitaria. Por tal razón es necesario ofrecer a estudiantes, profesores y a la comunidad en general un medio para exponer y ventilar las investigaciones y sus resultados, los descubrimientos y sus aplicaciones, así como sus creaciones artísticas, en fin, una revista que sea vitrina del saber, de la creación, y espejo de las mentalidades de todos los tiempos... Todo dirigido a fomentar el bien común, la felicidad entre los seres humanos, el amor a la naturaleza, a la búsqueda de la verdad, la paz perpetua... La naturaleza de una revista universitaria debe estimular a que, tanto el profesorado como el estudiantado, lo cuestionen todo. Cuestionar tanto a los criterios de autoridad como a las propias ideas del que cuestiona. La reivindicación de la “duda” fue una gran aportación de René Descartes: ¡la duda como principio de certeza!

A base de lo que hemos esbozado anteriormente, podemos decir que la *Revista Cayey*, ha respondido, generalmente, a los intereses del equilibrio intelectual necesario y deseable. No obstante, es natural que los directores y directoras que este órgano ha tenido a través de los años, hayan inclinado un poco la balanza hacia las materias académicas de su predilección. Por otro lado, levantar un acervo de trabajos dignos de ser publicados en una revista de prestigio, supone un esfuerzo colosal de parte de los directores de la misma: urgir a que se respeten las normas editoriales, entregar los trabajos en tiempo razonable, conseguir entre clausurales de distintos recintos evaluadores de los trabajos a ser publicados, supone horas de dedicación, un esfuerzo ingente. Recordemos que un director o directora de una revista no es un sabelotodo, por lo que necesita de asesores que casi siempre trabajan ad honorem, esto es, sin remuneración alguna.

Si trasladamos este marco teórico al hecho de llevar a cabo un número emblemático y representativo de los 40 años de publicaciones de la *Revista Cayey*, el problema de la selección de textos es más conspicuo

y azaroso. El único proceso razonable que se me ocurre es el de la incuestionable excelencia: qué aportaciones hizo el autor de un ensayo o artículo al saber, al conocimiento de la disciplina que trata, qué permanencia significativa tienen sus aportaciones; cómo mejora el campo de la enseñanza, y así por el estilo. Finalmente, la discusión del grupo de miembros de una junta editorial es fundamental, siempre con el ideal supremo de la calidad vista a través de la lupa de la objetividad... Una revista universitaria como *Cayey*, que ya ha alcanzado la respetable edad de cuarenta años, tiene, por fuerza, que conservarse dinámicamente hasta que la venerable institución académica cumpla sonriente un siglo de vida provechosa y, quizás, mucho más...

UNIVERSITA

UNIVERSITÄT

NUM. 4

1971



La Universidad de Puerto Rico en Cayey

Isabel Delgado

Desde que se entra en el campus de la Universidad de Cayey, por una carretera bordeada de inmensas palmeras, se siente un ambiente propicio para el estudio, para la investigación y para el proceso educativo en todos sus aspectos, dada la belleza natural de su entorno. La excelencia académica ha sido, desde sus inicios, el objetivo primordial de la institución, caracterizada por la variedad de sus ofrecimientos y por el rigor y la exigencia que han dado como resultado la gran calidad de sus egresados que, actualmente, se destacan en sus diferentes profesiones y ocupan puestos de responsabilidad en nuestro país y fuera de él.

Lo que anteriormente fuera un campamento militar, primero del ejército español y después del norteamericano, es, desde 1967, una institución universitaria. Se impusieron las letras sobre las armas, mal que le pese a don Quijote, que le dio primacía a las armas en su célebre discurso.

De verdadera gesta histórica se podría calificar su fundación, como resultado del esfuerzo realizado por los líderes representativos de todos los sectores de Cayey y de su ciudadanía, que encontraron un clima propicio en la política educativa del entonces presidente de la Universidad de Puerto Rico, D. Jaime Benítez.

Los estudiantes de Cayey y los de los pueblos de la región central que se graduaban de Escuela Superior y querían cursar estudios universitarios tenían las siguientes opciones: la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, el Colegio de Mayagüez, la Universidad Interamericana de San Germán o salir fuera de Puerto Rico. Era, por tanto, una necesidad el que se fundara un centro universitario, lo que coincidió con el cierre del campamento militar Henry Barracks.

En 1898, las tropas establecen puestos militares en distintos pueblos de la Isla, uno de ellos en el hermoso valle de Cayey, donde anteriormente se había radicado un campamento del ejército español. Tras varias reconstrucciones, se le dio el nombre de Henry Barracks y fue la sede del Regimiento 65 de Infantería que participó en la Guerra de Corea. Este centro militar ejerció gran influencia en las diversas facetas de la vida cayeyana que, como dice el Dr. Antonio Ramos en sus investigaciones sobre el pueblo de Cayey y sobre su universidad, regulaba el horario del pueblo, mediante una salva de cañón a las 5:00 a. m. hasta el toque de corneta a las 5:00 p. m., que marcaba el final de la jornada. Y, de esta manera, el sonido del cañón se convirtió en el reloj de los cayeyanos.

El Gobierno Federal cedió los terrenos y las estructuras del campamento militar a la Universidad de Puerto Rico, en donde se fundó el Colegio Regional en 1967, bajo la dirección del profesor Rafael E. García Bottari. El traspaso de los terrenos se hizo oficialmente en 1968 por el general Chardón a D. Jaime Benítez en una lucida ceremonia.

Con cuatrocientos veintiún estudiantes y veintitrés profesores comenzó el primer año, cifra que se duplicó en el segundo. Con el objetivo de alcanzar gran excelencia académica, siempre se seleccionó al profesorado con la máxima preparación. Fue durante los primeros años un claustro bastante internacional, con profesores oriundos de Cuba, Estados Unidos, España, Panamá, Hungría, Italia, Argentina, Chile, Perú, Colombia y, por supuesto, profesores puertorriqueños de probada competencia.

En 1969 se convirtió en un colegio universitario de cuatro años, que dependía de la oficina del Presidente, hasta el 1982, año en que adquiere su autonomía administrativa y educacional.

Han pasado cuarenta y cinco años desde su fundación, con una historia de renovados esfuerzos y logros en el aspecto educativo, en el investigativo, en la planta física y en los ofrecimientos que proveen las distintas dependencias que ayudan al estudiantado en el proceso de su crecimiento integral.

Actualmente, cuenta con alrededor de tres mil seiscientos treinta estudiantes, distribuidos en nueve bachilleratos: Administración de Empresas, Biología, Ciencias Naturales, Ciencias Sociales, Estudios Hispánicos, Humanidades, Matemática y Física, Pedagogía y Química. Programas de investigación científica e interdisciplinaria, de Ecología, de Estudios de la Mujer, de Estudios de Honor y otros atractivos ofrecimientos hacen de nuestra institución un centro muy solicitado y de amplio reconocimiento. Sus egresados, excelentes profesionales en sus respectivos campos, constituyen la mejor prueba de su calidad académica.

La Revista Cayey (1968), que nació casi al unísono del entonces Colegio de Cayey, es una publicación oficial que goza de gran prestigio, debido a la colaboración de figuras representativas del quehacer intelectual y artístico puertorriqueño e internacional.

De gran interés para el visitante es el Museo de Arte Pío López Martínez que alberga una exhibición permanente de las obras del pintor cayeyano, Ramón Frade, y una recreación de la casa donde vivió el artista, realizada por el maestro Antonio Martorell. También se encuentra la sala Lorenzo Homar, donde se expone una selección del arte gráfico producido en Puerto Rico desde la década del setenta hasta el 2010. Es centro, igualmente, de actividades culturales, presentación de libros, conferencias y conciertos, en un ambiente propicio y acogedor.





SECTION X-X

SCALE 1/4" = 1'-0"

La fundación del Colegio Regional de Cayey de la Universidad de Puerto Rico, 1967

Alexis O. Tirado Rivera
Universidad de Puerto Rico en Cayey

La Ley Número 1 de 20 de enero de 1966 y el Colegio Regional de Cayey:

El domingo, 20 de agosto de 1967, el antiguo campamento militar Henry Barracks de Cayey, quedó oficialmente convertido en la sede del nuevo Colegio Regional adscrito a la Universidad de Puerto Rico. Desde ese día comenzó a conocerse como el Colegio Regional de Cayey de la Universidad de Puerto Rico. Hacía cerca de año y medio que la Asamblea Legislativa de Puerto Rico, había aprobado la Ley Número 1 de 20 de enero de 1966, donde reorganizaba el esquema operacional, administrativo y académico de la Universidad de Puerto Rico, a la vez, que establecía una nueva estructura gerencial, de acuerdo a los tiempos. En el Artículo 1 de la Ley, la legislatura estableció como el propósito principal de la Universidad, el de “[...] reafirmar y robustecer su autonomía y facilitar su continuo crecimiento.”¹ Es en este contexto que, siendo el propósito principal que la Asamblea Legislativa le encomendó a la Universidad el de crecer; además, era imprescindible que la Universidad llevara “[...] a plenitud la riqueza intelectual y espiritual latente en nuestro pueblo, a fin de que los valores de la inteligencia y del espíritu de las personalidades excepcionales que surgen de todos sus sectores sociales, especialmente los menos favorecidos en recursos económicos, puedan ponerse al servicio de la sociedad puertorriqueña.”²

Este último punto es parte de los objetivos encomendados por el legislador a la Universidad. Además, la Asamblea Legislativa, observaba con detenimiento varios factores que fueron determinantes en ese período histórico, y que llevó a formular una política de una universidad más cercana al pueblo. Me refiero al asunto del crecimiento poblacional experimentado en la década del 60. Con esto en mente, la Ley Número 1 de 20 de enero

de 1966, contempló la expansión de la universidad, autorizando la creación de la Administración de Colegios Regionales de Educación Superior, “en caso de establecerse uno o más Colegios Regionales adicionales.”³ Los recintos universitarios que fuesen adscritos a dicha administración que, funcionaría como una unidad institucional autónoma, se sumarían a los ya existentes recintos de Río Piedras, Mayagüez y Ciencias Médicas, los recintos históricos, además del Colegio Regional de Humacao- fundado en el año 1963-, eran los que para 1966 componían lo que se conocía como la Universidad de Puerto Rico; los primeros tres aparecen sus propósitos en dicho estatuto legal, mientras que el último iniciaría la verdadera descentralización de la universidad.

Aquella misión que la legislatura puertorriqueña encomendó a la Universidad de Puerto Rico, se hizo realidad cuando pudo acelerar su proceso de expansión hacia otros puntos de la Isla, a partir del año 1967. Lo que se pretendía era más bien iniciar el proceso de descentralización universitaria cuyo objetivo era la de garantizar la mayor entrada posible de estudiantes al sistema universitario público, y descongestionar la matrícula de los recintos de Río Piedras y Mayagüez; sin embargo, no podía perder de perspectiva, que debían continuar con la calidad de la enseñanza como hasta entonces.

Para el año 1967 tocó el turno bajo los auspicios de la nueva ley universitaria, a las municipalidades de Cayey y Arecibo. En ambas ciudades fue importante el establecimiento de un recinto de la Universidad de Puerto Rico; en primer lugar, Cayey brindaba la oportunidad de cubrir la región sur y central, y Arecibo, impactaría la zona norte de la isla. El municipio de Humacao, que ya para 1967 contaba con un recinto, tenía cuatro años de operaciones; dicho municipio tenía sus méritos para contar con un recinto universitario, al igual, que el municipio de Arecibo; sin embargo, ambos recintos tuvieron

que pasar por un largo proceso, para el desarrollo de una infraestructura que duró varios años. Cayey, al contrario, no tendría el problema de infraestructura ya que las facilidades del Henry Barracks eran las más aptas para establecer un centro de educación superior.

La lucha cívica:

Como mencioné, la municipalidad cayeyana contaba con lo que había sido un campamento militar, primero con España y luego con los Estados Unidos de Norteamérica. Dichos terrenos y sus edificaciones, eran aptas para brindar servicios educativos a nivel universitario. De hecho, como parte de los entrenamientos militares en el Henry Barracks, se impartían cursos a los soldados, por lo que había cierta infraestructura para la misión educativa que se avecinaba.

En octubre de 1956, las autoridades militares adscritos al Departamento de la Defensa de los Estados Unidos informaban el cierre del campamento militar Henry Barracks de Cayey. Para ello, dicha dependencia del Gobierno Federal estadounidense tendría que disponer de los terrenos, los edificios y las casas que albergaba el campamento. Las tierras fueron declaradas bajo el concepto de “excedente”, por lo que el Gobierno Federal tendría que buscar la manera de disponer de los mismos.⁴ Como dato histórico, los terrenos del Henry Barracks cedidos al Gobierno del Estado Libre Asociado de Puerto Rico en 1967, originalmente ascendieron a 129 cuerdas y tenían un valor total de \$1,588,000, comparados con las 224 cuerdas adquiridas originalmente en 1903 por un valor de \$36,000.⁵ Más adelante otros terrenos del campamento fueron cedidos a la Universidad.

Ante la necesidad de tener accesible para la población de escasos recursos económicos que deseaban contar con un grado universitario, y máxime en el momento en que Puerto Rico aceleraba el paso en su

industrialización con el establecimiento de fábricas promovidas por la Administración de Fomento Económico y su brazo operacional la Compañía de Fomento Industrial, se hacía necesario el abrir nuevas oportunidades educativas en el ámbito universitario. Antonio Luis Ferré, entonces Presidente del Consejo de Educación Superior, informaba a la Asamblea Legislativa que los planes para el establecimiento del Colegio Regional de Cayey en Henry Barracks, tenía la más alta prioridad, ya que “[...] ello facilitaría a muchos jóvenes de recursos modestos del centro de la Isla el cursar estudios universitarios a un costo moderado y sin tener que hacer los sacrificios económicos y personales de trasladarse al Área Metropolitana.”⁶ Para ello las facilidades del Henry Barracks vendrían a llenar esa necesidad, además, “[...] de ser un poderoso estímulo cultural y económico para la zona central de la isla...”⁷ No obstante, cabe mencionar, que a mediados de la década del 50, se propuso desde las esferas del Gobierno Federal la fundación de una institución que se llamaría Universidad Interamericana (que no tiene nada que ver con la universidad del mismo nombre en suelo puertorriqueño y fundada en el año 1912 en el municipio de San Germán). Sin embargo, aquella idea no prosperó,⁸ por lo que dejaría el camino libre a la comunidad cayeyana para reclamar el uso de esas facilidades para beneficio del pueblo.

Por otro lado, las luchas de la ciudadanía fueron fundamentales para que los planes de expansión de la Universidad fuera una realidad. Un grupo de ciudadanos cayeyanos encabezados por el insigne escritor cayeyano, Miguel Meléndez Muñoz⁹ y Víctor M. Pons Gil¹⁰ se dieron a la tarea de iniciar un proyecto con el objetivo de rescatar dichas tierras y facilidades para que se convirtieran en un recinto universitario público. El comité denominado “Comité para Gestionar Establecimiento de un Colegio Universitario en Henry Barracks, Cayey, P. R.”, estaba integrado por ciudadanos cayeyanos

y representantes del orden cívico, cultural, político, municipal, obreros, religiosos, industriales, comerciantes y deportivos, tanto de la ciudad como de los pueblos limítrofes a Cayey, consignaron en una Resolución en la que proponían que los terrenos del Henry Barracks fuesen destinados a un Colegio Regional de la Universidad de Puerto Rico¹¹, y no para otros fines que no fuesen esos. De hecho, se mencionaban distintos usos para el Henry Barracks, como lo eran una cárcel, un hospital psiquiátrico, un hospital de distrito, entre otros posibles usos. Uno de los Por Cuantos de la Resolución establecía lo siguiente:

Por Cuanto: El [Comité] Pro Colegio Regional de Cayey, compuesto por todas instituciones cívicas, políticas, religiosas, obreras, gubernamentales y económicas de esta comunidad y las instituciones similares de los otros pueblos de la zona central de la Isla, consideramos que sería un desastre y un despilfarro del patrimonio público que los terrenos de Henry Barracks se dedicaran a otros fines que no fueran el inmediato establecimiento de un colegio universitario y el ulterior crecimiento de la Universidad de Puerto Rico y que esta apenas podrá seguir creciendo en sus actuales recintos.¹²

Además, añadía la Resolución que en la zona central de la Isla no había colegios universitarios, y que “[...] la enseñanza de nivel universitario se encarece y se obstaculiza para los residentes de esta región, quienes al presente tienen que acudir a las ciudades del litoral que es donde únicamente hay universidades.”¹³

Otras entidades cívicas establecieron resoluciones en apoyo al establecimiento del Colegio Regional de Cayey. Una de esas fue el Club de Leones de Cayey,

que en su reunión de matrícula del 10 de diciembre de 1966, respaldaba la idea de establecer el Colegio Regional de la Universidad de Puerto Rico en los terrenos del Campamento Militar Henry Barracks de Cayey. En el documento señalaba el Club de Leones lo siguiente en uno de sus Por Cuantos:

Por Cuanto: El establecimiento de una institución de esta clase en los terrenos de "Henry Barracks" habrá de ayudar al enriquecimiento y desarrollo de la juventud y de la ciudadanía en general de Cayey y todos los pueblos del centro de Puerto Rico beneficiándose de ello, mayormente, estudiantes de familias pobres que no pueden enviar sus hijos a Río Piedras o a Mayagüez y aliviaría grandemente el problema de falta de instituciones de nivel superior en Puerto Rico.¹⁴

Ante las peticiones de la comunidad cayeyana y pueblos limítrofes, el senador por el Distrito Senatorial de Guayama y residente de Cayey, Leonel Fernández Méndez, radicó en el Senado de Puerto Rico la Resolución Conjunta del Senado 312, que asignaba la cantidad de \$450,000 para el establecimiento del Colegio Regional en el Municipio de Cayey.¹⁵ Por otro lado, el Consejo de Educación Superior, mediante la Resolución 57 del 9 de septiembre de 1966, autorizaba al Presidente de la Universidad de Puerto Rico, Lcdo. Jaime Benítez, a que la mayor brevedad posible encaminara los planes para el establecimiento de un Colegio Regional en Cayey en las facilidades del Henry Barracks.¹⁶ Durante los primeros meses del año 1967, las autoridades militares dieron el visto bueno para el traspaso de las 129 cuerdas de terrenos del Henry Barracks, con el propósito de que se estableciera el Colegio Regional de Cayey de la Universidad de Puerto Rico. De hecho, el propósito de las autoridades militares estadounidenses al ceder

el Henry Barracks al pueblo de Puerto Rico, fue que se utilizaran con propósitos educativos.

El sueño de muchos en Cayey y la región, de que los terrenos del Henry Barracks se destinaran para establecer un recinto de la Universidad de Puerto Rico, se hacía realidad en agosto de 1967.

La fundación del Colegio Regional de Cayey en la prensa diaria:

Durante el mes de agosto de 1967, el periódico *El Mundo*, rendía informes periodísticos relacionados al Henry Barracks. El acontecimiento del traspaso de los terrenos, que por más de medio siglo había sido un campamento militar, fue seguido muy de cerca por el periódico. Algunas de esas noticias la podemos encontrar en la edición del periódico del viernes, 18 de agosto de 1967, bajo el título "Abren colegios UPR: Arecibo y Cayey", donde se informaba los planes de la Universidad de Puerto Rico para ambos recintos. En el caso de Cayey, se esperaba que 400 estudiantes comenzaran estudios en ese agosto y que posteriormente ascendiera a 800 estudiantes. Se informaba, además, que la facultad que comenzaba el 20 de agosto, estaría formado por las siguientes personas: "Mariano García Rodríguez, Departamento de Matemáticas; Jenaro Maldonado Capriles, Departamento de Biología; Carlos Villar Álvarez, Departamento de Biología; Carlos Iñiguez, Departamento de Ciencias Sociales; Rafael González Torres, Departamento de Estudios Generales; Aquiles Zamina, Departamento de Humanidades y Earl y Elizabeth Antilla, Departamento de Inglés".¹⁷ Como dato de interés, en la nota periodística, se estableció "que será la primera vez que se izará la bandera de Puerto Rico en el antiguo campamento militar Henry Barracks."¹⁸

En la edición del sábado, 19 de agosto de 1967, el periódico *El Mundo* editorializó el acontecimiento de la fundación del Colegio Regional de Cayey y el de

Arecibo. Bajo el título: “Los Colegios Regionales”, el editorial señalaba lo siguiente:

No solamente por la apertura en sí de esas dos instituciones, sino por el hecho de que se hayan inaugurado a su debido tiempo, siguiendo el plan de expansión trazado para la Universidad de Puerto Rico.

Esparcidos por el interior de la Isla, los colegios regionales aumentarán las oportunidades que tienen los estudiantes pobres de conseguir una educación universitaria. Porque ese es otro obstáculo que se presenta a los graduados de escuela superior. Además de conseguir acomodo en la Universidad, sus familias deben poseer los recursos económicos para sostenerlos en la Zona Metropolitana o en Mayagüez.

Ahora que hay colegios regionales en Humacao, Arecibo y Cayey, los alumnos de escasos recursos tienen oportunidades para estudiar que no tenían antes.

Los colegios regionales vienen a llenar otra necesidad en ese sentido. Pueden servir como instituciones preparatorias, que ofrezcan los primeros dos años de carreras más largas, o pueden darle al alumno una educación técnica completa, semiprofesional.

Esas carreras técnicas están en gran demanda actualmente, especialmente entre las nuevas industrias que van estableciéndose en la Isla.

Las fábricas de productos derivados del petróleo, por ejemplo, están necesitando malamente personal de laboratorio y de

campo que, sin ser ingenieros químicos, tengan una preparación adecuada.¹⁹

La ceremonia de inauguración del Recinto de Cayey de la Universidad de Puerto Rico sirvió para demostrar que la lucha que llevó a cabo la ciudadanía de Cayey por los terrenos del Henry Barracks, para que se convirtieran en un centro docente, fue fundamental para los planes de la ciudad. En la edición del 21 de agosto de 1967, *El Mundo* informaba la inauguración del recinto.

A la misma acudieron los ciudadanos de Cayey y pueblos limítrofes quienes fueron los principales responsables para la fundación del colegio. Para el Lcdo. Jaime Benítez, el Colegio le daba “permanencia” a los planes de regionalización de la Universidad de Puerto Rico. Bajo la firma de la periodista, Wilda Rodríguez, corresponsal del periódico, destacaba la importancia de la inauguración. “[...] se inauguró las facilidades del nuevo recinto del Colegio Regional de Cayey de la Universidad de Puerto Rico, una aspiración de los cayeyanos... el convertir las facilidades del antiguo campamento militar Henry Barracks en una universidad.”²⁰ De hecho, el Lcdo. Benítez, señalaba en su discurso que “[...] al entrar en el aula, es menester que sepa el maestro, así como el alumno, que se está entrando en ‘tierra santa’.”²¹ Destacaba también que las facilidades del nuevo recinto daba la oportunidad para expandir el recinto.²² Señalaba que el norte de la facultad era el “[...] dedicarse a plenitud a la honrosa tarea de aprender y aprender a enseñar.”²³

La historia de la Universidad de Puerto Rico en Cayey es una altamente rica. De campamento militar donde se enseñaba el arte de la guerra, al arte de aprender y aprender a enseñar. La “Casa de Estudios” como le llamó el Lcdo. Jaime Benítez continúa su historia.

Notas:

¹ Véase el texto íntegro de la *Ley de la Universidad de Puerto Rico*, Ley Número 1 de 20 de enero de 1966, en *Leyes de Puerto Rico: 1965- 1966*. (Santurce, Puerto Rico: Equity de Puerto Rico, Inc., 1966), p. 87.

² *Ibid.*, p. 88.

³ *Ibid.*, p. 93.

⁴ Información recopilada en: *Visión 97*. (Edición Especial del Treinta Aniversario del Colegio Universitario de Cayey). (Cayey, Puerto Rico: Boletín de la Oficina del Rector del Colegio Universitario de Cayey, 1997), p. 6; *El Día*, 15 de noviembre de 1969, p. 4.

⁵ *El Día*, 15 de noviembre de 1969, p. 4.

⁶ “Ponencia de Antonio Luis Ferré, Presidente del Consejo de Educación Superior, ante la legislatura para informarles que ha hecho el Consejo de Educación Superior para facilitar el establecimiento de un Colegio Regional en Cayey”, 20 de abril de 1967. Documento disponible en los archivos de la Sala de Colección Puertorriqueña José Luis González de la Biblioteca Víctor M. Pons Gil, de la Universidad de Puerto Rico en Cayey, p. 1.

⁷ *Ibid.*

⁸ Sobre este particular en el Boletín de la Oficina del Rector del Colegio Universitario de Cayey, *Visión 97*, hay algunas referencias en cuanto a dicha propuesta. *Op.cit.*, pp. 5 y 23.

⁹ Miguel Meléndez Muñoz, nació en Cayey, Puerto Rico en el año 1884. A temprana edad se traslada con su familia a Madrid, España, donde permanece algunos años. Al regresar a la Isla, cursa sus primeros grados en su natal Cayey. A la muerte de su padre trabajó como dependiente en un establecimiento comercial dedicado al ramo de Pulpería. Allí conoció a la gente de pueblo, enriqueciendo su formación cultural, además, de las lecturas que realizaba en

la biblioteca de la abuela materna. A los 18 años llegó a ser tenedor de libros en la tienda mercantil la cual laboraba. En 1902, se trasladó a San Juan para administrar una empresa de coches. Asistía a las tertulias que tenía por sede el periódico *Heraldo Español*, y la cual concurrían intelectuales capitalinos. Estudió por su propia cuenta educándose en diversas materias. En 1904 se inició como articulista y publica su primer libro titulado *Retazos*. Entre los años 1914 a 1928 labora por cuenta propia como terrateniente y agricultor, dedicado al cultivo del tabaco en Cayey. Se desempeñó como gerente del Banco de Ahorro y Crédito Ponceño de la sucursal de Cayey. En 1913 publicó su novela *Yuyo*, y en 1916 su ensayo “Estado social del campesino puertorriqueño”; en 1919 publicó *Lecturas Puertorriqueñas*; y en 1927 *Ensayos*. Desde 1932 hasta 1952 se desempeñó como secretario, conferenciante y jefe de oficina de la Junta Insular de Instrucción Vocacional. Participó en la Junta de Gobierno del Ateneo Puertorriqueño en calidad de Tesorero (1932- 1942); Vicepresidente 1943 y Presidente 1944- 1945. Fue Director Escolar en el Gobierno Municipal de San Juan y Alcalde Interino de la Ciudad de San Juan. Autor de los siguientes libros: *Cuentos del Cedro*, 1936 prologado por Manuel Zeno Gandía; *Cuentos de la Carretera Central*, 1941; *Retablo Puertorriqueño*, 1941; *Fuga de Ideas*, 1942; *Cuentos y Estampas*, 1958; *El Jíbaro en el Siglo XIX*, 1963; *Sobre Esto y Aquello*, 1963. En 1958 la Universidad de Puerto Rico le confiere el grado de Doctor en Letras Humanas Honoris Causa. A finales del año 1960, el Instituto de Cultura Puertorriqueña le otorgó reconocimiento como una de los hombres destacados en el estudio y difusión de la cultura insular; en 1962 el Instituto de Literatura Puertorriqueña le otorgó el premio de periodismo por su continuada colaboración como articulista y ensayista en diversos órganos de información y cultura en la prensa del país. Fallece en Cayey, Puerto Rico en el año 1966. Ver: *La Gran Enciclopedia de Puerto Rico*. Tomo V (Novela). (Madrid, España:

Formas Gráficas, S. A., Tomás Bretón, 1976), pp. 119- 123. Miguel Meléndez Muñoz, no logró ver la transformación del Henry Barracks convertido en centro universitario público. Años más tarde, el Lcdo. Jaime Benítez, presidente de la Universidad de Puerto Rico, denominó uno de los edificios del antiguo campamento militar como Edificio Miguel Meléndez Muñoz, en homenaje póstumo.

¹⁰ Para conocer un poco sobre la vida de Víctor M. Pons Gil, ver: Héctor M. Vega Ramos, “Don Víctor M. Pons Gil”, *Revista Cayey* (Colegio Universitario de Cayey). (Vol. XXIII), (Núms. 68 y 69), (Septiembre-Diciembre 1990), pp. 43- 45.

¹¹ “Resolución del Comité para Gestionar el Establecimiento de un Colegio Universitario en Henry Barracks, Cayey, Puerto Rico”. 7 de febrero de 1967. Folleto: “Décimo Quinto Aniversario dedicado al comité que gestionó su establecimiento. Colegio Universitario de Cayey, 30 de agosto 1982. Documento disponible en los archivos de la Sala de Colección Puertorriqueña José Luis González de la Biblioteca Víctor M. Pons Gil, de la Universidad de Puerto Rico en Cayey.

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

¹⁴ “Resolución del Club de Leones de Cayey.” 10 de diciembre de 1965. Documento disponible en los archivos de la Sala de Colección Puertorriqueña José Luis González de la Biblioteca Víctor M. Pons Gil, de la Universidad de Puerto Rico en Cayey.

¹⁵ “Resolución Conjunta del Senado 312 de 7 de febrero de 1967”. Documento disponible en los archivos de la Sala de Colección Puertorriqueña José Luis González de la Biblioteca Víctor M. Pons Gil, de la Universidad de Puerto Rico en Cayey.

¹⁶ “Ponencia del Sr. Antonio Luis Ferré...”, *op. cit.*, p. 2; Antonio Ramos Mateo, *La Universidad de Puerto Rico en Cayey (Apuntes históricos sobre su fundación y desarrollo como centro universitario)*. (Cayey, Puerto Rico: División de Artes Gráficas e Impresos de la Universidad de Puerto Rico en Cayey, 2011),

p. 60.

¹⁷ *El Mundo*, 18 de agosto de 1967., p. 40.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *El Mundo*, 19 de agosto de 1967., p. [ilg.]. Cuando *El Mundo* hace alusión a las industrias del derivado del petróleo, valga la pena señalar, que se refiere a los planes para el establecimiento de la petroquímica Phillips Petroleum en las inmediaciones del Municipio de Guayama. De acuerdo a la prensa de la época, este proyecto, y en especial sus plantas satélites, deberían generar sobre 33 mil empleos en todo Puerto Rico. Se proyectaba crear un sinnúmero de plantas satélites que producirían diversos productos como nylon, plásticos, entre otros. Sin embargo, al iniciar operaciones la petroquímica en 1967 y una de sus subsidiarias la Fiber a principios de la década del 70, no empleó ni mil quinientas personas entre ambas. Ver: Alexis Oscar Tirado Rivera, *La industrialización y la experiencia municipal: el Municipio de Guayama y su desarrollo industrial, su historia, (1950- 1970)*. Tesis sometida como requisito para optar el Grado de Doctor en Filosofía y Letras. Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 2011. 357 pp.

²⁰ *El Mundo*, 21 de agosto de 1967., p. 1

²¹ *Ibid.*, p. 16.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*



Es hombre libre el que respeta y perfecciona sus potencias de suerte que, al usarlas, lo hace con arreglo al más alto ideal de naturaleza humana y lo hace voluntariamente. (Discurso de instalación como Rector de la Universidad de Puerto Rico. 15 de febrero de 1943)

Es la democracia una fuerza moral, y su moral radica precisamente en el reconocimiento que hace de la dignidad del ser humano, del alto respeto que esa dignidad merita y la responsabilidad en consecuencia que tiene todo el orden constitucional de descansar en ella, protegerla y, defenderla. (Presentación a la Convención Constituyente de Puerto Rico del proyecto de Carta de Derechos. 19 de diciembre de 1951)

Ser uno mismo constituye la más difícil meta del ser humano. Significa descubrir y llevar a su más alta posibilidad lo más valioso que hay en cada uno. Es una tarea conjunta en la que participan con mayor o menor eficacia la persona misma, sus educadores, la circunstancia, la época. (Al hablar como "Humanista Conferenciante" del año 1986" 29 de abril de 1987)

Don Jaime Benítez

Y de ahora en adelante ¿qué?

1971

Jaime Benítez

Todo reconocimiento constituye además de un galardón un grave riesgo para quien lo recibe; especialmente si se trata de personas cuyo trecho más largo de vida queda por andar.

Si el premio al buen comienzo se acepta con ánimo de consagración vitalicia, el riesgo se convierte en lesión definitiva.

Conocemos muchas promesas incumplidas; abundan las personas detenidas en su potencial de maduración, *maguadas* por excesiva demora emocional en un efímero instante glorioso. Lo mucho que cada uno de ustedes debe hacer de ahora en adelante me lleva a acompañar mi felicitación con la advertencia bíblica de que a quien mucho le es dado, mucho le será exigido.

Todas las sociedades modernas, y Puerto Rico no es excepción, viven tiempos sumamente confusos y difíciles. En ellos la tarea de dirigir, de representar, de simbolizar alcanza preeminencia y responsabilidad excepcional. En todos los niveles.

No hablo ahora como lo hice hace dos semanas sobre posibilidades y limitaciones de la Política. Planteo un tema que la incluye y la rebasa. Aludo al problema total de liderato en la vida puertorriqueña a la hora de hoy. Considero urgente desarrollar una conciencia más perspicaz de la gravedad de los tiempos presentes, de lo indispensable que resulta ejercitar un liderato resueltamente humano, de la mengua creciente de ese liderato y de los riesgos de insensibilidad, de aridez espiritual que enfrenta toda sociedad moderna. La más grave crisis que sufre el mundo es una que atañe a lo auténtico, profundo y específicamente humano. Se menoscaban

visiblemente los rasgos que distinguen, enaltecen e imprimen sentido propio a ese ser contradictorio, cuerda tendida sobre un abismo, cosa que piensa, caña que siente, polvo que ama, peregrino de todos los caminos, náufrago de inmensidad, que llamamos hombre.

En muchas partes del mundo, próximas y lejanas, se está deshumanizando la vida a la vez que se va extinguiendo la concordia. ¿Existe alguna correlación entre ambos hechos aparte de que coinciden en el tiempo? La atmósfera se enriquece en recursos, medios, oportunidades. También se satura de desconfianzas, acusaciones, rencores, odios y de injusticias. La violencia física y los antagonismos aparentemente irreconciliables se extienden por el mundo entero. La libertad, la alegría, la esperanza se encuentran profundamente amenazadas y más aún disminuidas o ignoradas. La búsqueda de la justicia y de la igualdad, fines tan nobles en sí, no se detienen a escoger sus medios. Ello plantea en seguida dos cuestiones: la primera, si el fin justifica los medios, y la segunda, cómo deben actuar personas responsables de la dirección social, solidarias de los fines pero no de los medios, interesadas en evitar confrontaciones entre un buen fin y un mal medio. Este problema surge entre nosotros con creciente intensidad. Creo no estamos encarándolo con adecuada inteligencia, sensibilidad y cohesión social.

Somos testigos de los sucesos más increíbles, de los cambios más notables, de los adelantos y los retrocesos máximos en Europa, en Estados Unidos, en Centro y Sur América, en Puerto Rico mismo. ¿Qué va a ocurrir aquí en los años próximos? ¿Cómo va a desenvolverse nuestra vida? No son estas preguntas para un astrólogo, ni para los fanáticos de la violencia o de la ley y el orden, sino para cada persona que aspira a validar y persona que atesora en su emoción y en su pensamiento la continuidad esencial de la vida puertorriqueña. Las respuestas surgirán, buenas o malas, con arreglo a nuestro propio proceder.

Por mi parte sostengo que no obstante sus limitaciones, el tono y la calidad entrañable de la vida tradicional puertorriqueña tiene una dimensión humana más honda, intensa, acogedora y comprensiva que la prevaleciente en otras comunidades generalmente consideradas como más afortunadas tanto en realizaciones como en posibilidades y recursos. Nuestra propia existencia apretujada, ardua, aislada, durante siglos, proveyó un marco de estrecha relación personal, de espontaneidad en los afectos, de comunidad en los fracasos. Este destino común permitió depurar un caudal de experiencias, de comprensión humana, de tolerancia, buena voluntad, ternura, simpatía por el semejante. Así, fraguada en la adversidad compartida, la comunidad puertorriqueña acrisoló una sabiduría de convivencia que ha constituido nuestro más alto patrimonio. ¿Cuánta de esa sabiduría ancestral podría prevalecer en esta etapa de nuestra vida no como un recuerdo nostálgico del pasado sino como vigorosa savia espiritual que nos fortalezca en nuestro encuentro con el porvenir?

Puerto Rico no es ya el *Puerto Pobre* o el *Pobre Pueblo* que satirizan Manuel del Palacio o Luis Palés Matos a medio siglo de distancia uno del otro y con desigual aliento poético. Tampoco es la comunidad aislada que en 1935 describe Pedreira en *Insularismo*.

Puerto Rico supera en gran medida su pobreza colectiva a la vez que desaparece su aislamiento geográfico y humano. Es de las pocas comunidades del mundo donde significativas reivindicaciones sociales han ocurrido sin violencia en el término de una generación. Cambios fundamentales se han logrado a través de una metodología de acción colectiva de carácter pacífico. Esta metodología ha alcanzado vigencia en fundamental concordia cívica, en esencial respeto a la vida humana, con arreglo a criterios de racionalidad y con aprovechamiento de los recursos de la educación.

Hemos vivido la reducción visible de la explotación del hombre por el hombre, hemos hecho asequible oportunidades máximas al talento y al esfuerzo, hemos transformado una economía agraria de monocultivo feudal en una economía de industrialización múltiple, hemos derribado murallas de inmovilidad social, hemos alcanzado el reconocimiento y validación del principio de la autodeterminación colectiva, hemos comprobado nuestra disposición a constituir y a sustituir nuestro, gobierno libremente, mediante el sufragio.

Pero han ido surgiendo nuevas desigualdades, nuevas expectativas, muchas de ellas incongruentes con nuestros recursos y nuestras reservas espirituales y materiales. Han ocurrido, además, rupturas y faltas de continuidad en las experiencias comunes entre miembros de nuestra sociedad. Todas esas circunstancias afectadas y en gran medida determinadas por el progreso tecnológico suscitan situaciones imprevistas. Vivimos impugnaciones serias a la legitimidad de todo el orden existente.

Nuestro punto de contacto con el exterior no es ya el puerto, rico o pobre, sino el aeropuerto. Cuatro millones y medio de personas entran o salen anualmente por el Aeropuerto de Isla Verde. El censo informa que la población puertorriqueña en Estados Unidos alcanza a millón y medio. Tal desprendimiento poblacional tiene proporciones de éxodo en relación con la totalidad de los habitantes de esta tierra. Hace veinticinco años la cifra de puertorriqueños residentes en Estados Unidos no alcanzaba a 30,000.

Más de 50,000 hispanoamericanos -cubanos, chilenos, argentinos, colombianos, dominicanos están establecidos aquí- casi todos en la zona metropolitana o en áreas urbanas. La gran mayoría de los extranjeros adultos desempeñan funciones profesionales, administrativas o en los medios informativos. Ninguna otra comunidad hispánica

absorbe una proporción análoga de personal técnico y profesional en su mercado de empleos.

La cifra de residentes norteamericanos ha crecido también. Las más importantes misiones obreras tienen como directores personas formadas en movimientos sindicales en el continente. Lo mismo sucede con un alto por ciento de las industrias nuevas, sucursales en su mayor parte de empresas continentales o internacionales

Miles de jóvenes puertorriqueños han cursado y cursan estudios fuera del país desde el nivel de la enseñanza secundaria a la de los estudios postgraduados, en su mayoría en Estados Unidos. Al mismo tiempo, un número indeterminado pero creciente de puertorriqueños nacidos o formados en la dura experiencia emigratoria empieza a incorporar sus reacciones, sus conocimientos o sus confusiones a la vida puertorriqueña.

Vivimos una movilidad humana interna que imprimiría rasgos de inestabilidad a cualquier grupo social. Índice adicional de este trasiego lo ofrece el incremento constante en medios de locomoción motorizada y de comunicaciones electrónicas. Seiscientos mil (600,000) vehículos de motor desbordan las carreteras de un territorio de tres mil seiscientas (3,600) millas cuadradas cruzado de montañas.

La omnipresencia de radios y televisores con programas en español y en inglés en constante difusión de noticias, espectáculos y anuncios, todos orientados hacia lo novedoso, subraya a la vez que contribuye a constituir una atmósfera de movimiento constante, donde lo fugaz cobra visos de permanencia.

Ahora bien, a todos nos urge calcular si los riesgos mencionados al principio como valores humanos destacadamente vigentes en el Puerto Rico de hace medio siglo resultan incompatibles con los adelantos,

beneficios y progresos tan destacadamente vinculados al triunfo de la ciencia y de la técnica. Por mi parte sostengo y defiendo esa compatibilidad y a facilitarla he dedicado mi vida adulta. No puedo desconocer, sin embargo, que no existe garantía que asegure ese objetivo. Muchos pensadores sostienen por el contrario que la fascinación vigente por la técnica lleva al hombre por una ruta que conduce hacia su propia eliminación, bien porque se destruya a sí mismo en guerra abierta, bien porque se sustituya, sabiéndolo o sin saberlo, por un ser mecanizado de reacciones automáticas y previsible, todopoderoso y todo prisionero dotado de instintos de primate y mentalidad de computadora.

No se trata de visiones nuevas. En 1818, Mary Shelley escribió a los 19 años su alucinante visión del porvenir titulada *Frankenstein* o *El Nuevo Prometeo*. Lo ominoso es que la creación de un ser sin alma, artificial, hecho de retazos, ha dejado de ser literatura más o menos profética para convertirse en realidad cotidiana, visible y constatable en mayor o menor grado a través del mundo civilizado, Puerto Rico inclusive. Todos conocemos personas mecanizadas al tic-tac de distintos relojes, que reaccionan automáticamente a determinadas consignas y estímulos que han llegado ya a serles indispensables. Conocemos también las formulaciones técnicas de manipulación que condicionan ese automatismo circundante.

Coincidiendo con ese triunfo de la tecnología vivimos un oleaje de protesta genérica, malhumorada, hostil a cuanto existe, desmesurada en muchos aspectos radicalmente equivocada y contraproducente en otros pero que, no obstante, en muchos casos refleja una protesta íntima, intuitiva en defensa de lo específicamente humano y repudio de la subordinación de que es objeto y que proviene de una indebida primacía otorgada a las fórmulas, las estructuras, los sistemas, las burocracias, las cosas sobre las personas. Tenemos que entender y atender

mejor que los activistas mismos las áreas de razón y de iniciación de justicia que pudieran inspirar sus reclamaciones. Para superar la esencial malevolencia destructiva del odio, de la violencia o de la guerra grande o chica, tenemos que sentir a nuestra vez el agravio de la injusticia y ofrecer alternativas más humanas y mejores que las de reconstruir el porvenir sobre la destrucción del pasado y del presente.

En su libro *-La Revolución de la Esperanza - Hacia una Tecnología Humanizada-* Erich Fromm dice:

Tocamos de nuevo aquí el problema de la violencia. Resulta una sorprendente y abrumadora paradoja el que en una situación en donde la violencia está perdiendo su razón de ser -en las relaciones internacionales debido a la existencia de las armas termonucleares y dentro de un Estado debido a la complejidad de su estructura- se la considere como un método de solución, aunque sólo sea por una pequeña minoría. Esta popularidad de la violencia es resultado de la desesperación y la vaciedad psíquicas y espirituales y del odio consiguiente contra la vida. Y es grandemente fomentada por las teorías psicológicas que describen al hombre como un ser orillado a la violencia por su instinto destructivo, innato y casi incontrolable, y por ciertas corrientes en la literatura y en el arte, desde el Manifiesto del Futurismo de Marinetti, escrito en 1909, hasta algunos pensadores radicales contemporáneos los cuales, racionalizándolas como amor, defienden a la muerte y la destrucción abierta o implícitamente como virtudes revolucionarias.

Me refiero ahora específica y directamente a cada uno de ustedes, diez jóvenes seleccionados como personas representativas y simbólicas del Puerto Rico de 1971. No me refiero únicamente a ustedes, claro está, sino a cada persona mayor o menor que se sienta responsable con el Puerto Rico del presente y del futuro.

Hubo una generación de jóvenes puertorriqueños altamente entrenados, anterior a la que ustedes simbolizan esta noche, que creyó equivocadamente que sus antecesores inmediatos habían agotado el potencial de servicio creador a la sociedad y al semejante desvalido. Optaron por dedicarse al servicio de las profesiones, a la empresa privada, a cultivar su propio jardín. Cometieron un error de visión y de aliento que su propia inconformidad con su éxito material y profesional comprueba y subraya. No, aún en su momento más alto y creador, la empresa de servicio a Puerto Rico estuvo siempre tan sólo en los comienzos. No percibir la magnitud del esfuerzo adicional indispensable, requerido precisamente por lo alcanzado hasta entonces, constituyó una gran falta de sensibilidad. Dentro de la propia sociedad se produjo un "brain-drain" que aún cuando no se percibió de inmediato se ha dejado profundamente luego.

Hoy sabemos que estas defecciones no ocurren sin serio menoscabo del ímpetu creador y más aún de la propia fibra constitutiva de la urdimbre social; esa textura forjada de generosidad, de dedicación a otros, de empeño en abrir brecha, de alegría y legítimo orgullo en el adelanto y bienestar del semejante que al comienzo de estas palabras señalé como la sabiduría destilada de la adversidad.

Atravesamos hoy nuevas formas de adversidad individual y colectiva. A descubrirlas y a luchar por remediarlas los exhorto hoy.

Muchas gracias.

Notas:

Palabras pronunciadas por don Jaime Benítez al otorgarse los reconocimientos correspondientes a los diez Jóvenes más destacados de Puerto Rico en el 1971.



La historia nacional reflejada en la heráldica de Puerto Rico

1984

J. J. Santa-Pinter

1. Introducción

En este breve ensayo presentaremos únicamente los elementos institutivos y alusivos a la historia de Puerto Rico prescindiendo de referencias a la historia universal y de todo tipo de alusiones.

La heráldica corporativa puertorriqueña abunda en referencias históricas, empezando con el escudo de armas otorgado por el rey Don Fernando el 8 de noviembre de 1511 que, si bien ha sufrido varios cambios a consecuencia de la Ley del 9 de marzo de 1905 o la Ley Núm. 7 del 8 de agosto de 1952 y restaurado, en parte, por la Ley Núm. 142 del 3 de junio de 1976, sigue siendo el único escudo de armas *original* actualmente en uso en todas las Américas. Ello no deja de significar un extraordinario e inigualable honor para Puerto Rico no sólo por su trayectoria histórica sino también por lo que el mismo representa en cuanto a la identidad e imagen del pueblo puertorriqueño.

Por otra parte, la heráldica municipal puertorriqueña, al igual que la eclesiástica y la institucional, refleja un rico simbolismo histórico como se podrá comprobar a través de esta exposición.

2. En el Escudo de Armas de Puerto Rico

El Cordero Pascual en blanco reposando sobre un libro cerrado rojo atravesando una bandera con una cruz y su veleta es la figura central del escudo de armas. Este símbolo *pertenece a San Juan Bautista*, indirectamente porque se refiere a su misión histórica al indicar a N.S. Jesucristo con el nombre de “Cordero de Dios” (Jn 1,29 y 36), pero directamente es una referencia a Jesucristo triunfante después de su muerte y resurrección.

El rey Don Fernando era un gran devoto de San Juan Bautista, tomando bajo su patrocinio la Orden de San Juan surgida durante las cruzadas en la Tierra Santa, de donde la Cruz de Jerusalén es el escudo.

El motto o lema *JOANNES ES NOMEN EJUS* (Lc 1,63) invoca tanto a San Juan Bautista como a Puerto Rico, pues Cristóbal Colón dio el nombre de San Juan Bautista a la Isla que Juan Ponce de León cambió por el de San Juan de Puerto Rico después de llegar a la Isla el 24 de junio de 1506, día de San Juan Bautista, su santo.

Este símbolo vuelve en variadas formas en numerosos escudos, sellos y emblemas puertorriqueños como, por ejemplo, el del Senado, el Tribunal Supremo, de la Capital, de la Arquidiócesis de San Juan, el Instituto de Cultura Puertorriqueña, el Colegio de Abogados, la Universidad Católica de Puerto Rico, el del Municipio de Cayey, la Universidad de Puerto Rico y muchos más.

3. Otras referencias históricas

Al descubrimiento -tanto de América, en general, como el de Puerto Rico, en especial- se refieren las figuras de las tres carabelas de Colón en escudos y emblemas como el escudo de Mayagüez, de Aguadilla, del Shopping Center “Plaza las Américas”. Entre los escudos episcopales el del Cardenal Aponte y de Mons. Méndez, primer obispo de Arecibo, contienen tales referencias.

Otro símbolo histórico es la figura del *león* que encontramos *en passant* en el escudo de Ponce y en el de la Ponce School of Medicine y en su versión de rampante en el escudo de San Germán y en el de Mons. Torres Oliver, obispo de Ponce.

La figura del *conquistador* se halla en el sello de la Ciudad de Caguas, en el del Instituto de Cultura Puertorriqueña y en los emblemas de empresas, instituciones, urbanizaciones etc. a través de la Isla.

Otro símbolo tradicional es la *garita del diablo* que aparece muy a menudo: la usa la Compañía de Turismo, la Escuela de Administración Hotelera, la Asociación Comercial del Viejo San Juan, etc.

Como otra alusión histórica menciono la figura del *indio*, nativo de la Isla, que adorna los sellos del Instituto de Cultura Puertorriqueña, del Municipio de Caguas y a través del símbolo de la corona taína los escudos de los Municipios de Arecibo y de Utuado.

Estas referencias son, evidentemente, ilustrativas y no taxativas. En observación vale también para lo que sigue.

4. En los escudos municipales

Aguadilla: En el segundo cantón superior hay una alusión a través de la nave a la tradición marítima del pueblo así como al eventual desembarco del Gran Almirante Colón en las cercanías del municipio. Las batallas contra corsarios ingleses y colombianos en 1797, 1801, 1819 y 1825 son evocadas por la torre en medio del mar (cantón tercero). Las fechas de la fundación en 1775 y la concesión del título “Leal Villa” en 1860 son evocadas por la leyenda en la bordadura del escudo.

Aibonito: El primer cantón representa el Asomante donde tuvo lugar una de las últimas batallas de la guerra hispanoamericana en 1898, simbolizada por la espada y reproduciendo los colores nacionales

españoles para expresar la tradición y el acervo cultural-histórico heredado.

Arecibo: El escudo losengado de oro y azul indica una referencia a don Felipe Beaumont y Navarra, Gobernador entre 1614 y 1620, de los linajes reales de Francia y de Navarra. En Jefe la faja con una corona antigua de oro, su listel adornado de una greca taína negra simboliza al cacique Arecibo (Arazibo), soberano de la región a la llegada de los españoles. Una correa de oro con hebilla de plata y motto “Muy Leal” en negro rodea al escudo. Simboliza al teniente Antonio de los Reyes Correa quien defendió heroicamente al pueblo el 5 de agosto de 1702 contra el ataque del almirante inglés Whelstone.

Arroyo: La llamada “Torre del viejo”, en la parte inferior del escudo invoca a más de cien ciudadanos arroyanos, impulsados por patriotismo y agrupados en una sociedad secreta localizada en el barrio Yaurel, por los años de la última década del siglo pasado. Es de significado histórico también el símbolo de los dos postes telegráficos por haber sido Arroyo el escenario importante para el envío por primera vez en la historia de un telegrama por el propio inventor del mismo, Samuel F.B. Morse, cuya hija vivía casada en las afueras del pueblo.

Cabo Rojo: Los colores azul, plata y rojo, tradicionalmente considerados de la casa real de Navarra, están en los escudos de los Ramírez de Arellano, fundadores del pueblo, y también son los de la bandera de Lares, en homenaje a Betances, cuya casa en Mayagüez estaba adornada con cristales de dichos colores. La punta o triángulo rojo del escudo simboliza el Cabo, “bermejo cual le vio Colón”.

Caguas: En el valle del Turabo, el monarca era Caguax quien se convirtió al catolicismo y su nombre original quedó perpetuado en su forma actual en el de la ciudad. En jefe del escudo se halla una corona taína que simboliza tanto al cacique Caguax como a la aldea nativa.

Cayey: En el escudo del pueblo de Cayey la faja ondulada indica una referencia directa al significado de la palabra Cayey: “lugar de agua”, así como los colores rojo y oro en el escudo y sello simbolizan la tradición española y al fundador Coronel Miguel de Muesas, Gobernador de Puerto Rico entre 1770 y 1776.

Mayagüez: Su escudo, otorgado por la Corona de España el 19 de diciembre de 1894, contiene en su parte superior el blasón de Cristóbal Colón y en base una ensenada en el punto donde desemboca el río Mayagüez, con una nave de la época del Descubrimiento y un bote indicando el acto de desembarco de Colón en las playas de la ciudad el 19 de noviembre de 1493 - según una versión. El motto del escudo de Colón, “Nuevo mundo dio Colón a Castilla y a León”, tiene el mismo carácter histórico.

Ponce: El 5 de agosto de 1844 el alcalde Salvador de Vives de Ponce solicitó del Gobernador Conde de Marisol poder para reemplazar la figura del Cordero Pascual del escudo de Puerto Rico por la figura de un león sobre un puente “como más alegórico a la fundación y nombre del pueblo”. En fecha 15 de septiembre del mismo año el Gobernador accedió a la petición del alcalde Vives y fue así que el león se convirtió - por Ponce de León - en el símbolo de “La Perla del Sur”.

San Germán: En el escudo de la ciudad encontramos varias referencias históricas, a saber: los colores de Aragón (oro y rojo), los símbolos del Reino de las Dos Sicilias (dos águilas negras cargadas de una corona real de oro) por el rey Don Fernando quien ordenara la fundación de la ciudad, los colores de la Casa de Foix por Doña Germana de Foix, segunda esposa del Rey Don Fernando el Católico y un león rampante de púrpura de la familia de Juan Ponce de León, fundador en 1506. Hay otra referencia también: el color verde, en además de otros significados que ahora no vienen al caso, hace alusión también al

quinto abuelo de Simón Bolívar quien gestionó el traslado de la población a las Lomas de Santa María.

San Juan: En adición a lo expuesto del significado del símbolo del Cordero Pascual hemos de agregar que éste se halla en posición de pasante y el motto concedido por la Corona en 1799 invoca la lealtad de la ciudad durante el sitio por los ingleses en 1797: “Por su valor, constancia y fidelidad es muy noble y muy leal esta ciudad”. Doble referencia histórica.

Utuaado: Son tres los símbolos de significado histórico en el escudo del Municipio de Utuaado: la figura principal es la de un cemí de color marrón, tenné, imitando tierra, y se refiere a la rica tradición histórica precristiana del pueblo cuya importancia llegó a destacarse en regiones cercanas y lejanas. En la parte superior encontramos la figura la Mujer de Caguana, de oro, simbolizando la fertilidad según consta en el petroglifo existente en el Parque Ceremonial de Utuaado. La corona india, de oro, cargada de una cinta floral típica de color marrón y la corona forrada de plata. Con ello se indica el valor histórico de Utuaado en la época precolombina.

5. En los escudos episcopales

En el escudo del Cardenal Aponte Martínez, Arzobispo de San Juan, encontramos referencias a aspectos históricos. Esto vale tanto para la parte que constituye el escudo de la Arquidiócesis como la parte que es el escudo personal propiamente dicho.

Las tres carabelas indican no sólo el Descubrimiento sino también la fecha de la consagración episcopal del Cardenal. La imagen de la antiquísima iglesia *Porta Coeli* en San Germán tiene significado tanto histórico como personal, pues en este distrito nació el Prelado, en Lajas.

El escudo de Mons. Torres Oliver, Obispo de Ponce, reproduce en la parte diocesana la figura rampante del león por el nombre de la ciudad.

Mons. Miguel Rodríguez, Obispo actual de Arecibo, invoca el recuerdo del primer obispo puertorriqueño, Mons. Juan Alejo de Arizmendi, y lo hace en la parte diocesana: una canasta sin terminar. Ello significa que Arizmendi tejía canastas que vendía para ayudar a los pobres. El hecho de que la canasta esté sin terminar indica que el servicio a los demás nunca se acaba. Dos cruces en el escudo indican a los Beatos Carlos Spinola y Jerónimo de Angelis, misioneros jesuitas y mártires que predicaron en Arecibo en 1596.

En el escudo de Mons. Ulises Casiano hay varias referencias a Mayagüez a través de una línea ondulada y el color verde, a Colón.

Existe un sol taíno en el escudo de Mons. Enrique Hernández, actual obispo de Caguas.

Merece una mención especial que en el escudo del primer obispo de Arecibo, Mons. Méndez existieron los colores que son nacionales tanto de Puerto Rico como de Estados Unidos de América.

6. En los escudos institucionales

La Universidad de Puerto Rico en su nuevo escudo, aprobado por el Consejo de Educación Superior el 19 de enero de 1979, ostenta por timbre al Cordero Pascual sobre un libro rojo por indicar pertenencia nacional e histórica.

El escudo del Colegio Universitario de Cayey de la Universidad de Puerto Rico reproduce el relieve de un pórtico existente en los edificios principales y originales de la institución de la época en que se llamaba Henry Barracks, parte de la historia de Puerto Rico. El sol taíno preside por timbre al símbolo del Museo Universitario de Cayey.

El pórtico que simboliza al Recinto Universitario de Mayagüez era de 1911.

La Universidad Interamericana usa en su escudo la figura de una escalera. La misma data de 1912 y tiene

un significado simbólico en los actos de graduación.

Ya hemos mencionado que el escudo de la Escuela de Administración Hotelera utiliza la figura de la garita del diablo.

La Academia Puertorriqueña de la Historia tiene por símbolo una nave cual alusión a las tres carabelas de Colón.

El Instituto de Cultura Puertorriqueña emplea las figuras humanas de los tres componentes de la cultura local: un conquistador español, un indio nativo y un negro importado de África. Las tres figuras significan tres épocas distintas en la historia de Puerto Rico así como un amalgamiento actual.

El Colegio San Ignacio trae por emblema un león rampante, al igual que el escudo de San Germán o el del Obispo de Ponce, Mons. Torres Oliver.

7. Conclusiones

Puerto Rico vive su historia a través de sus símbolos heráldicos. Y lo hace en una forma elegante, apropiada, sobria e inteligente. Sin exageraciones pero con cierta decisión. El orgullo nacional, expresado a través de una autoconciencia determinada, se manifiesta también a través del uso de sus símbolos, figuras, alusiones, colores y demás aplicaciones heráldicas tanto oficiales como corporativas.

Bibliografía consultada

Beascoechea Lota, Roberto: “El Escudo de Puerto Rico”; *El Coquí*, Órgano de los Empleados del Departamento de Agricultura y sus Agencias Adscritas, Año I, Núm. 6, Octubre de 1974, pág. 3.

Brau, Salvador: Colonización de Puerto Rico; Edición anotada por Isabel Gutiérrez de Arroyo; Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, P.R., 1966.

Iñiguez, Carlos: “Armonías y discrepancias en torno al desembarco de Colón en Puerto Rico”; en Revista CAYEY, UPR-CUC, Vol. I, Núm. 1, Agosto de 1968, ps. 19-48; Vol. II, Núm. 3, Agosto de 1969, ps. 37-68 y Vol. II, Núm. 4, Enero de 1970, ps. 39-66.

Padilla, Víctor M.: “Proclama Día Indio de Puerto Rico”, en *El Mundo*, 13 de Agosto de 1970, pág. 10-a.

Rivera, Miguel: “¿Cómo surgió la idea de adoptar un león como símbolo para Ponce?”, en *El Mundo*, 18 de junio de 1970, pág. 8-C.

Rosario Natal, Carmelo (Ed.): Escudo, himno y bandera: Origen e historia de los símbolos de Puerto Rico; Ed. Producciones Históricas, Inc., San Juan, P. R., 1980.

Santa-Pinter, J.J.: Sociografía simbólica de Puerto Rico; ed. Vosgos, S. A., Barcelona, España, 1979.

- - Simbolismo del sistema de la Universidad de Puerto Rico; Núm. 6 de la Colección Cuadernos de la Revista CAYEY, Universidad de Puerto Rico, Colegio Universitario de Cayey, Administración Central, 1981, (Con un Prólogo del Dr. Ismael Almodóvar, Presidente de la Universidad de Puerto Rico).

- - “Los símbolos de soberanía de Puerto Rico”, en Revista del Colegio de Abogados de Puerto Rico, S. J., Vol. 39, Núm. 2, de Mayo de 1978, ps. 299 ss.

- - “The Coats-of- Arms, of the Puerto Rican Catholic Bishops”, en *Archivum Heraldicum*, Académie Internationale d’Héraldique, Neuchatel, Suiza, Núm. 1/1969.

Suriñach, Ricardo: “Sucesión Episcopal de Monseñor Ulises Casiano”, en *El Visitante de Puerto Rico*, S. J., P.R., 9 de mayo de 1976, pág. 16.

Tiód, Aurelio: Nuevas fuentes para la historia de Puerto Rico; ed. Universidad Interamericana de Puerto Rico, San Germán, P.R., 1961 (especialmente ps. 582 ss).

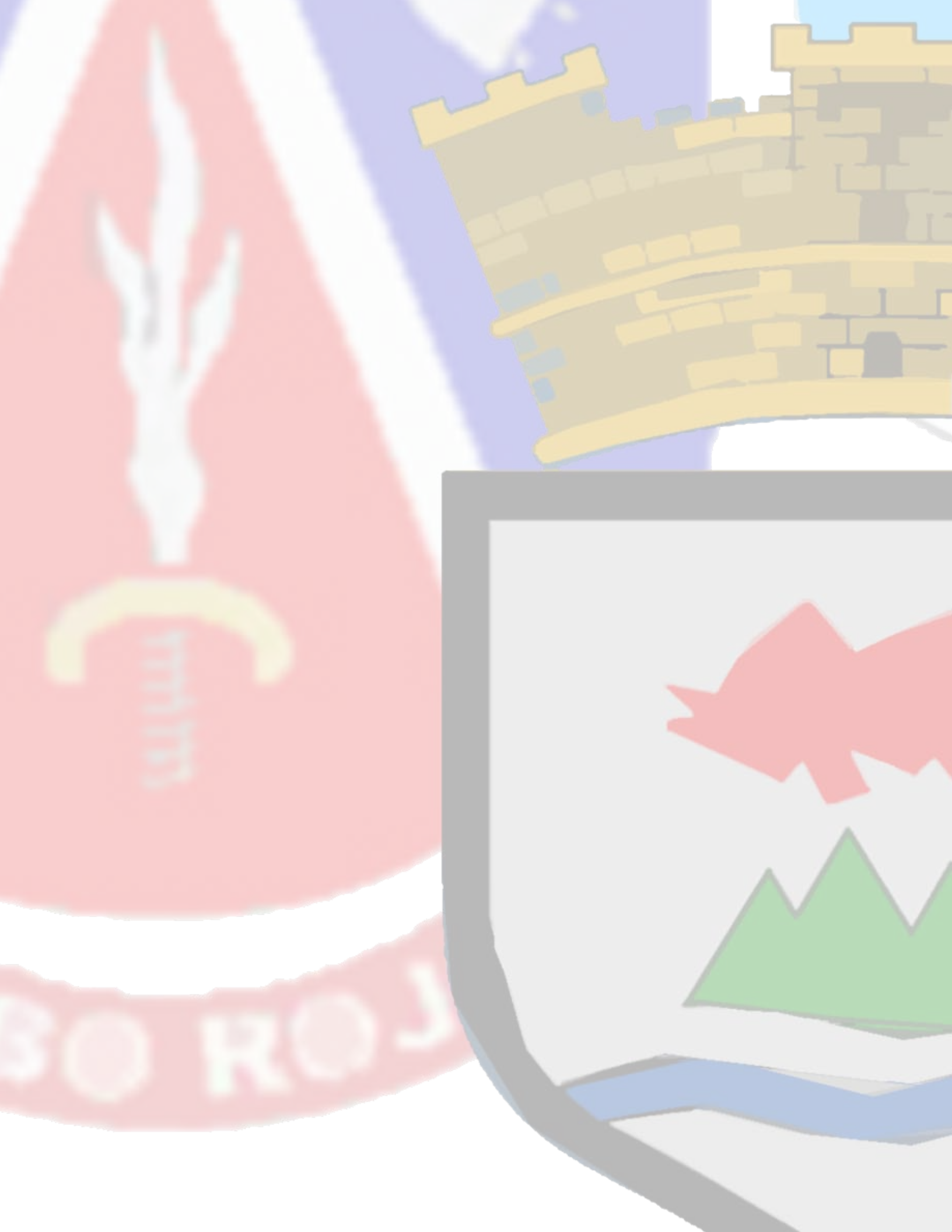
- - (Ed.) Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia, Vol. Vi, Núm. 22. 1º de julio de 1979 (el

tomo entero), San Juan Puerto Rico, 1979.

Torres Oliver, Luis J.: El cuatricentenario de San Germán; ed. San Germán, P.R., 1971.

Notas:

* Premio Mención de Honor Especial en el Certamen de Ensayos Históricos de la Mobil Oil Caribe, Inc., 15 de marzo de 1984





La controversia del idioma y la creación del Instituto Universitario José de Diego

1985

Carmelo Delgado Cintrón

La Alta Escuela José de Diego, luego *Instituto Universitario José de Diego*, inaugura sus cursos académicos el miércoles 17 de marzo de 1915.¹ Sin embargo, las causas de su fundación podemos buscarlas en la huelga de los estudiantes de la Escuela Superior Central del mes anterior.

El Lic. José de Diego, Presidente de la Cámara de Delegados de Puerto Rico, presentó el Proyecto de la Cámara Núm. 2 de 12 de enero de 1915, «*Para el mejoramiento de la instrucción pública, en lenguaje castellano, y la perfecta enseñanza del inglés en Puerto Rico*».²

Este proyecto suscita una larga y apasionada controversia entre los partidarios de la americanización de Puerto Rico y los puertorriqueños que querían a toda costa preservar su idioma, cultura y nacionalidad. Recuérdese que entonces el sistema escolar público usaba el idioma inglés como vehículo de enseñanza, el Proyecto ordenaba que el español fuera el medio a ser usado en la instrucción pública.

El ambiente imperante en nuestra sociedad en ese momento histórico³ lo resume L. G. Vergne, «estudiante de leyes de la Universidad de Puerto Rico» en su artículo periodístico “El Separatismo y la juventud: Americanización y Separatismo”: esas son las dos tendencias que se disputan la supremacía en el dominio de la política insular. De un lado, los que quieren la americanización del pueblo; del otro, los que estamos en la verdadera senda, en el camino cierto que conduce lenta pero seguramente a la libertad del pueblo puertorriqueño». ⁴ El 12 de febrero de 1915 el Ateneo Puertorriqueño envía un «Memorial a la Cámara de Delegados solicitando se conserve en toda su integridad y pureza el idioma castellano». ⁵

El Proyecto de Ley Núm. 2 del Lic. José de Diego pasó a la *Comisión de Instrucción y Biblioteca*⁶ de la Cámara de Delegados; allí lo combate el Departamento de Instrucción Pública. La Comisión no acepta el Proyecto del Lic. de Diego y trae a discusión de la Cámara un Proyecto Sustituto⁷ titulado *Para regular la enseñanza del castellano y del inglés en las Escuelas Públicas de Puerto Rico*. El miércoles 17 de febrero se trae a discusión este asunto en el pleno de la Cámara de Delegados.⁸ El Lic. Juan B. Huyke, Presidente de la Comisión de Instrucción, defiende durante más de dos horas su proyecto sustituto. Luego habla el Lic. José de Diego en contra de la posición del Lic. Huyke. El momento es captado por el corresponsal de La Democracia, quien nos dice:

A pesar de tener enfrente a un adversario de tantos vuelos como nuestro amigo el señor Huyke que en defensa del Bill pronunció un hermoso discurso, lleno de doctrina pedagógica, la oración del señor de Diego, resultó maravillosa. Todo el público apiñado en el salón y pasillos, abogados, periodistas, comerciantes, profesores, industriales, todo lo que vale

y significa en el país se hacían lenguas de la admirable disertación del gran tribuno puertorriqueño.

El debate continúa al día siguiente -jueves, 18 de febrero- y el Lic. Rafael Martínez Nadal consume un turno en pro del proyecto sustituto. Le sigue el Lic. Cayetano Coll y Cuchí en contra del mismo. El debate legislativo se convierte en el tema del día, apasiona los ánimos, todos los puertorriqueños están pendientes de la situación. El viernes 19 de febrero⁹ se reúne la Cámara otra vez y continúa la discusión sobre la enseñanza en español. Preside interinamente el Lic. Herminio Díaz Navarro, pues el Presidente participa en el debate. El Lic. Benet consume su turno en pro del dictamen de la Comisión de Instrucción, luego el Sr. Pérez Pierret defiende el Proyecto original del Lic. de Diego. Comienza el turno de rectificación el Lic. Huyke, defendiendo el método oficial de enseñar en inglés. El lunes 22 de febrero¹⁰ continúa el debate. El Lic. Huyke consume dos horas para terminar. Luego habla el delegado Fulgencio Piñero en contra del Proyecto sustituto, le sigue el Lic. Rafael Martínez Nadal y se suspende la sesión tarde en la noche.

La prensa del país publica el manifiesto de la Sociedad de la Historia de Puerto Rico de 16 de febrero de 1915 sobre la preservación del idioma español y solidaridad con el Lic. de Diego.¹¹

El miércoles 24 de febrero se reúne la Cámara de Delegados:¹²

El señor de Diego abrió la sesión anoche, a las ocho y media con una concurrencia de más de mil doscientas almas, que llenaban de bote en bote el salón de sesiones, pasillos y oficinas. El espacio comprendido desde la calle de San Francisco, esquina al antiguo edificio del correo a la calle del Cristo, un público

de mil almas se congregó allí para escuchar, si era posible, la memorable sesión consagrada como las demás de las noches anteriores a discutir el bill (sic) del idioma.

Llega a la Cámara de Delegados una manifestación de estudiantes de la «Central High School», Escuela Normal, Escuela Superior de la Universidad, Colegio de Artes Liberales, Colegio de Leyes y Colegio de Farmacia, y de todas las escuelas públicas de San Juan. Una Comisión de los estudiantes se adelanta y luego del trámite lee una exposición el joven Eugenio Font. La misma está refrendada por 1,500 firmas y se pronuncia a favor del Proyecto del Lcdo. de Diego.¹³

Luego el Lcdo. Fernández García solicita que en vista de la aglomeración de público se suspenda la sesión. Así se acuerda con la enmienda de que se reunieran al día siguiente en el Teatro Municipal (Tapia) de San Juan. La sesión del jueves 26 de febrero de 1915 comienza a las cuatro de la tarde. Es en ella donde el Lic. José de Diego hace su célebre discuso sobre el idioma español, defendiendo su proyecto original.¹⁴ El Lcdo. Manuel F. Rossy sostiene el punto contrario. *El Boletín Mercantil de Puerto Rico*, del sábado 27 de febrero de 1915 nos informa que:¹⁵

El señor de Diego anuncia a la Cámara que le ha visitado una Comisión de Estudiantes de la Alta Escuela de Santurce (4to. Año) dándole cuenta y protestando que un inspector ha suspendido de clase indefinidamente por orden del Departamento de Instrucción al joven Francisco Grovas, buscando una excusa para vengarse que dicho estudiante había intervenido en el mensaje que los escolares dirigieron a la Cámara, recogiendo firmas para el manifiesto.

A petición del Lcdo. Cayetano Coll y Cuchí, la Cámara de Delegados decide estudiar el asunto.

El lunes 1ro. de marzo de 1915 se recibe en la Oficina del Presidente de la Cámara de Delegados el mensaje oficial de la Casa de España en Puerto Rico en defensa del idioma.¹⁶

La suspensión del joven Grovas conmueve a sus compañeros, quienes en solidaridad con él y ante la injusticia cometida, se declaran en huelga hasta que éste sea repuesto.¹⁷ El lunes 1º de marzo, la «mayor parte de los alumnos de la Central Grammar School acordaron no asistir a la clase hasta que no fuera aceptado nuevamente en ella, el escolar Marcos Pieras, hijo, quien fue expulsado, por defender su idioma, el castellano».¹⁸ Así la Escuela Elemental de la Central se une a la Escuela Superior de la misma institución. Las autoridades, ciegas de pasión, actúan torpemente. Comienza entonces una actitud intolerante y represiva contra estos estudiantes.

La *Democracia* nos informa en su edición de miércoles 3 de marzo de 1915 en primera plana que:

La persecución ha comenzado y en pie continúa. Un niño coloca un cartel en el tronco de un árbol de la plaza, en el cual se invita a los alumnos de una escuela a que no asistan a clases como protesta respecto a procedimientos injustificados, que se tomaron contra uno que otro educando, y al niño (Francisco Ramos) se le denuncia presentándolo sin pérdida de tiempo ante una corte para que lo juzgue. El magistrado, vista la denuncia, sentencia al chico y éste es llevado incontinenti al penal para que expíe su inmenso delito! A Ramos lo sacaron de la cárcel bajo fianza los señores De Diego y Piñero. La persecución está en pie; mas

la protesta de los hombres del porvenir se oye clara, vigorosa, resonante, y ello es una esperanza para el porvenir.¹⁹

La Cámara de Delegados se reunió el miércoles 3 de marzo de 1915 para votar el Proyecto sustituto de la Comisión de Instrucción y el Proyecto Núm. 2 del Lic. de Diego. Los Delegados derrotan 18 a 14 el Proyecto *sustituto* y seguido *aprueban* el Proyecto de Diego 20 a 12.²⁰ Sin embargo, éste nunca será Ley, el *Consejo Ejecutivo* -cámara alta- por votación de 7 a 4, decidió posponerlo indefinidamente.²¹

Ese mismo miércoles por la noche se reunieron los padres de los estudiantes en el cine Versailles de Santurce. Se toman posiciones y se designa un *Comité Paternal de los Estudiantes*²² para que entienda en el problema.²³ El viernes 5 de marzo se reúnen con el Gobernador, Mr. Arthur Yager, y después de cuatro horas de discusión, llegan al siguiente acuerdo: el estudiante Grovas se presentará ante una Comisión de seis ciudadanos, que buscará una solución digna al conflicto, regresando previamente los huelguistas a sus aulas.

Se fija el lunes siguiente para comenzar. Aparentemente se encontró una solución al problema. Sin embargo, el padre del estudiante Grovas recibe una carta del Superintendente de Escuelas de San Juan, Mr. Moris informándole que su hijo ha sido definitivamente expulsado de la Escuela Superior Central. Esto ocasiona una crisis, pues los padres y los estudiantes alegan que había un acuerdo y que el mismo había sido violado. La situación empeora y se amenaza con llevar la huelga a otras escuelas.²⁴ El gobernador contesta las imputaciones alegando que no estaba enterado de la actuación del superintendente, que no podría quebrar los reglamentos escolares, y que la expulsión era rutinaria. D. Vicente Balbas Capó contesta a nombre de los padres y estudiantes, aclarando los hechos y

manifestando que un gobernador no rompe un pacto existente.²⁵

El Comité Paternal celebra una reunión en el Teatro Versailles el domingo 8 de marzo y deciden continuar la huelga ante la actitud de las autoridades. Vuelven a reunirse el domingo 14 de marzo y aprueban varios acuerdos, entre ellos: extender la huelga, censurar las autoridades y aceptar el ofrecimiento del Lic. Eugenio Benítez Castaño para llevar el asunto a los tribunales.²⁶ También se acordó «Procurar, por todos los medios, preparar el local necesario y obtener el concurso de profesores competentes para seguir las clases de los alumnos, a cuyo fin ya se tiene el local adecuado para dar clases».²⁷

Así la nueva escuela se inaugurará el 17 de marzo de 1915. El diario Boletín Mercantil de Puerto Rico de jueves 15 de marzo de ese año nos informa que:²⁸

Ayer fue inaugurada en Santurce una Alta Escuela, organizada por las distinguidas personas que forman el *Comité Paternal de Estudiantes*.

Al Acto de inauguración concurrió también el Presidente de la Cámara de Delegados, don José de Diego, el cual pronunció un elocuentísimo discurso explicando la trascendencia del acto que acababa de realizarse.

También habló elocuentemente el Director del Herald, don Vicente Balbas Capó; propuso que la Escuela llevase el nombre de “José de Diego”, siendo aceptada la idea en medio de entusiastas aplausos.

El cuerpo de profesores estaba compuesto por un grupo de distinguidos profesionales, entre los que

figuraban el Lic. José de Diego, el Lic. Rafael López Landrón, el Dr. Manuel Quevedo Báez, el Lic. Enrique Rincón Plumey, D. José Lázaro, D. Pedro Moczó, D. Antolín Nin, D. Vicente Balbas Capó, y D. Teodoro Aguilar.²⁹

La Democracia, de sábado 20 de marzo de 1915, nos entera lo acontecido con la huelga escolar:³⁰

«La huelga escolar que venía sosteniéndose con motivo de la expulsión del alumno Francisco Grovas, terminó satisfactoriamente. Muchos de los alumnos ingresaron en los respectivos planteles de enseñanza pública y otros a la Alta Escuela Puertorriqueña “José de Diego”, inaugurada en San Juan. Las clases de dicho establecimiento docente se inauguraron ayer, quedando así conjurado el conflicto, el cual amenazaba tomar serias proporciones no solamente en San Juan, sí que también en el resto de la isla.»

Porto Rico Progress, único periódico totalmente en inglés de la isla, publica la siguiente noticia en su primera plana, que nos ilustra la situación por la que atraviesa Puerto Rico en estos momentos:³¹

«Porto Rico makes its own path hard, island must be Americanized.»

Washington, March 17. News of the pepperly discussion of the de Diego «Language Bill» and the coincident strike of some 200 school children in Porto Rico aroused Uncle Sam this week to some interest in the island and may lead to dramatic revision of the late Home Rule before its introduction in the incoming Congress. Various out croppings from Porto Rico of late have led Uncle Sam to a belief that must take a more lively interest in the activities of that dependency, and will not be surprising if he tends toward use of rod, instead of moral suasion in *Americanizing the island*.

La primera graduación de la nueva escuela se efectuó en el Teatro Municipal de San Juan el lunes 14 de

junio de 1915.³² En agosto de ese año, la Junta de Directores decide transformarlo y añadirle una *sección universitaria*. Así cambia su nombre a Instituto Universitario José de Diego.³³ El profesor Teodoro Aguilar será el Director Técnico de la Sección de Escuela Superior y el Dr. Rafael López Landrón será el Director Técnico de la Sección Universitaria. El Prof. Jaime Annexy dirigirá las carreras de ciencias físico-químicas de esta última división.³⁴ La inauguración del curso de 1915-16 se lleva a cabo el lunes 20 de septiembre de 1915, a las 9: 00 P.M.³⁵ El catedrático de Derecho Romano de la Universidad de la Habana, Dr. Fernando Sánchez Fuentes, dicta una conferencia en el Instituto sobre «La Constitución Cubana», el martes 27 de octubre de 1915.³⁶

La *Facultad de Derecho* del Instituto Universitario José de Diego, está compuesta de los siguientes Profesores: Lic. Manuel Rodríguez Serra, Derecho Natural y Derecho Mercantil; Lic. Rafael Guillermety, Derecho Inglés y Derecho Político; Lic. Salvador Suau, Derecho Inglés; Lic. Antonio Alvarez Nava, Economía Política; Dr. Eugenio Font Guillot, Filosofía; Dr. José de Diego, Derecho Romano; Lic. Pedro Timothee, Derecho Penal; Dr. Hermínio Díaz Navarro, Derecho Civil y Medicina Legal; Lic. Rafael Martínez Alvarez, Legislación Notarial; y Dr. Rafael López Landrón, Filosofía y Economía Política. Todos servían sin remuneración económica.³⁷ Las clases se conducían después de la 5:00 p. m.

La Facultad de Derecho dejó de funcionar unos años después y no graduó ningún estudiante de Derecho.³⁸ Así nos lo informa el Dr. José González Ginorio, Presidente de la Junta de Directores de la institución en su discurso de graduación de sábado 7 de junio de 1924. En ese acto cerró sus puertas definitivamente el *Instituto Universitario José de Diego* «tras diez años de luchas incesantes».

Un párrafo de este extenso discurso me parece resume y simboliza esta escuela universitaria:

«El calor de una protesta fue su germen; un ideal le dio vida y símbolo; un principio pedagógico le dio lema; un patriota le dio nombre; y una ejecutoria de brillantes triunfos, vividos en la modestia y en el silencio, y alcanzados en el sacrificio y en la abnegación, ha determinado su consagración como centro docente -tiempo dedicado al más alto desarrollo de la mente y del espíritu y a la exaltación de todos aquellos nobles ideales que constituyen y determinan el tipo moral llamado hombre.»

Cierra sus puertas el Instituto porque el Departamento de Instrucción se niega a reconocer sus títulos y acreditarle.³⁹ Era Comisionado (Secretario) en ese momento, el Lic. Juan B. Huyke.

El diario *Heraldo de Puerto Rico*, en su editorial «Una luz que se apaga»,⁴⁰ en su edición de martes 11 de junio de 1924, nos da su opinión sobre esta situación:

«El Instituto José de Diego fue blanco de las persecuciones oficiales del Departamento de Instrucción Pública desde que sus incorporadores, deseando conservar el idioma patrio, adoptaron la enseñanza en español, esdudiando el idioma inglés como otra de las asignaturas regulares.»

«Cúlpese a este pueblo manso e indolente que tantos vejámenes soporta. Cúlpese a nuestra clase adinerada que no sabe mantener financieramente a una institución que era un reducto, un baluarte de la patria.»

Se suscita entonces una agria y corta polémica pública entre el Comisionado (Secretario) de Instrucción Pública, Lic. Juan B. Huyke⁴¹ y los Sres. José González Ginorio y Lic. Eugenio Font Suárez.⁴² La misma dura unos diez días.

Notas:

¹ *La Democracia*, jueves, 18 de marzo de 1915, Año XXV, Núm. 7016, p. 1. Para un tratamiento diferente e interesante de este tema véase: Dra. Ada Suárez, “El Instituto José de Diego” en *Asomante*, Año XXII, Núm. 4, 1966. P. 47.

² *La Democracia*, miércoles, 13 de enero de 1915. Año XXVI. Núm. 6961, P. 3; *El País*, miércoles, 13 de enero de 1915, Año IX, Núm. 12. p. 2. El texto de este importante Proyecto de Ley se encuentra reproducido en *La Democracia*, martes, 12 de enero de 1915, Año XXVI, Núm. 6960; *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, lunes, 11 de febrero de 1915, Año 77, Núm. 8, p. 4.

³ Para entender esta situación, véase Dra. Aida Negrón de Montilla, *Americanization in Puerto Rico and the Public School System, 1900-1930*, Río Piedras, Editorial Edil, 1971. Sobre otros aspectos, véase el interesante artículo del Lic. Alfonso García Martínez Idioma y Derecho en Puerto Rico, *Revista del Colegio de Abogados de Puerto Rico*, Vol. XX, Núm. 3, mayo 1960, p. 183.

⁴ *La Democracia*, jueves, 21 de enero de 1915. Año XXVI, Núm. 6968, p. 3.

⁵ *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, miércoles, 10 de febrero de 1915, Año 77, Número 34, p. 1; *La Democracia*, sábado, 13 de febrero de 1915, Año XXVI, Núm. 6988, p. 4. Lo firman D. Jesús María Lago, Presidente del Ateneo Puertorriqueño, y D. Antonio Pérez Pierret, Presidente de la Sección de Literatura y Bellas Artes.

⁶ Eran miembros de la misma los delegados Lic.

Juan B. Huyke, Presidente; D. Fulgencio Piñero, Lic. Manuel Benítez Flores. Lic. José Benet y don Benedicto Cumpiano. *Ibid.*, viernes, 15 de enero de 1915. Año XXVI, Núm. 6963.

⁷ *El Tiempo*, sábado, 29 de febrero de 1915, Año IX, Núm. 49, p. 1. El Texto del proyecto sustituto se reproduce en *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, jueves, 18 de febrero de 1915, Año 77, Núm. 41, p. 1.

⁸ *La Democracia*, jueves, 18 de febrero de 1915, Año XXVI, Núm. 6992, p. 8.

⁹ *Ibid.*, sábado, 20 de febrero de 1915, Año XXVI, Núm. 6994, p. 1. En este número aparece un artículo de la Hija del Caribe titulado “Por nuestro idioma castellano”. Este periódico nos informa que “La espectación es grande, y desde luego legítima”; *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, lunes, 22 de febrero de 1915, Año 77, Número 47; *El Tiempo*, sábado, 20 de febrero de 1915, Año IX, Núm. 49, p. 1, *Ibid.*, domingo, 21 de febrero de 1915, Año IX, Núm. 50, p. 1.

¹⁰ *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, miércoles, 24 de febrero de 1915, Año 77, Núm. 46, p. 5; *El País*, martes, 23 de febrero de 1915, Año IX, Núm. 51, p. 1.

¹¹ *La Democracia*, martes, 23 de febrero de 1915, Año XXVI, Núm. 49, p. 3. *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, jueves, 18 febrero de 1915, Año 77, Número 41, p. 6. Firman este documento los Sres. Angel Paniagua, Lic. Manuel Rodríguez Serra Lic. R. Negrón Flores, Pedro de Elzaburu, Lic. Augusto Malaret, y F. Ramírez de Arellano.

¹² *La Democracia*, jueves, 25 de febrero de 1915, Año 77, Núm. 47, p. 1.

¹³ Se reproduce íntegra en el *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, viernes, 26 de febrero de 1915, Año XXVI, Núm. 7000, p. 1.

¹⁴ *Ibid.*, sábado, 27 de febrero de 1915, Año 77, Núm. 49; p. 1; *La Democracia*, sábado, 27 de febrero de 1915, Año XXVI, Núm. 7000, p. 1.

¹⁵ *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, sábado, 27 de febrero 1915, Año 77, Número 49, p. 5.

¹⁶ *Ibid.*, martes, 2 de marzo de 1915, Año 77, Núm.

51, p. 1. Firman el documento el Lcdo. Gabriel de la Haba, Presidente; Lcdo. Antonio Alvarez Nava, D. Vicente Balbas Capó, Vicepresidentes; D. José Pérez Lozada, Secretario. La Casa de España hace socio de honor al Lcdo. José de Diego por su valiente defensa del idioma español en Puerto Rico. Véase la correspondencia en *Ibid.*, jueves, 11 de marzo de 1915, Año 77, Núm. 59, p. 1.

¹⁷ Los hechos del caso Grovas son los siguientes: El estudiante recogía firmas entre sus compañeros de la Escuela San Juan 1 (hoy José Julián Acosta), cuando la principal, Srta. Beatriz Lasalle, lo recriminó. Grovas contestó que él se encontraba a la calle, fuera de la Escuela, y la principal se ofendió. *El Tiempo*, martes, 2 de marzo de 1915, Año IX, Núm. 58, p. 1. La posición de los estudiantes se encuentra consignada en la noticia “Los alumnos de la Alta Escuela - Inconformes con un atropello”, en *La Democracia*, jueves, 4 de marzo de 1915, Año XXVI, Num. 7004, p. 3. *Porto Rico Progress*, March 3, 1915, Vol. VIII, No. 11, p. 1. se relatan los hechos según los ve este diario: “Speaky Spanish or habla español!”

¹⁸ *La Democracia*, martes, 25 de marzo de 1915, XXVI, Num. 7002, p. 7.

¹⁹ *Ibid.*, miércoles, 3 de marzo de 1915, Año XXVI, Núm. 7003, p. 1. La Corte de Distrito de San Juan, Sección Primero, vio la apelación interpuesta por el Lic. Piñero en contra de la decisión del Municipal Geigel, condenando al niño Francisco Ramos a 32 días de cárcel. El Juez de Distrito Jesús M. Rossy declaró al apelante no culpable. Véase *La Democracia*, sábado, 13 de marzo de 1915, Año XXVI, Núm. 56, p. 1.

²⁰ *Ibid.*, jueves, 4 de marzo de 1913, Año XXVI, Núm. 7004, p. 1; *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, jueves, 4 de marzo de 1915, Año 77; Núm. 53, p. 1; *El País*, jueves, 4 de marzo de 1915, Año IX, Núm. 60, p. 1. Votaron a favor del proyecto del Lic. de Diego, los Delegados Benítez Flores, Bustelo, Capó Cintrón, Castaño, Coira, Coll y Cuchí, Díaz Navarro, Fernández García, Dr. Figueroa, Forés, Georgetti, Ledesma, López Díaz, Palmer, Pérez Pierret, Piñero,

Rivera Zayas; Santiago Carmona, Vargas y de Diego de la mayoría Unionista En contra: Aponte Aybar, Benet., Cumpiano, Figueroa (F. J.), González Mena, Huyke, Martínez Nadal, Quiñones Rossy (Manuel F.), Tous Soto y Valdivieso (Lucas P.) de las minorías Republicana y Socialista.

²¹ *El Tiempo*, martes, 9 de marzo de 1915. Año IX, Núm. 65, p. 1; *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, martes, 9 de marzo de 1915, Año 77, Núm. 57, p. 12; *La Democracia*, miércoles, 10 de marzo de 1915, Año XXVI, 7009, p. 1- El Consejo Ejecutivo estaba compuesto de once miembros, de los cuales 6 eran Secretarios de Departamentos y 5 eran personas de la comunidad, todos nombrados por el Presidente de los Estados Unidos. Compárese esto con los 35 miembros electos de la Cámara de Delegados. En el Consejo ejecutivo votaron a favor de la proposición definitiva: Bainter, Barbosa, Bonner, Doménech, Kern, Richardson y Sánchez Morales. En contra: Barceló, Camuñas, Larrinaga y Travieso. *Porto Rico Progress*, Wednesday, March 10, Vol. VIII, No. 12, p. 1, artículo de primera plana: "Council Kills language Hill".

²² Eran miembros del Comité Paternal los señores Ramón H. Delgado, Lic. Rafael López Landrón, Dr. Manuel Quevedo Báez, Lic. Francisco Socorro, y D. Vicente Balbas Capó.

²³ *La Democracia*, sábado, 6 de marzo de 1915, Año XXVI, Núm. 7006, p. 1.

²⁴ *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, lunes, 8 de marzo de 1913, Año 77, Núm. 56, p. 1. *Porto Rico Progress*, Wednesday, March 17, 1915, Vol. XIII. No. 13, p. 1, "School Strike for Ponce Balbas Aim".

²⁵ *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, miércoles, 10 de marzo de 1915, Año, 77. Número 59, p. 1., *La Democracia*, jueves, 11 de marzo de 1915, Año XXVI, Núm. 7010, p. 3.

²⁶ *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, lunes, 15 de marzo de 1915, Año 77, Núm. 62, P. 1.

²⁷ *La Democracia*, lunes, 15 de marzo de 1915, Año XXVI, Núm. 7014, p. 8.

²⁸ *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, jueves, 18 de marzo de 1915, Año 77, Número 65, P. 1.

²⁹ *La Democracia*, jueves, 18 de marzo de 1915, Año XXVI, Núm. 7016, p. 1.

³⁰ *Ibid.*, sábado, 20 de marzo de 1915, Año XXVI, Núm. 7018, p. 81.

³¹ *Porto Rico Progress*, Wednesday, March 31, 1915, Vol. VIII, Num. 15, p. 1.

³² Se graduaron en esa ocasión 18 estudiantes del curso científico y 5 del curso comercial.

³³ Véase anuncio en la prensa donde se informa que para el año, académico 1915-16 comenzará el primer año de las carreras profesionales de Derecho, Farmacia, Ingeniero Mecánico, Ingeniero Electricista, Químico Azucarero, Perito Químico, Perito Comercial, Perito Agrícola y Perito Constructor. *La Democracia*, miércoles, 22 de septiembre de 1915, Año XXVI, Núm. 7315, p. 6.

³⁴ Véase *Ibid.*, lunes, 16 de agosto de 1915, Año XXVI, Núm. 7255, p. 8. Presidía la Junta de Directores el Dr. Manuel Quevedo Báez, el Lic. José de Diego era el Director Económico, y el Sr. Vicente Balbas Capó, Secretario. La Escuela estaba localizada en el Edificio del Hotel Nava, que había comprado la Junta, parada 13 de Santurce, allí habla pensión y salones. *Ibid.*, 14 de agosto de 1915, Año XXVI, Número 7269, p. 4.

³⁵ *Ibid.*, martes, 21 de septiembre de 1915, Año XXVI, Núm. 7314, p. 4. *Boletín Mercantil de Puerto Rico*, martes, 21 de septiembre de 1915, Año 77, Núm. 248, p. 12. *Puerto Rico Ilustrado*, 25 de septiembre de 1915, Año IV, Núm. 291, p. 26.

³⁶ *La Democracia*, miércoles, 27 de 1915, Año XXVI, Núm. 7328, p. 8.

³⁷ *Revista de Legislación y Jurisprudencia de la Asociación de Abogados de Puerto Rico*, Vol. III, Núm. 6, Nov. - Dic., 1916, p. 431. Obsérvese que aparecen algunos profesores explicando una misma cátedra. Se explica porque me he permitido agrupar semestres distintos.

³⁸ Este interesante y completo informe se encuentra reproducido en la primera plana del diario *Heraldo*

de Puerto Rico, de lunes 9 de junio de 1924, Año 1, Número 108, p. 1.

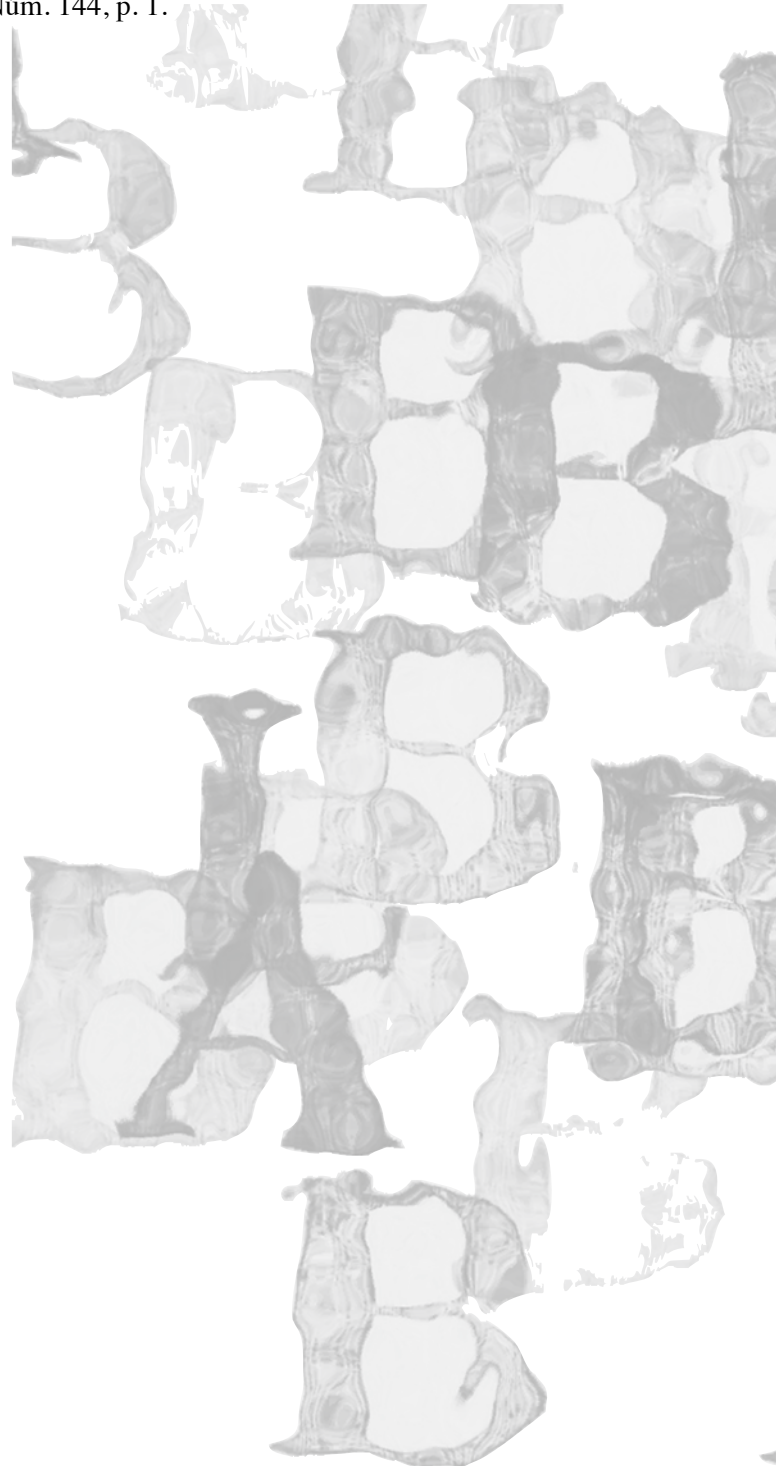
³⁹ Dice el presidente González Ginorio: “La oposición del Departamento de Instrucción Pública de Puerto Rico a nuestro plan de enseñanza y hasta todas aquellas cosas que constituyen nuestra personalidad, privado también del concurso del pueblo, ¿Cuál es la solución natural de nuestro problema? Solamente hay una. clausurar decorosamente esta institución”. *Ibid.*

⁴⁰ *Heraldo de Puerto Rico*, martes, 10 de junio de 1915, Año 1, Núm. 109, p. 2. Solamente publicaron noticias al respecto *El Imparcial* y el *Heraldo de Puerto Rico*; los diarios *El Mundo*, *El País* y *La Democracia* guardan total silencio sobre la desaparición de este centro académico. Sin embargo, publican sendas noticias solicitando ayuda económica para el *Instituto Politécnico de Puerto Rico* (Universidad Interamericana) que funcionaba en San Germán y fue fundado por el Rey. John William Harris, LL. D., en 1912.

⁴¹ Es curioso que fue el Lic. Juan B. Huyke diez años atrás -1915- quien se opuso al Proyecto de Ley Núm. 2 del Lic. de Diego, consecuencia del cual surgió la huelga y el Instituto.

⁴² Véase las siguientes noticias: “La clausura del Instituto José de Diego entrevista con el Lic. Eugenio Font Suárez, uno de sus más fervientes sostenedores”, *El Imparcial*, viernes, 13 de junio, Año VII, Núm. 139, p. 1. “El Instituto José de Diego ha caído porque jamás el país le prestó ayuda necesaria para poder desenvolverse”, dice el Comisionado de Instrucción Juan B. Huyke en *El Imparcial*, martes, 17 de junio de 1924, Año VII, Núm. 141, p. 1. “El Comisionado Municipal de Instrucción (Dr. José González Ginorio), al contestar al Sr. Huyke, que en las catástrofes del Instituto “José de Diego”, hubo profesores de más preparación académica y de mejores títulos que el Comisionado de Educación”, en *Heraldo de Puerto Rico*, miércoles, 18 de junio de 1924, Año 1, Núm. 116, p. 1. El Presidente del Instituto Universitario “José de Diego” contesta, por única vez, al Comisionado Insular de Instrucción en

El Imparcial, jueves, 9 de junio de 1924, Año VII, Núm. 144, p. 1.





Estudio comparativo de *Balún-Canán* y *Juan Pérez Jolote*

1982

Margarita Benítez

Tanto *Balún-Canán* como *Juan Pérez Jolote* pretenden presentar el polifacético mundo de relaciones de las comunidades de blancos e indígenas en el estado de Chiapas, en México. Cada comunidad tiene sus estructuras y sus jerarquías sociales, políticas y religiosas; en cada comunidad existen patrones establecidos de trato y de comportamiento. Tanto los indios como los blancos están conscientes de la presencia del grupo ajeno, pues existen antiguas y complejas relaciones de servidumbre y de dependencia que dan forma a la vida y a las opciones de cada cual. Los blancos ostentan el poder, los indios se encuentran sometidos. La prosperidad, y en algunos casos la supervivencia de los terratenientes y de los comerciantes blancos depende de la preservación de sistemas inhumanos de producción y de la explotación de la comunidad india.

La intención que mueve tanto a Rosario Castellanos como al recopilador y selector de *Juan Pérez Jolote* es testimonio y de denuncia. Este trabajo aspira a señalar cómo cada cual presenta y enfoca una problemática similar y a. comparar la efectividad de cada método.

Rosario Castellanos ha escogido el camino de la creación novelesca para presentar la desigual relación entre las comunidades blanca e indígena en un momento determinado de cambio histórico, vincular las actitudes del indio con su historia y su tradición y sondear los orígenes psicológicos del prejuicio. Ha creado unos personajes de ficción, cada uno de los cuales representa las actitudes de su grupo social, pero que tienen a la vez bulto y personalidad propia. Las peripecias de estos personajes son las del devenir político de México; las reformas del presidente Cárdenas, que vienen a estremecer y a forzar el reexamen de las formas de vida tradicionales. Dentro

de estas formas han desarrollado su personalidad tanto los blancos como los indios. La autora explora la conmoción de las estructuras sociales desde varias perspectivas: ahondando, por un lado, en la intimidad de la ya decadente clase dominante de un pueblo -Comitán- la cual, en el choque con las fuerzas del cambio manifiesta su entereza y su debilidad, describiendo la cohesión interna, arraigada en la tradición y el sufrimiento de los indios victimizados, que por primera vez en mucho tiempo se atreven a esperar y a creer en la justicia y en la ley. Además, vincula estos dos mundos mediante sus relaciones socioeconómicas y mediante los híbridos culturales que han participado de ambos.

Es preciso aclarar, sobre este último punto, que aunque todos los personajes de *Balún-Canán* son como son debido al hecho y a las circunstancias de la convivencia de las dos razas, al hablar de híbridos culturales me refiero a aquéllos cuya cosmovisión ha sido alterada significativamente por la experiencia del mundo ajeno: la niña, y los indios Gonzalo Utrilla y Felipe Carranza Pech. La niña, porque ha sido criada por una india que le ha ofrecido su única garantía de afecto incondicional y porque el mundillo de las sirvientas indias, supersticiosas y parlanchinas, tiene para ella más sentido y es más real que el de sus mayores. Sin embargo, aun siendo tan pequeña ha interiorizado el convencimiento de la inferioridad innata del indio y como pertenece a la raza dominante, probablemente pueda superar sus necesidades y olvidar sus lazos afectivos con los de abajo. Pero Felipe Carranza y Gonzalo Utrilla no pueden olvidar ni hallarse a gusto en ninguna parte. Porque han podido, con mil trabajos, adquirir las destrezas elementales del mundo de los blancos, han desarrollado conciencia política y con una renovada voluntad de compromiso con los suyos, se han aprestado a la lucha por la justicia social. Después de haber conocido otras ideas y por primera vez la esperanza, ya no puedenacompararse a las formas de vida indígena en sumisión. Su lucha,

y el aparato ideológico que la sustenta, va más allá de los límites de la comunidad india, pero es desde ésta que debe realizarse.

Juan Pérez Jolote: biografía de un tzotzil se nos presenta como «el relato de la vida social de un hombre en quien se refleja la cultura de un grupo indígena, cultura en proceso de cambio debido al contacto con nuestra civilización».¹ Este relato se ha decantado de entrevistas e investigaciones realizadas por Ricardo Pozas A., quien figura como autor del libro. Juan Pérez Jolote es un ser real, escogido por considerársele representativo de todo un grupo, con la idea de que a través de sus peripecias personales pueda llegar a la comprensión de su comunidad.

La narración se inicia con la niñez de Juan y llega hasta su integración definitiva en las formas de vida vigentes entre los suyos (se casa, tiene hijos, es dueño de su casa y de un terreno, ocupa un lugar reconocido en la comunidad). La voz narrativa es la de Juan; los demás personajes son presentados y descritos según y cómo entren en relación con él, sin penetrar en sus psicologías. El propio Juan no lleva a cabo ningún proceso de introspección. Cuando describe sus estados de ánimo lo hace con frases como «estuve triste» y «estaba contento».

Todo esto no quiere decir que la obra sea un modelo de sencillez e ingenuidad. En esta narración hay que ser conscientes de la presencia de dos emisores: Juan, quien ha pasado por una serie de experiencias que dejan sin inocencia a cualquiera y Ricardo Pozas, cuya función es ordenador y presentador que va más allá de la simple retransmisión. No obstante la alentadora aseveración en la portada de *Juan Pérez Jolote*, de que «Pozas descubre ante el lector la vida de un hombre representativo de su comunidad, sin recurrir para ello a nada que no corresponda estrictamente a la realidad allí observada»², este relato no es, a mi parecer, un trabajo meramente informativo o un documento de antropología, sino una obra testimonial

dentro de la corriente de la literatura de protesta. Tras el lenguaje sencillo y el tono neutral de la narración está la intención de producir una cierta reacción en el lector. Que este tome consciencia de la injusta situación en que viven los indios chamulas y de hasta qué punto dicha situación ha sido institucionalizada e interiorizada por los que en ella participan. La obra aspira a provocar al lector hispanoamericano, y especialmente al mexicano, a la acción correctora de las injusticias que existen en su medio.

Si partimos de las premisas de que la realidad vivida es irrecuperable, que es imposible abarcar todos sus componentes y que existen limitaciones consustanciales a cualquier perspectiva individual, habrá de aceptar que toda relación que pretenda hacerse de la realidad implica una selección y ordenación de elementos narrativos de acuerdo con un sistema de prioridades establecido por el narrador. A través de *Juan Pérez Jolote* podemos discernir una calculada orquestación de detalles para hacer inevitables ciertas conclusiones. Por ejemplo, la conclusión de que el aguardiente es un instrumento de opresión y embrutecimiento no solo se desprende del relato, sino que se elabora y recalca en todos los pasajes importantes, deteniéndose a veces el curso de la narración o estableciéndose analogías y coincidencias cuidadosamente cronometradas. En la «Introducción» se menciona como uno de los rasgos característicos de la cultura chamula la costumbre de ingerir aguardiente en grandes cantidades en cualquier ocasión de relieve, con la coletilla de que la embriaguez produce en los indios actitudes irascibles y pendencieras. El padre de Juan, cuya crueldad con su hijo es tal que lo hace huir de la casa, está casi siempre borracho. Cuando Juan, luego de muchas peripecias, se reintegra a la vida y a las costumbres de su pueblo, va a comentar el uso y el abuso del aguardiente diciendo cosas como estas:

Para gobernar al pueblo, para arreglar a la gente, cada vez hay que tomar

aguardiente... Cada autoridad que conforme a los que se pelean recibe, en cambio, aguardiente... Cada uno de los que tenían culpa llevaba aguardiente... *Poco* después se presentaba otro, averiguaban el delito, *lo* regañaban las autoridades, y recibían más trago... Al cabildo llegaban, todos los días, los barriles de aguardiente que el secretario vendía y todos *los* días llegaba *mi* padre borracho...³

Más adelante, cuando el propio Juan alcance rango dentro de la comunidad también se convertirá en un bebedor de cuidado. Al final del relato se describe cómo el negocio del aguardiente es un lucrativo monopolio de los blancos. La obra termina con el siguiente párrafo:

A mi casa vienen a beber todos los días compañeros que llegan a comprar; me dan de lo que toman y con todos tomo yo. «Ya no tomes más», me dicen mi Lorenzo, y mi Dominga; pero yo no puedo dejar de tomar. Hace días que ya no como... Así murió mi papá. Pero yo no quiero morirme. Yo quiero vivir.⁴

La ordenación y reiteración del material y en especial la construcción de este párrafo final⁵ indican un propósito deliberado y específico. El paralelo final entre Juan y su padre resulta demasiado exacto para no ser intencional. Mi argumento no pretende negar que el hábito indígena de beber desenfrenadamente haya sido inculcado y estimulado por los blancos con el doble propósito de mantener a los indios embrutecidos y de enriquecerse a costa de ellos, sino señalar que en la ordenación del material entran en juego las intenciones del agente ordenador. La llamada novela testimonio parte de sucesos y de seres concretos y reales, pero implica una interpretación de

éstos que puede y debe ser cuestionada, o al menos identificada, por el lector consciente.

Resumiendo lo hasta ahora dicho: *Balún-Canán* y *Juan Pérez Jolote* pretenden re-crear un ambiente y dar testimonio de una injusticia. En *Balún-Canán* la problemática se plantea mediante situaciones y personajes ficticios que emulan situaciones y personajes reales. En *Juan Pérez Jolote* el método es la recopilación de datos biográficos sobre un personaje real cuya situación es representativa de la de su grupo. La estructura de *Balún-Canán* permite la variación de puntos de vista y de técnicas de narración, la interpretación psicológica y la expansión del ámbito narrativo. El formato de *Juan Pérez Jolote* lo circunscribe a la narración en primera persona y al reportaje de acontecimientos exteriores. *Juan Pérez Jolote* da la impresión de mayor exactitud y objetividad porque relata situaciones históricamente vividas en un estilo llano y directo. Hemos sugerido, no obstante, la existencia de complejidades ulteriores y hemos dicho que hay un propósito deliberado en la organización y presentación del material. Este argumento, que ya toma visos de perogrullada, pretende poner en tela de juicio la creencia de que si se narran hechos verdaderos (que han sucedido realmente) se produce necesariamente una historia verdadera (digna de crédito porque corresponde exactamente a la realidad).

Ambos autores escogen tratar las injusticias que describen con una naturalidad escalofriante, que cumple el doble propósito de destacar, sirviendo de contraste, a las barbaridades que presenta («understatement») y de evidenciar hasta qué punto éstas forman parte de la rutina de la vida cotidiana. La descripción de situaciones a través de personajes «inocentes» quienes supuestamente no se dan cuenta de la significación de lo que están diciendo es una técnica importante en los dos libros. En *Balún-Canán* el personaje de la niña tiene a su cargo parte de la

narración. Ella es ostensiblemente quien narra la primera y tercera partes de la novela. Se pretende que, a través de sus ingenuas reacciones infantiles, la niña revela dimensiones de la clase dominante que por un lado expliquen y por otro condenen el sistema social de iniquidades sostenido por las ambiciones, los egoísmos y las bajas pasiones de los blancos. Además desde la perspectiva de un niño se percibe con mayor intensidad y realidad el mundo de magias y mitos indígenas, el cual es un elemento importante del relato. Claro que la reproducción de complejos diálogos, la cuidada descripción de ambientes y paisajes y el experto manejo del lenguaje apuntan a una autora que hace uso de una convención narrativa según ésta sirva sus propósitos.

Además de la voz narrativa de la niña, hay un narrador omnisciente en tercera persona que está a cargo de casi toda la segunda parte, con algunos monólogos interiores intercalados (Zoraida, César, Ernesto) que amplían el sondeo de la psicología de los blancos. A través de la nana y de las criadas indias se transmiten leyendas sobrenaturales. Aparecen también trozos de la tradición oral indígena como epígrafes, y un breve relato que imita ese estilo, supuestamente escrito por un indio para recordar la llegada de los blancos a la región y el comienzo de la opresión de los Arguellos.

Como ya habrá podido verse, la tradición y las leyendas indígenas juegan un papel importante en ambas obras. A Rosario Castellanos le proporcionan un extenso trasfondo épico-mítico para enmarcar y enriquecer sus personajes indios. En *Juan Pérez Jolote* se describen detalladamente las costumbres y creencias que mantienen la continuidad y la armonía dentro de la comunidad. Tiene especial interés la peculiar integración de elementos indígenas (tanto Pozas como Castellanos utilizan en algún momento el condescendiente adjetivo «paganos») a los ritos y creencias cristianas. Es evidente la superposición de nombres y figuras del santoral católico a los dioses y

ritos de cultos ancestrales. La historia de la vida de Jesús que los viejos enseñan a los jóvenes en el pueblo de *Juan Pérez Jolote* está aderezada con situaciones y términos indígenas. Asimismo en *Balún-Canán* las ceremonias indias ante las imágenes cristianas tienen un sabor particular, un misterioso carácter precolombino desconcertante para los blancos.

Otra dimensión de esta situación es que la creencia en poderes sobrenaturales y en la brujería no es exclusiva de los indios, sino que se cuele en la consciencia de los blancos en *Balún-Canán*, adquiriendo matices siniestros y amenazadores. La perdición de Matilde y la muerte de Mario, el hijo varón de los Arguellos, van a ser profetizadas por los indios y a ocurrir bajo circunstancias misteriosas. En uno y otro caso entran en juego factores psicológicos, intensificados por la consciencia de un mundo de fuerzas sobrenaturales que se rige por leyes desconocidas e incomprensibles para los blancos, y el miedo que despiertan. En ese contexto pavoroso estalla destructivamente la represión sexual de Matilde y las inseguridades de los niños, en cuya imaginación se funden la idea del infierno aprendida en el catecismo y el terror supersticioso a conjuros y espíritus derivado de las consejeras indias.

Esta curiosa síntesis se manifiesta también -de manera bastante efectista-* en el episodio en que la niña, al enfrentarse con la imagen de un Cristo crucificado en la iglesia clausurada por orden del gobierno que entran a limpiar las señoras bien de Comitán, exclama sobrecogida: «-Es igual (dijo señalando al crucifijo), es igual al indio que llevaron macheteado a nuestra casa».⁷ Sucede también que Francisca Arguello, una especie de Bernarda Alba que decide quedarse sola en su hacienda y desafiar las fuerzas del cambio, se mantiene invocando poderes sobrenaturales y proclamándose bruja ante los indios. Esta gama de situaciones no se da en *Juan Pérez Jolote* debido a su punto de vista narrativo único; allí la comunidad

de los blancos aparece como impenetrable, ya que sus costumbres no tienen sentido en términos de la cultura chamula, ni tienen los indios acceso a ellas. Sí se describen ritos de exorcismo para alejar los malos espíritus, y los ritos fúnebres a la muerte del padre de Juan. Podemos concluir que en ambas obras la influencia de los mitos indígenas está tan presente, por lo menos, como la de la religión cristiana, y que sus repercusiones van más allá del nivel folklórico.

Un aspecto negativo de la relación entre las dos culturas que tanto *Balún-Canán* como *Juan Pérez Jolote* destacan significativamente y convierten en símbolo de todo el problema es el desconocimiento de la lengua y cultura ajenas. Casi ningún indio domina el «castilla» y son pocos los blancos que se han molestado en aprender las lenguas indígenas. En consecuencia, los indios no pueden adquirir las destrezas y los conocimientos de los blancos y éstos a su vez no conciben que pueda haber nada de valor o de interés en las culturas indígenas que les rodean. A los blancos incluso les perturba oír a un indio hablar en español, como si estuviera invadiendo un santuario.

Aunque los indios, como ciudadanos mexicanos, tienen derecho a participar y a beneficiarse de las ventajas y garantías que ofrece el gobierno nacional, como viven aislados e ignorantes de la lengua oficial del país quedan marginados del proceso político y a la merced de los mismos responsables de su triste condición. Los blancos mantienen esta situación porque les conviene. Este problema sirve a Castellanos para uno de los asuntos principales de su novela: los esfuerzos de los indios por conseguir una escuela y un maestro para sus hijos y la resistencia de los blancos, que reconocen la amenaza que representa para su sistema la educación de los indígenas. En un gesto de cinismo absoluto, César, cuando se ve obligado por los acontecimientos a buscar un maestro para los indios nombra a un muchacho que no habla tzeltal ni tiene la más mínima vocación de enseñanza, quien se

dedica a desvariar ante los niños en una lengua que éstos no entienden. Por su parte, *Juan Pérez Jolote* despacha las campañas de alfabetización con un solo párrafo, conciso y sardónico:

Para enseñar a hablar castilla, el Gobierno nombró doce maestros para los parajes de mi pueblo; yo tuve treinta alumnos en Cuchulumtic y les enseñaba algunas palabras de castilla y algunas letras para que aprendieran a leer. A los tres años se acabó la campaña y nos quitaron a todos el cargo: ahora, la gente que quiere aprender castilla compra «aceite guapo» en las boticas de San Cristóbal porque dicen que es bueno para aprender a hablar.⁸

Sería difícil escoger cual de las dos ironías es más devastadora. En *Juan Pérez Jolote* se narran las dificultades que tuvo Juan hasta que por fin fue aprendiendo a hablar español y a leer y escribir rudimentariamente. Estos limitados conocimientos, extraordinarios entre su gente, despiertan en él ciertas inquietudes que no podrá satisfacer. Por un tiempo intenta vestirse y actuar como los blancos, pero es ridiculizado por blancos e indios. Sus adelantos como indio «culto» ocurren siempre dentro del esquema de la subordinación y el servicio al blanco.

La perpetua posición de servidumbre del indio con respecto al blanco termina por fijarse en su psicología. Probablemente la consecuencia más nociva de los siglos de opresión sea la interiorización del sentimiento de inferioridad. En *Juan Pérez Jolote* uno de los viejos de la tribu dice, como parte de la ceremonia del solemne momento de la toma de posesión de las autoridades indias del pueblo, todas subordinadas, por supuesto, a los blancos:

¡Obedece al ladino, que es el que manda!

Porque es el hijo de Dios, el hijo del cielo, el de la cara blanca, el de camisa y pantalón.⁹

En *Balún-Canán* la nana le cuenta a la niña la leyenda de la creación del hombre, donde se establece que por voluntad de los dioses hay ricos y pobres -«hombres de oro y hombres de carne»- y que los pobres han de servir al rico y éste se cuidará de ellos. Otro episodio aún más revelador de esta fatalista resignación ocurre entre los indios, cuando están discutiendo si deben insistir en la construcción de la escuela, si serán capaces de enfrentarse a los blancos. Uno de los indios recuerda que fueron ellos quienes construyeron los edificios de los blancos y el más viejo de todos replica: «-Porque la autoridad del blanco movió la mano del indio. Porque el espíritu del blanco sostuvo el trabajo del indio»⁸ Ante esas palabras quedan todos abatidos y empequeñecidos; Felipe Carranza intenta reanimarlos hablándoles de sus experiencias más allá de los confines de la hacienda, de las cosas que ha visto en el pueblo vecino de Tapachula, de las promesas que ha escuchado a Lázaro Cárdenas, Presidente de la República y guardián de la ley. A lo que replica uno de los indios: «-Pero el guardián de la ley está lejos. Y el patrón está aquí, vigilándonos».¹¹ Estas palabras condensan el problema y explican el fracaso de tantos programas de reforma y justicia.

Como hemos visto, los vínculos de las comunidades indias con el exterior son muy limitados, y los acontecimientos políticos del país los afectan sólo marginalmente. Después de la ardiente novela de compromiso de la Revolución Mexicana, es como un chorro de agua fría leer en *Juan Pérez Jolote* cómo éste rueda de un bando a otro sin hallar en ninguno diferencias y cómo a su regreso de la lucha encuentra que nada ha cambiado en su pueblo. Al menos en *Balún-Canán* la figura de Cárdenas, aunque distante, ofrece una esperanza y una garantía.

En contraste con las escasas relaciones con el

mundo exterior, el sistema de relaciones dentro de la comunidad indígena es complejo y elaborado, basado en la tradición y en la estructura familiar. Juan, por ejemplo, siempre se dirige a su padre con gran respeto y temor, e insiste siempre en identificarse como chamula y no como miembro de cualquier otro grupo nacional o político. Una de las áreas más estrictamente especificadas es la de las relaciones entre hombres y mujeres, según documentan ambos relatos. El matrimonio entre indios es una especie de contrato de servicios que atañe a toda la familia, en el cual la laboriosidad y productividad de los futuros esposos son los factores más importantes. Una vez casados, la sumisión de la mujer al marido es absoluta. Las limitaciones y exigencias de la vida diaria dejan poco tiempo para entablar una intimidad afectiva. En ninguno de los dos relatos las parejas indígenas cambian entre sí una palabra de ternura. Es posible que esta observación sea, tanto de mi parte como de la de los dos autores, el producto de un juicio de valores ajenos más allá de nuestra capacidad de comprensión.

Para concluir, un juicio personal. La anécdota humana, el problema general presentado en términos personales tiene a menudo más impacto que cualquier otro tipo de planteamiento. Ambas obras parten de esta premisa. A mi parecer, *Balún-Canán*, tiene mayor éxito en captar el interés y la simpatía del lector, porque sus personajes tienen más carácter e individualidad que los de *Juan Pérez Jolote*, con todo y que éstos sean reales y aquéllos inventados. Tal vez esto se deba a la mayor sofisticación y variedad de técnicas de narración y caracterización de *Balún-Canán*, y también a que la vida de los hombres es por lo general monótona, mientras que la ficción puede escoger problemas y momentos de intensidad especial. Aun reconociendo que algunos de los conflictos y de las situaciones expuestas en *Balún-Canán* resultan demasiado calculados o transparentes, como lectora encuentro más afectiva, verosímil e interesante la depuración imaginativa de la realidad de *Balún-Canán*

que la reproducción, por más reveladora o intencionada que resulte, de una serie de hechos reales.

Notas:

¹ Ricardo Pozas A., «introducción», *Juan Pérez Jolote: biografía de un tzotzil*, 6ta ed., Colección Popular, Fondo de Cultura Económica (México; 1968), pág. 7.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*, págs. 59-60

⁴ *Ibid.*, págs. 112-113.

⁵ Este párrafo y los otros que concluyen la narración hacen evocar el pasaje final del *Lazarillo de Tormes*, cuando éste, tras quedar deshonrado y sobornado se siente en su prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

⁶ Algo parecido hace Carlos Fuentes en su novela *Las buenas conciencias*, cuando análoga la figura del Cristo Crucificado con la de Ezequiel Zuno, un minero con ideas de cambio social, apresado y castigado por las autoridades, que aparece breve pero significativamente en la vida del niño Jaime Ceballos.

⁷ Rosario Castellanos, *Balún-Canán*, 3ra ed., Colección Popular, Fondo de Cultura Económica (México, 1968), p. 43.

⁸ *JPJ*, pág. 112.

⁹ *JPJ*, p. 84.

¹⁰ *BC*, pág. 101.

¹¹ *Ibid.*, pág. 103.

Libros consultados:

1. Barnet, Miguel. «La novela testimonio: socioliteratura», *La canción de Rachel*. Barcelona, 1970.
2. Castellanos, Rosario. *Balún-Canán*. México, 1968.
3. _____. *Oficio de tinieblas*. México, 19
4. Pozas A., Ricardo. *Juan Pérez Jolote: biografía de un tzotzil*. 6ta. ed. México, 1968.



La filosofía francesa contemporánea

1980

Francisco José Ramos

El título de esta colaboración es intencionalmente vago. La filosofía francesa contemporánea abarca un vasto territorio. Esta amplitud se complica si tenemos en cuenta su heterogeneidad y la herencia cultural de la cual ella se nutre. Nosotros vamos a limitarnos hoy aquí a hablar no de unos autores en específico, sino de una problemática filosófica común a varios autores. La selección de estos autores obedece a criterios personales y objetivos a la vez. No ocultamos nuestra simpatía por pensadores como G. Deleuze, J. F. Lyotard, M. Foucault y J. Derrida. En torno a ellos girarán nuestros comentarios y las reflexiones que intentaremos desarrollar. La simpatía no hay que explicarla ni justificarla: es así, sin más. La importancia del pensamiento de estos señores es lo que, en todo caso, habría que dejar en claro.

Hablaremos de una problemática común. ¿Qué significa esto? Hay que empezar por decir que entre ellos existen profundas diferencias. Sin embargo, en el ámbito mismo de sus diferencias puede decirse que todos ellos coinciden en una misma *sensibilidad filosófica*. Con ellos ya no hay posibilidades para los «ismos», para las «escuelas», tanto en su sentido institucional o explícito, como en su sentido informal o implícito. Con ellos se consume –o, por lo menos, se hace aún más dramático– el fin de *la* Filosofía con mayúscula y en singular, absoluta y majestuosa. Ahora de lo que se trata es de pulir, provocar y perpetuar la sospecha contra la Filosofía, la desconfianza de lo que ya Nietzsche llamaba el instinto tiránico de la Razón. Pero como la Filosofía no es, no ha sido otra cosa que la autofundamentación de su propio discurso, de lo que se trata es de investigar el lenguaje de la filosofía.

Ya en 1964, durante su intervención en el VII Coloquio de Filosofía de Royamont, Foucault plantea lo que para él constituye la base del pensamiento contemporáneo: la irrupción de Marx, Nietzsche y Freud en el escenario

de la cultura occidental. Con ellos empieza la ruptura, con ellos empieza la *sospecha*.

Primero, la sospecha de que el lenguaje no dice exactamente eso que él dice: el hecho de que todo sentido manifiesto pretende ocultar otro sentido que siempre se le escapa. Segundo, el hecho de que el lenguaje desborda su «forma puramente verbal». Es decir: que hay muchas cosas en el mundo que hablan y que no pertenecen al lenguaje. Es la naturaleza del signo lingüístico la que empieza a cuestionarse. Se trata de examinar al signo lingüístico y al discurso en su *materialidad*. El discurso filosófico depende de la forma de la gramática y de una exterioridad compleja que lo fundamenta. «No hay texto sin interpretación» nos dice Nietzsche. Sin embargo, la filosofía ha operado siempre como si el pensamiento fuese la esencia de un gran Libro que regula de un modo absoluto su destino. Marx, Nietzsche y Freud nos hacen ver la fragilidad de este destino, las ilusiones de su transparencia, los caprichos de su plenitud. Y, sobre todo, la historia de crueldad que él pretende silenciar bajo la primacía de un orden moral del mundo.

Detrás de cada proposición hay un «alguien» que interpreta. Lo que interesa averiguar es «quién» interpreta. Lo que interesa no es, pues, tanto el valor de una proposición (si es verdadero o falso) como las condiciones en que ella emerge, los elementos que la constituyen, la estrategia que la acompaña. El «quién» por el cual se pregunta no es otra cosa que los intereses de clases (Marx), la voluntad de poder (Nietzsche), las instancias pulsionales (Freud). Todo lo opuesto, pues, a la reducción del discurso al ámbito del relativismo y la subjetividad.

Foucault da en el clavo al señalar a esta trinidad como determinante en la transformación de nuestra cultura. Deleuze va más allá, al distinguir a Nietzsche de los otros dos; mientras que afirma que Marx y Freud constituyen todavía el texto de un movimiento

cultural, institucionalizado y recodificador («C'est cela qui constitue vraiment, à l'horizon de notre culture, le marxisme et la psychanalyse comme les deux bureaucraties fondamentales, l'une publique, l'autre privée, dont le but est d'opérer tant bien que mal un recodage qui ne cesse à l'horizon de se décodifier.») Nietzsche pertenece al ámbito de la *contra-cultura*. En otras palabras: Nietzsche es irrecuperable. Por su nomadismo esencial él siempre se nos escapa: lo propio de su discurso es lo insistentemente descodificador. Su escritura es tal que ella se construye en la deconstrucción de lo que Deleuze llama los grandes instrumentos de codificación: el contrato, la ley, la institución. ¿Dónde localizar la tregua en Nietzsche? ¿Cómo fijar la legitimidad de su discurso? ¿Dónde empieza, dónde termina, cuál es su morada?

Por lo mismo, es decir, por lo insistentemente descodificador, Nietzsche es el punto de referencia privilegiado del pensamiento de nuestros cuatro autores. En todos su nombre sale ileso. A todos los permea. A través de Nietzsche llegamos a aquello que con más precisión va a caracterizar la filosofía contemporánea: la palabra clave es *descodificación*. Es algo más que una «crítica»: es un desplazamiento de perspectiva. Es la inauguración de un nuevo espacio filosófico.

Nietzsche nos dice: «El pensar de los filósofos no es, de hecho, tanto un descubrir cuanto un reconocer, un recordar de nuevo, un volver hacia atrás y un repatriarse a aquella lejana, antiquísima economía global del alma, de la cual habían brotado en otro tiempo aquellos conceptos: –filosofar es, en este aspecto, una especie de atavismo del más alto rango.» (*Genealogía de la moral*, 20). El discurso de la filosofía es una inmensa memoria que ha pretendido legitimar su verdad a base a una racionalidad excluyente. La validez de los «conceptos supremos» de la filosofía depende de la

lógica interna de un Orden cuyo sentido es la imagen especular de sí mismo. Este «narcisismo» filosófico es inseparable de aquella memoria. Y de ambos hace la criatura más terrible de la filosofía: el olvido. ¿Olvido de qué? La filosofía –o para ser más precisos, el discurso filosófico– no ha dejado de girar en torno a lo que Derrida llama el *logocentrismo*. Es decir, en torno al modelo de una época que reprimió (*refoulé*) toda reflexión acerca de los orígenes de la escritura «que no fuese tecnológica, o historia de una técnica» –represión que es la misma ejercida contra el cuerpo, contra la letra, contra la materia: contra todo aquello que de una u otra manera pudiera atentar o subvertir la «permanencia», la «naturaleza», el «ideal».

El logocentrismo es la omnipresencia del *logos*: el platonismo. El objeto de la filosofía no es otro que su propio discurso. Con Platón la filosofía se convierte en una disciplina, en una especialidad, en un Saber fundamental. Y desde Platón hasta Hegel, los filósofos son los que poseen ese Saber, los celosos guardianes del Logos. La filosofía se ha constituido de tal manera que su discurso le ha impedido volcarse *fuera* de sus propias determinaciones. La filosofía se ha configurado en todo momento como si sus categorías fuesen extraídas de la alquimia de un pensamiento puro e inalterable. Esta forma fundamentalmente *autárquica* de la filosofía es lo que la ha llevado a «olvidar» el dinamismo externo dentro del cual surge la consciencia filosófica en particular y todo saber en general. Su «olvido» consiste justamente en querer operar como si la razón fuese invulnerable.

Es dentro de esta perspectiva que habría que situar la «crítica» de la filosofía francesa contemporánea al discurso filosófico. Sin embargo, al hablar de «crítica» nos quedamos cortos. Si hay algo que ha caracterizado a la filosofía es la «crítica». Los filósofos nunca han dejado de criticarse, de polemizar, de combatirse: aún bajo la hermética hegemonía del pensamiento metafísico-teológico. Es más: la «crítica» es el concepto movilizador de la filosofía. Toda filosofía

ha sido siempre crítica porque toda filosofía emerge como *crisis*: es decir, como una separación y un distanciamiento de lo que antes fue. Hacer una crítica a la filosofía es, por lo tanto, mantenerse en el espacio interior de su discurso, en la óptica logocéntrica. De lo que se trata no es de criticar sino de descodificar.

La descodificación implica, primero, la inauguración de una nueva práctica discursiva. Provocar la *diseminación* del discurso en esa «exterioridad» contra la cual se ha configurado la filosofía. Dejar hablar al cuerpo, a lo sensible, a lo cotidiano, al silencio, a la política, a lo ambiguo o equívoco, a lo conflictivo, al poema. Construir un discurso que tome en cuenta la experiencia de la escritura, la sensualidad del cuerpo de un texto, el erotismo lúdico del funcionamiento metafórico. Que el discurso se reafirme en la multiplicidad y en la diferencia. Que por él atraviesen todos los flujos de todos los textos. Que él sea texto, no el texto, sino un texto más. «On est embarqué: une espede de radeau de la Méduse, la radeau dérive vers des ruisseaux souterrains glacés, ou bien vers des fleuves torrides, l'Orinoque, l'Amazone, des gents qui rament ensemble, qui ne sont pas censés s'aimer ensemble, qui se battent, qui se mangeant. Ramer ensemble, c'est partager, partager quelque chose, hors de toute loi, de tout contrat, de toute institution; une dérive, un mouvement de dérive ou de "déterritorialisation".»

Con estas palabras Deleuze intenta describir la escritura aforística de Nietzsche. Y con estas mismas palabras podríamos nosotros describir la propia escritura de Deleuze, por lo menos en sus últimos libros. Ahora las murallas y los laberintos de Kafka, los animales de Alicia, los colores de Picasso, las líneas de fuga de H. Miller, los dibujos de Klee, la música de Schonberg, las pirámides de Egipto, Andreas Baader y Ulrike Meinhoff, la locura de Nietzsche o el cuerpo hecho escritura de Artaud ... ahora todo esto, junto a Kant, Hume o Spinoza, ocupa el nuevo espacio de

la filosofía. Ya no se trata solamente de *saber* o de *determinar el sentido* sino, también, de *describir* o simplemente dejar hablar al deseo. La historia de la filosofía como un movimiento inseparable de una economía libidinal. ¿Es esto todavía la filosofía? Es, por lo menos, la inversión de una alegoría mítica: Saturno es devorado por sus hijos para que el olvido se detenga y lo olvidado vuelva a la vida.

En segundo lugar, la descodificación implica una problematización de los conceptos supremos de la filosofía. La nueva práctica discursiva provoca la descentralización del logos. Ella pone de relieve la vulnerabilidad de la razón y sus categorías. Con la fragmentación del discurso se desvanece la posibilidad de un fundamento absoluto. Es ahora cuando queda consumada la muerte de Dios y, con ella, cualquier intento de reduccionismo antropológico. Por consiguiente, el análisis filosófico tiene que desplegarse en el horizonte de una reflexión que se niega a ser determinada de antemano por la forma de un sujeto (trascendental o trascendente). No hay sujeto alguno detrás de las acciones humanas o no humanas, sino «rapports de force», «relations de pouvoir» (Foucault), «localisations éphémères d'énergie» (Lyotard), «machines désirantes» (Deleuze).

La muerte de Dios es, consecuentemente, la muerte del hombre, la muerte del «sujeto». Con estas metáforas lo que hacemos es dramatizar un hecho: no existe ya un *lugar privilegiado* desde el cual poder valorar, juzgar, o simplemente deducir el Sentido. No hay más tierra firme. La reflexión filosófica, así entendida, tiende a aplicarse a sí misma el principio de relatividad generalizada que los físicos aplican al universo. La realidad –el universo, el mundo, el todo– no es más una unidad absoluta sino una ex-centricidad dinámica. La revolución copernicana nos abrió el mundo hacia un universo infinito. El pensamiento contemporáneo nos sitúa en la perspectiva de la discontinuidad, de la disimetría, de la multiplicidad de

esa «infinitud». Con la ausencia de todo centro nace una especial sensibilidad por las diferencias. Pero, contrario a todo vulgar relativismo, renace también la perspectiva de lo común.

Esto significa que estamos asistiendo a una transformación del sentido de lo «real» y del sentido de lo «verdadero». En abierto reto a Hegel, lo real ya no se agota en lo racional, lo verdadero ya no es el todo. La realidad o, mejor dicho, lo real es siempre aquello que se nos escapa y la verdad, siguiendo a Nietzsche, no es más que una palabra. Y a pesar de que es el mismo Hegel quien transforma el sentido de lo verdadero al incluir la no-verdad como elemento constitutivo de la verdad, su pensamiento lo que viene es a culminar esa concepción unitaria, absoluta y lineal del Saber. Antes de Hegel –con la gran excepción de Spinoza– la filosofía se nutre de una fundamentación simplemente teleológica de la realidad. El «reino de los fines» es la piedra de toque de toda filosofía de la historia. El mundo –todo lo que es– tiene un sentido: un Sentido que se ordena de acuerdo con las normas de una racionalidad que ha predeterminado los contenidos de la existencia.

De esta manera, la historia es el escenario donde la Verdad es representada. En el principio era el Verbo. Pero el Verbo no es otra cosa que el Logos de la filosofía griega. Cuando Cristo encarna el Verbo lo que hace es fundamentar el sentido de lo verdadero. Esta cristianización del logos es lo que lleva a cabo la teología. Y su racionalidad es el hilo conductor que nos comunica con la emancipación de la metafísica occidental... hasta Hegel. Con Hegel la razón se hace más astuta y más peligrosa. Nada puede escapar a la Razón dialéctica. Ella lo recupera todo. Todo *es* ella. Con Hegel la verdad se hace *sistema*: saber es descubrir el poder omnipresente de la razón. Desde este momento, el discurso «no es más que el reflejo de una verdad a punto de nacer ante nuestros ojos» (Foucault).

Contra Hegel, de lo que se trata ahora es de analizar la historia sin obviar su profunda discontinuidad, su dispersión inabarcable. Se trata de formular una nueva concepción de la *temporalidad* que permita, a su vez, detectar la realidad en su diversidad, en su complejidad, en sus diferencias. Impedir que cualquier presupuesto teleológico se nos imponga en su afán por establecer un mismo horizonte totalizador, sea o no europeo-occidental.

Formulada así esta problemática se entiende que no sea sólo Hegel sino también Marx –o mejor, el materialismo histórico– quien ve poner en entredicho su discurso. Deleuze nos dice: «No hay más historia universal que la de la contingencia.» Las formaciones sociales no se siguen lógicamente (necesariamente) unas de otras, de acuerdo a unas leyes que las determinan, sino que remiten siempre a una descodificación y codificación de los flujos. Son las «leyes históricas» las que vienen determinadas por el proceso de las formaciones sociales. La lucha de clases no es *el* motor de la historia sino un elemento más que participa de una contingencia fundamental.

En suma, son las categorías de Sujeto, de Totalidad y de Finalidad las que sufren, primordialmente, la descodificación. Son los presupuestos de toda «filosofía de la historia», desde Platón hasta Hegel, pasando por san Agustín y Kant (y sin olvidar a Marx), los que empiezan a ser desarticulados. Desde esta perspectiva, puede entenderse en su sentido especulativo y práctico –el proceso de “desacralización” de aquellos pensamientos que, en su momento, supusieron una «ruptura» con la filosofía tradicional, la dinastía del logos y la herencia cultural de occidente; no sólo el marxismo sino, también, el freudismo y la fenomenología. ¿Cuánto de teólogo hay todavía en Marx? ¿Hasta qué punto la economía política marxista no funda sus presupuestos filosóficos en la ética judeo-cristiana del trabajo? La concepción del inconsciente como lugar de representación, como

teatro de símbolos predestinado a significar algo, ¿acaso no supone un hiperracionalismo de base? La reducción fenomenológica, ¿acaso no presupone la idea de un sujeto trascendental y, por tanto, la búsqueda de un fundamento absoluto desde el cual construir un criterio inefable para fijar la verdad?

Hay que añadir que estos planteamientos están íntimamente ligados a la experiencia histórica más reciente. En gran medida, es esta experiencia, y sus consecuencias múltiples, lo que ha desencadenado este tipo de reflexión. Se trata de algo más que una simple relación causal. Se trata de la articulación complejísima entre el saber y el poder, entre la producción de conocimiento y las relaciones de fuerza que configuran la sociedad moderna. Se trata de poder detectar en qué consiste eso que F. Chatelet ha llamado la «autonomía no independiente de las ideas».

Al mismo tiempo, las repercusiones políticas de este nuevo tipo de reflexión son muy importantes. Estamos asistiendo a algo que Nietzsche ya había vislumbrado: la transmutación (*Umwertung*) de la política y, en general, de todos los valores. Esto de por sí podría ser el comienzo de otro ensayo. Limitémonos, por ahora, a apuntar lo que sigue:

- Transmutación de la re-presentación de los ciudadanos en unos reclamos de participación directa del individuo en los asuntos que le competen. Y, simultáneamente, la extensión de esta competencia al margen de los partidos políticos, al margen de la política electoral, al margen de los grandes aparatos de poder.

- Revalorización de aquellos elementos tradicionalmente excluidos por el logo-falocentrismo: la mujer (su cuerpo, su singularidad, su escritura), el plurisexualismo; las prisiones y los manicomios, los «marginados sociales», los

niños. Frente a la masificación y domesticación de las sociedades modernas, afirmar la autonomía del individuo: poner las bases para una «comunidad de singularidades».

–Transmutación de la gran política en una política de la vida cotidiana, en una política de lo concreto, en una micropolítica. Lo innecesario de un proyecto global y centralizado de la sociedad.

– Desburocratización: hacer ver la «fría monstruosidad» del Estado. No más revolución sino momentos e instancias revolucionarias. Intensificación de los espacios vivos: poder *vivir*, y no ya sobrevivir; disponer libremente del cuerpo propio. Frente al placer fugitivo, el gozo profundo e intenso. Frente a la memoria fúnebre de los días oficiales, la risa, la fiesta y la alegría de cada día. Frente al sufrimiento como castigo, la formación en el sufrimiento.

Se trata, en definitiva, de un nuevo sentido de lo político todavía muy vago e incierto. Tan vago e incierto como la realidad que nos rodea. Como nosotros mismos. Quizá sea cuestión de volver a la simplicidad y profundidad de los antiguos griegos. De cualquier modo, lo que sí es cierto es que estamos entrando ya, por la fuerza de los hechos y por la acción del pensamiento, en lo que Lyotard llama una *nueva fisiología*. Un nuevo cuerpo nos acompaña, todavía difícil y lejano. Estamos en pleno cambio de piel. Es hora de pensar en ello, disfrutando siempre de la navegación, a pesar del naufragio.





Sobre el humanismo prospectivo

1980

Carla Cordua

Siempre ha sido difícil hablar con precisión de cosas como el humanismo: su nombre tiene muchos significados distintos, y su historia consiste de fenómenos tan variados que considerándolos se llega a dudar de la unidad de tal historia. Es perfectamente legítimo, por esto, tratar el humanismo desde diferentes perspectivas; se deja definir como la actitud característica de ciertos grupos de personas educadas que, en determinados períodos de la historia europea, se asocian para practicar costumbres y facultades refinadas, llenos de admiración por lo que el cultivo y la lectura pueden hacer por las personas. Pero también podemos entender que el humanismo es una ideología que, particularmente en los siglos XIX y XX, estimuló la creencia en que el progreso científico y tecnológico tenía que redundar sin más en el bien de la humanidad en general. Como tal creencia ayudó a ocultar el carácter opresivo y represivo de la sociedad moderna en desarrollo. Pero el humanismo puede, además, ser concebido como lo hace Sartre, por ejemplo, para quien es antes que nada la evaluación del hombre por sí mismo, la manera que se relaciona consigo, con otros y con el mundo, mediante una autointerpretación originaria. Y hay, por cierto otras muchas maneras de entenderlo que son útiles y justas desde diversos puntos de vista. El humanismo no es ni un sistema filosófico ni una disciplina científica sino que pertenece más bien al orden de la vida activa: un conjunto inestable de actitudes, de conductas y de opiniones en que se hacen presentes de manera más o menos inmediata tanto los intereses de los grupos humanos más activos, como las características objetivas de la situación histórica en la que desarrollan sus afanes. Antes se creía que el humanismo era un ideal; hoy se diría más bien que es una ideología. Esta diferencia no es una pura cuestión de palabras sino un signo de los tiempos en el que se muestra algo que sería beneficioso poder pensar con claridad.

El último de los humanismos modernos, el prospectivo, que tiene el hombre verdadero en el futuro, se encuentra hoy en extremo debilitado; no solo ha depuesto sus pretensiones, sino que ha renunciado a casi del todo a inspirar el entusiasmo y a ejercer la influencia que fueron hasta hace poco su razón de ser. Todavía tenemos algunos representantes en el período entre las dos guerras mundiales; hoy resultaría difícil encontrar a alguien que se entienda a sí mismo como «humanista». ¿Qué ha pasado? En lo que sigue me referiré a la que me parece ser una de las razones visibles de la historia de los humanismos modernos, la asociación del humanismo con la empresa del progreso moderno tal como se ha concebido y practicado en los tres últimos siglos.

En su significado actual progreso no solo quiere decir proceso encaminado hacia lo mejor, camino de perfección. El sentido varía por un lado, según lo que en tendemos por «lo mejor»; y, por el otro, según cual sea el método que nos parezca más adecuado para alcanzarlo. Pues «progreso» es para nosotros no una representación más o menos desinteresada, sino un asunto práctico de interés inmediato. En la actualidad la idea tiene sobre todo una connotación general que parece venirle de la función que ha desempeñado en las luchas sociales de los últimos doscientos y tantos años. Las pugnas en favor de la democratización, las libertades sociales y la racionalización de las relaciones humanas en la colectividad se han librado todas en el nombre del progreso de la humanidad. Progresar el hombre en la historia ha venido a querer decir ponerse él mismo en el proceso de conducirse a sí propio hacia lo mejor; no solo el efecto del proceso de mejoramiento recae sobre la vida humana sino que esta es, antes de que sobrevenga aquel efecto, el agente eficaz que por libre iniciativa lo desencadena. Por ello, entre otras razones, es que el progreso llegó a asociarse con la representación que la modernidad formó del poder humano, del poder de la humanidad en su conjunto y del individuo en su esfera de acción.

Esta asociación de poder y progreso constituye el contenido del humanismo prospectivo cuestionado hoy. Si la última figura del humanismo moderno consistió en la afirmación del poder humano puesto al servicio del progreso de la humanidad en la historia, la última crítica del humanismo es el desmantelamiento de este núcleo de actitudes, conductas y opiniones, su negación.

Parte de nuestra tarea de orientarnos parece ser la de averiguar cómo se inicia esta experiencia del alcance universal de las capacidades humanas, del poder de los proyectos de los hombres frente a lo dado. ¿Cómo se introduce y expande esta convicción hasta llegar a convertirse en motivo fundamental de la vida y la conciencia de grandes grupos de personas, de pueblos enteros? Cuando se comienza a hablar de progreso en el sentido señalado de progreso social, otra empresa conscientemente progresista ha alcanzado ya la etapa de la madurez y el éxito más espectacular. Es en esa primera empresa histórica progresista donde encontramos una asociación entrañable entre humanismo, poder y progreso, asociación que nos ayuda a entender la difusión posterior de la ideología futurista que desempeñará una función de primera importancia para el humanismo más reciente.

Al comienzo de la época moderna de progreso no parece ser otra cosa que la simple toma de conciencia de un acontecimiento palpable e impresionante: el éxito de la ciencias naturales. La filosofía de Descartes ofrece un método de aplicación segura y universal, que promete ser la clave de todos los secretos de la naturaleza que se sustrajeron a los más grandes pensadores de épocas pasadas. El saber se acumula, se hace más preciso y seguro y ya hay un guía para seguir adelante; lo demás es cuestión de tiempo. Lo que progresa es el conocimiento y el progreso es pensado como un progreso del saber. «...El panorama de nuestros verdaderos conocimientos; él constituye la historia y el elogio del espíritu humanos...»²

Pero a comienzos del siglo XVIII la idea de progreso sufre una transformación importante que la aproxima bruscamente a la manera como se entiende hoy cuando por inercia se sigue usando acríticamente. De la experiencia del conocimiento progresivo de la naturaleza se salta a la idea de que es la humanidad, en todos los aspectos de su existencia, la que está envuelta en un proceso histórico de perfeccionamiento paulatino. El paso de los tiempos traerá consigo un mejoramiento del hombre mismo, del cual el progreso de la ciencia natural no sería más que un aspecto. Se pensó que el hombre se volvía más racional, y por lo tanto, más moral, más refinado, más humano. «He aquí que estamos en un siglo que de día en día se tornará más ilustrado, de manera que todos los siglos precedentes no serán más que tinieblas en comparación con él».³ Nos preguntamos: ¿Cómo fue posible esta generalización de la idea del progreso? ¿Sobre qué bases se fundó este paso que la llevó a transformarse de una experiencia directa del progreso de la ciencia natural en la fe de que lo que progresaba era la humanidad total a lo largo de su historia?⁴

Para estas preguntas es necesario que tengamos presente que los fundadores de las ciencias naturales entendieron casi inmediatamente el carácter práctico, útil del nuevo tipo de saber. Los servicios que se derivan de la investigación experimental de la naturaleza fueron algunos de los móviles más poderosos alentaron los esfuerzos científicos. Dice Fontenelle: «Cuando los más importantes geómetras del siglo XVIII se pusieron a estudiar una nueva curva que llamaron cicloide, este estudio no era más que una mera especulación...: pero profundizando en la naturaleza de esta curva ella resultó destinada a darle a los péndulos toda la perfección posible y a llevar la medición del tiempo a la última perfección».¹⁵

El carácter útil del nuevo tipo de ciencia natural queda claramente de manifiesto en el programa de reforma de la ciencia concebido por Francis Bacon.

Como anunciador de una nueva era, Bacon promete una transformación radical de la situación toda del hombre en la tierra por medio de la ciencia. El conocimiento, dice Bacon, «...ha de llegar a inventos que acrecienten el poder del hombre sobre la naturaleza», pues «podemos cuanto sabemos». Si se averiguan las leyes necesarias que rigen el curso del acontecer natural se entra en posesión de una ciencia que permite intervenir en lo que ocurre y dirigirlo hacia fines que favorezcan la felicidad del hombre. Esta ciencia que puede prever resultados y poner la naturaleza a servicio de los intereses de la humanidad podrá convertir a la cultura en el *Regnum hominis*, –el reino del hombre.

Junto con hacerse patentes las ventajas de su tiempo por sobre todos los anteriores y la manera como la imprenta y las invenciones del compás y de la pólvora habían transformado la vida de la civilización, Bacon considera que es necesario estimular deliberadamente todo cuanto contribuye a este progreso y evitar del mismo modo lo que pudiera retardarlo. No resulta, entonces, difícil entender la generalización de la idea del progreso: si el conocimiento da poder sobre lo conocido, si conquista y somete su objeto, el progreso evidente de las ciencias significa un progreso del poderío de la humanidad. La combinación de lo anterior con la confianza en la razón del siglo XVIII nos da una posición completa respecto al progreso; la humanidad, pronto dueña de la naturaleza, sabrá también imponer la racionalidad en las relaciones sociales y acabará triunfando sobre todos los aspectos negativos de la vida histórico-social heredados de un pasado insensato.

A fines del siglo XVII y comienzos del XVIII surge el interés por los estudios de la historia y la sociedad. No es que antes no hubiera historiadores o escritores dedicados a los temas políticos y sociales. Lo que la época trae de nuevo es la decisión de conquistar también estos terrenos para un saber estrictamente

científico. ...«El sabio estudia tanto el universo moral como el físico acallando los prejuicios: sigue a los escritores en sus narraciones con la misma imparcialidad que a la naturaleza en los fenómenos...».⁶ Ahora se trata en los estudios sociales no tanto en redactar crónicas o de analizar constituciones, como de descubrir el funcionamiento de los procesos, el encadenamiento de los fenómenos responsables de lo que ocurre con la vida social en la historia. «Todas las ciencias en su conjunto no son otra cosa que la fuerza intelectual humana que es siempre una y la misma, y que pertenece idéntica a sí misma por muy variados y diferentes que sean los objetos a que se aplica».⁷

Las mentes ilustradas de la época se sorprenden de que el poder ingente que el hombre ha demostrado en la conquista de la naturaleza coexista con las miserias, las atrocidades y la servidumbre de la mayoría en la sociedad que entre todos constituyen. Rousseau propone buscar el origen de la abyección en la que existe y hace su vida. Pues el hombre auténtico no sería ni malo ni lamentable sino más bien el inocente cazado en la trampa de una sociedad irrazonable que le tuerce y malea. Por naturaleza iguales todos los hombres, mantienen una sociedad jerarquizada que hace burla del ser mismo de la humanidad. A la zaga de Rousseau y a un tiempo con él, surge la generación de filósofos que, sobre todo en Francia, formularon el proyecto de pensar y planear racionalmente la estructura social que haga posible una vida humana en sentido propio para todos sus miembros. El descubrimiento básico que guía el pensamiento y la acción política de los filósofos de la ilustración parece consistir de lo siguiente: si el hombre por medio de su razón ha sido capaz de conocer y dominar su naturaleza, también será capaz de conocer las leyes que operan la historia, las fuerzas que engendran el suceder social, la racionalidad propia de la vida de los grupos humanos. También el conocimiento del universo histórico-social, como el de la naturaleza, pondrá en las manos del que lo posea el poder de

encausar los sucesos, de darle una determinada forma, de dirigirlos a voluntad. Pues si es cierto que la sociedad deforma a sus miembros a causa de su propia deformidad, entonces no cabe dudar de que podría formarles si ella misma tuviera una forma recta, adecuada, racional.

Es así como el estudio de la historia y de la organización social se emprende en el siglo XVIII con una inspiración muy parecida al impulso del que más de dos siglos antes nacieron las ciencias de la naturaleza. El abate de St. Pierre es un buen representante de los escritores que en Francia convirtieron la idea de la ilustración progresiva de la humanidad en una teoría completa del progreso; la verdadera meta del progreso será ahora para ellos nada menos que la perfección de la sociedad en su conjunto. «Demasiados filósofos y políticos han declamado contra los vicios de la sociedad, sin molestarse en buscar las causas de los mismos y menos aún los remedios».⁸ La mayoría de los trabajos de St. Pierre son planes o proyectos, esquemas para la reforma del gobierno, la economía, las finanzas, educación. Uno de ellos, al que se dedicó repetidamente a lo largo de varias décadas, fue un esquema para establecer la paz perpetua. Analiza los intereses de las naciones europeas y concluye que la guerra no solo no le conviene a ninguna sino que es, en todo respecto, absurda. Da por descontado que la situación nacional de los respectivos interesados puede ser conservada tal cual a la sazón existe. Y se imagina que una vez que las diversas naciones se hayan enterado de los argumentos de los intelectuales en favor de la paz, y hayan firmado los artículos que las comprometen con el mantenimiento de la paz, comenzará la anhelada edad de oro. Que esta paz habría perpetuado las autocracias europeas, el orden social y las constituciones entonces vigentes, St. Pierre no lo considera.

Pero eso es solo en el siglo siguiente, en el XIX, con el pensamiento de Marx, que la representación del

hombre puede y hasta debe hacerse cargo del curso de su historia con el fin de provocar deliberadamente el advenimiento de la humanidad cumplida, alcanza su desarrollo consecuente y completo. Para Hegel la historia es una totalidad ordenada que camina hacia su culminación. Generalmente los hombres sirven a la realización de la empresa entera sin saber lo que hacen. Pero el orden es astuto y se va quedando con lo suyo a pesar de la indiferencia u hostilidad de los individuos hacia la universalidad de la gestión. La confianza de que todo va bien, no puede dejar de ir bien lo suyo, es tan fuerte en Hegel que toda exhortación y ese llamado a la toma de conciencia y a la acción directa son inconcebibles en su obra. En Marx, en cambio, encontramos esa exhortación y ese llamado en un lugar de primera importancia. Si la ciencia económica ha dado por fin con la explicación científica de la sucesión de las épocas históricas, de su encadenamiento mutuo y de la manera como las posteriores son engendradas por las dificultades de las anteriores, ha llegado el momento en que los que poseen tal saber pueden intervenir en la situación presente y convertirla en el origen del futuro deseable. La difusión de la ciencia, la popularización de sus resultados, se convierten en una obligación cuando el tema cuya clave se ha llegado a poseer es la sociedad. El conocimiento confiere poder; en este caso, el poder de instaurar la humanidad verdadera: es imprescindible que todos comprendan hasta las consecuencias más remotas de las decisiones y los actos del presente. Aún más: Marx, el discípulo de Hegel, piensa que hay tránsitos históricos que para cubrir precisan de la toma de conciencia de la situación vigente por parte de los que han de actuar; ella, la conciencia, es uno de los momentos que depende en tales casos la afectación del futuro. En este caso se encontraría precisamente el tránsito correspondiente a la superación del sistema capitalista: el proletariado debe conocer su posición dentro del sistema, debe asumir entendiéndola la misión que le está reservada. Puesto lo que le es eficaz es el saber activo o la

actividad consciente de la situación y de las leyes que rigen las transformaciones de una época en otra, la ciencia se torna iniciativa y la incitación se funda en la ciencia. No es pues contradictorio como se ha dicho tantas veces, que en el pensamiento de Marx encontremos juntas la afirmación de que existen leyes necesarias del desarrollo histórico con la de que es imprescindible movilizar al proletariado para que tome sobre sí su función combativa. Concebidas de otro modo las relaciones entre ciencia y acción, entre teoría y práctica, la certeza científica pasa sin más a la actividad demoledora y constructiva que es el producto de la propagación del saber y de la propaganda. La ciencia es para la eficiencia y esta es eficiencia para el progreso.

Cuando una época asume como su tarea más urgente y digna esta de dirigir voluntariamente a la historia y a la sociedad hacia su meta, ha llegado al punto en que ya no se acepta el orden de las relaciones humanas heredadas del pasado como un orden inalterable y necesario. Según Marx, esta rebeldía frente a lo establecido, y la consiguiente voluntad de remodelarlo según altas aspiraciones, es el signo de que el hombre ha alcanzado la etapa en que está maduro para realizar la más excelente de sus posibilidades: la de convertirse en el creador del hombre. Como fundador de la nueva sociedad se convierte en creador de aquel hombre nuevo y auténtico que será producto de las condiciones sociales perfeccionadas. Entendida en toda su amplitud, esta tarea equivale a afirmar que la misión humana moderna es tomar la dirección de la historia y llevarla a su culminación.

En esta etapa la idea del progreso ha dejado de ser la simple convicción de la fe más o menos pasiva en que la humanidad progresa *de hecho* en el tiempo, para convertirse, en lo primordial, en la voluntad de progresar, en el imperativo de que el hombre se haga progresar. Pero esta transformación interna no significa cortar con las formas anteriores de

la teoría del progreso: lo nuevo es, más que una verdadera transformación, la manifestación radical y consecuente de lo que la idea contenía en sí desde un comienzo. Vimos que ya al principio estuvo asociada con la noción de utilidad de las ciencias-sociales. Ya Condillac, que propone una reforma del lenguaje de las ciencias, decía: «Se llaman *ciencias exactas* aquellas en las que se demuestra rigurosamente. Pero, ¿por qué es que no todas las ciencias son exactas?... No es pues la culpa de las ciencias si no son rigurosamente demostrativas, sino la culpa de los científicos, que hablan mal.»²⁹ Todas las ciencias se dejan convertir en ciencias del mismo tipo. Exactas, útiles, etc. Un método adecuado y uniforme no podrá dejar de producir un sistema de ciencias homogéneas.

Pero en el siglo XIX la voluntad dominadora ligada inicialmente en las ciencias naturales se acentúa y sus tareas se le tornan tan urgentes que a menudo ya no pueden esperar a que las ciencias hayan terminado de resolver sus problemas antes de comprometerse a actuar. Durante este período se debilita mucho el papel directivo y justificante que el humanismo prospectivo había acordado a la ciencia, al conocimiento seguro, capaz de prever el encadenamiento de los fenómenos. Mientras los teóricos del progreso adhieren explícita o implícitamente a la concepción tradicional de la ciencia como sistema de la verdad absoluta, de la verdad que descansa entera sobre sí y obedece solo a sus propias exigencias internas como la teoría, la utilidad y el poder que la ciencia confieren a quienes aplican para modificar la naturaleza o la sociedad parecen depender de que la verdad lo es precisamente de esa misma realidad social o natural sobre la que se trata de actuar. Pero el siglo XIX plantea una serie de problemas nuevos acerca de la condición de la teoría y su alcance; acerca de sus diversos tipos y de sus posibles relaciones con la condición humana. Se torna dudosa, desde luego, aquella noción simple de las ciencias histórico-sociales que las tenía por un saber neutro universalmente aplicable a los asuntos humanos

entendidos como materia de operaciones técnicas. El mismo carácter de la verdad, su objetividad, su intemporalidad, quedan problematizados. Por otro lado, la teoría llega a ser concebida como función interna del proceso de la praxis; con ello se la priva tanto de su independencia como de su carácter de entidad que se funda y engendra a sí misma mediante un movimiento interno e imperturbado. Pero aunque puesta en marcha y sobrepasada por la praxis, la teoría conserva en el pensamiento de Marx, por ejemplo, la fundación de dar cuenta adecuadamente de la realidad en medio de la cual y sobre la cual la acción actúa. Allí donde se impugna, en cambio, como se hará poco después, el carácter científico de los estudios histórico-sociales, la posibilidad misma de que sus cultivadores sean imparciales, «objetivos», o donde se niega la previsibilidad de los fenómenos que estas «ciencias» estudian, la más elemental coherencia exigiría que se rechazaran tanto la idea de progreso, en el sentido recibido del pasado, como la de una historia dirigida. Marx, Comte y en general los autores que se ofrecen a explicar científicamente el acontecer progresivo de la historia, reconocen sin reserva la importancia del conocimiento para el ejercicio del poder de modelarse a sí mismo que el hombre cree haber descubierto y está decidido a ejercer.

Comte, por ejemplo, está convencido que la civilización moderna ha entrado en posesión de la ciencia que le facultará al estado para hacerse cargo del progreso histórico. «El espíritu positivo se ha hecho cada vez más teórico y ha tendido a apoderarse poco a poco de todo el dominio especulativo sin perder jamás la capacidad práctica inherente a su origen... » «Tenía que completar su generalización, apoderándose también del estudio final de los fenómenos sociales». «Ahora bien, me atrevo a decir que este comentario decisivo está suficientemente realizado en la elaboración fundamental que he hecho de él como para que la capacidad del principio positivo para coordinar toda la existencia especulativa sea

indisputable; al mismo tiempo sigue desarrollando e incluso fortaleciendo su tendencia inicial a regular también la vida activa».¹⁰

Comte publica a los 22 años su «Plan de las operaciones científicas necesarias para la reorganización de la sociedad» (1822). Poco tiempo después comienza a desarrollar su sistema de política positiva. « ... La filosofía social no podía adquirir su verdadero carácter e investirse de una autoridad irresistible más que fundándose explícitamente sobre el conjunto de la filosofía natural parcialmente elaborada durante los tres últimos siglos».¹¹ «... Esta ciencia final (la social)... no puede desarrollar su verdadero carácter si no tiene una armonía general exacta con el arte correspondiente ... Su fundación teórica encuentra inmediatamente una enorme finalidad práctica, la de dirigir hoy día la completa regeneración de Europa Occidental. ... La reorganización política se presenta cada vez más como una tarea imposible sin la previa reconstrucción de las opiniones y de las costumbres».¹²

Aunque Comte celebra la revolución francesa por haber liberado a los elementos sociales modernos de la tutela de los poderes antiguos, cree que los principios de los que la inspiraron eran metafísicos todavía, en vez de científicos. Ahora, piensa, ha llegado el momento de organizar la sociedad científicamente, basándola en la sociología, que habrá estudiado tanto las leyes de la coexistencia social como las de la sucesión. La estática¹³ se ocupa de las leyes del orden establecido, la dinámica de las del progreso social. La nueva sociología permitirá gobernar a las naciones desde una teoría. Esto supone que los gobernantes tienen que ser teóricos capaces de llevar la ciencia social a la práctica. En tal sociedad gobernada por científicos ellos no solo dirigirán la vida contemporánea en todos sus aspectos, sino que organizarán el curso del suceder. Establecerán un sistema universal de educación y dictarán un código moral. Cada nación seguirá su propio desarrollo

independiente: también Comte, como St. Pierre y como muchos otros iluministas, cree que la condición racional de los asuntos sociales lleva al fin de las guerras. Piensa que el colonialismo europeo, el catolicismo y el militarismo, a los que considera enemigos del progreso y de la modernidad en general, han perdido casi toda su influencia pasada sobre la realidad social y los acontecimientos históricos. El campo está libre para la política científica o positiva.

El humanismo prospectivo estuvo ligado en su origen a una determinada idea de la ciencia positiva de la naturaleza, y se desarrolló alentado por la estrecha asociación entre conocimiento y poder que esta ciencia autoriza. Cuando esta ideología se torna activa cuenta con que la acción guiada por la teoría está garantizada racionalmente en todo respecto, libre de los riesgos de errar y de fracasar que amenazan a la acción común que carece garantías científicas. De ahí que los representantes de esta línea de progresismo tiendan a concebir a la actividad política y moral como la mera aplicación de una teoría a la realidad. Todos los aspectos amenazantes, inquietantes de la acción: la decisión, la elección de los medios, la anticipación de los fines, la estimación de las posibilidades y la preferencia por algunas en desmedro de otras, han desaparecido. Ni el error del juicio, ni la relativa ignorancia de los agentes, ni la mala suerte, desempeñan papel alguno en la acción de la que se espera que conduzca a la humanidad a su verdadera meta histórica. Aparentemente se parte del supuesto que la teoría facultaría a quienes la conocen y aplican para ejercer un poder neutro e infalible que no entraña ni ciertas libertades individuales, ni circunstancias azarosas de aplicación. La relación del hombre consigo mismo mediante una tecnología fundada científicamente se efectuaría en un perfecto vacío sin interferencias. Fragmentos de este modo de pensar, que casi nadie estaría dispuesto a defender hoy día, cuando su carácter irreal y su artificialidad nos saltan a la vista, han sobrevivido a la crítica de la

teoría general del progreso, a la que pertenecen.

¿Cuál es la situación de quienes no aceptando ninguna de las explicaciones totales de la historia y de la sociedad que heredamos, del siglo pasado están, sin embargo, dispuestos a tomar parte en la acción ganadora de un cierto futuro? La generalización de la idea de progreso, que la convierte de una perspectiva limitada, relativa nada más que a la historia de la ciencia, en la ideología del humanismo prospectivo, trae consigo que al dejar de ser una opinión sobre el desarrollo de la ciencia y tomarse en activo espíritu de conquista, este último no puede menos que conservar la generalidad de aquella idea. Como empresa histórica el humanismo prospectivo tratará de conquistar y de encauzar a la vida humana en su conjunto y en todos los aspectos. La crisis de la confianza en la unidad sistemática de la ciencia, y la dudosa carrera de las llamadas ciencias humanas han sido decisivas para la destrucción de las bases del humanismo prospectivo ligado al proyecto de imitar a la moderna ciencia de la naturaleza en el terreno social.

Sin cesar, y desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante, se ha estado insistiendo sobre los varios respectos en que las llamadas ciencias del hombre, cuando no toda teoría en general, estarían sujetas a la influencia de factores «deformadores» que obstruirían tanto la constitución de un campo objetivo de investigación como el logro de resultados neutrales, capaces de comprometer el consenso universal. Las ideologías, los intereses de clases, los compromisos políticos, las aberraciones psicológicas y las preferencias personales más o menos arbitrarias en la forma de prejuicios, tabús y porfías, desempeñarían una función cuyos efectos sobre la actividad científica entera serían incontrolables; por cuanto el control mismo no podría ser otra cosa que una prolongación de la actividad total sujeta al juego de tales factores. También es necesario recordar que la historia y la sociología no han satisfecho las expectativas que en

ellas depositó el progresismo de los siglos XVIII y XIX. Su desarrollo como ciencia no hizo otra cosa que poner en evidencia que tanto sus métodos de trabajo como sus resultados diferían enormemente de los propios de las ciencias naturales: no resultó posible que en ellas el saber adquiriera la precisión del conocimiento físico-matemático, ni pudieron, al cabo de un siglo y medio de vida, poner a disposición de la voluntad de progresar un conjunto universalmente reconocido de leyes necesarias que relacionaran entre sí a los fenómenos de que se ocupaban. La disensión interna entre sus cultivadores no ha cesado hasta el día de hoy; la adopción de supuestos diversos conduce a diversas interpretaciones de los mismos fenómenos.

Aunque esta situación de las ciencias de la historia y la sociedad no sea motivo suficiente para negarles el carácter de ciencias constituye, en cambio, un motivo poderoso para poner en duda que la relación entre saber y acción sea en su terreno la misma que existe entre el conocimiento de la naturaleza y la actividad de canalizar y utilizar su curso. Y era nada menos que la repetición de la hazaña de las ciencias naturales lo que las teorías del progreso esperaron de los estudios históricos-sociales. No es raro, entonces, que la idea de progreso comenzara ya en las últimas décadas del siglo XIX, y en forma creciente en el nuestro, a ser blanco de numerosos ataques. La previsión científica del futuro depende de la regularidad, del carácter constante de los fenómenos. Allí donde existen estas reglas fijas del suceder se puede predecir una vez conocida la legalidad correspondiente, qué efectos se seguirán con necesidad de una determinada modificación de las causas. ¿Qué garantía tenemos de que las transformaciones históricas y los cambios sociales están efectivamente regulados en esta forma, o sea, regidos por leyes necesarias y permanentes?

Pero la voluntad de influir sobre el futuro para hacerlo mejor que el pasado y el presente se ha independizado suficientemente de la conexión primera entre progreso

y conocimiento como para seguir operando al margen de las disputas teóricas acerca de la previsibilidad o imprevisibilidad de los fenómenos humanos. La planificación no ha esperado el advenimiento de un sistema de saber científico que ponga una meta común a todos los planes en terrenos diversos y que formule un sistema de leyes indiscutibles capaces de garantizar que los muchos planes acabarán por coordinarse armónicamente entre sí y por trabajar en la misma en la misma dirección. No que la planificación haya dado vuelta la espalda a la ciencia: se vale continuamente de ella pero a menudo camina adelante, experimentando en la oscuridad. O procede por tanteo, avances y retiradas que fluctúan con la política y las políticas. En cualquier caso carece hoy de toda pretensión de estar procediendo de modo estable y sistemático a realizar un futuro previsto y universalmente deseado. El futuro ha recuperado su carácter arcaico de tiempo inseguro, imprevisible y temible. La idea entera de una humanidad capaz de autoproducirse según propósitos racionales y métodos confiables que están ya disponibles para el uso de los hombres de buena voluntad, se nos ha vuelto inverosímil. No hay nada más incierto que nuestra situación al respecto.

Las artes, las ciencias humanas y la filosofía de nuestro tiempo han denunciado al voluntarismo seguro de sí que no vaciló en hablar del futuro como del tiempo conocido y domesticado mucho antes de que llegara. Parece ser que la experiencia más importante que les da solvencia, valor de verdad y contenido a estas críticas es la experiencia del estado totalitario. Precisamente porque la política y la sociedad totales son el resultado directo de la voluntad que se propone fines universales inmediatamente relativos a la humanidad como tal, la experiencia del totalitarismo es la revelación de un aspecto importante de la tradición humanística. La modernidad le debe mucho a la ciencia y a la tecnología. Pero si la fecundidad fabulosa de un cierto tipo de inteligencia, y del modo de trabajar ligado a

ella, ya no puede engendrar hoy aquella admiración por el hombre que fue característica del humanismo retrospectivo es porque hace rato que vivimos con sus resultados reales; el tiempo de imaginarse sus frutos está irremediablemente pasado. La sola representación de la ingeniería social y del control técnico total del acontecer histórico nos han llegado a parecer incompatibles con el humanismo como tal.¹⁴

Freud dijo una vez que la humanidad se había infligido durante su historia tres heridas narcisistas. La primera tiene que ver con el descubrimiento de Copérnico, que priva al hombre de su puesto en el centro del universo. La segunda con la obra de Darwin, que sitúa a la especie humana entre las animales, en una línea de descendencia que la despoja de todo origen privilegiado. La tercera herida en el amor propio se la daría el mismo Freud: su descubrimiento del inconsciente cancelaría la primacía de la razón y de la conciencia. Pensando en el humanismo prospectivo a la luz de esta ocurrencia se nos antoja que el éxito del racionalismo de este tipo lo convierte en un buen candidato para ocupar el cuarto lugar en la lista de Freud.

Notas:

¹ Texto ligeramente modificado de una conferencia pronunciada en marzo de 1980 en el Colegio Universitario de Cayey.

² Jean Le Rond d'Alembert, *Essai sur les Elements de Philosophie*, editado con una introducción por R. N. Schwab, Hildesheim, Olms, p. 17.

³ Pierre Bayle, citado en Paul Hazard, *La crise de la Conscience Européenne*, París, Boivin, 1935, pp. 331-332

⁴ Véase J. B. Bury, *The Idea of Progress*, N.Y., Macmillan, 1932, y Robert Nisbet, *History of the Idea Progress*, N. Y., Basic Books 1980.

⁵ Bernard le Bovier de Fontenelle, *Historie du renouvellement de l'Académie Royale des Sciences*, citado en Hazzard, *Op. Cit.*, p. 332

⁶ D' Alembert, *Op. Cit.*, p. 21.

⁷ D' Alembert, citado por Ernst Cassirer, *Filosofía de la Ilustración*, trad. De E. Imaz, México, FCE, 1943, p. 35.

⁸ Bernardin de St. Pierre, *Études de la Nature, Étude Treizième: Application des lois de la Nature aux maux de la société*, Paris, Didot, 1968, pp. 444-508.

⁹ Etienne Bonnet de Condillac, *La Logique Oeuvres Philosophiques de Condillac*. Editadas por Georges Le Roy, Paris, PUF, 1951, vol. II, p. 406.

¹⁰ Auguste Comte, *Système de Politique Positive ou Traité de Sociologie Instituant de Religion l'Humanité*, Paris, Mathias, 1851, p. 11.

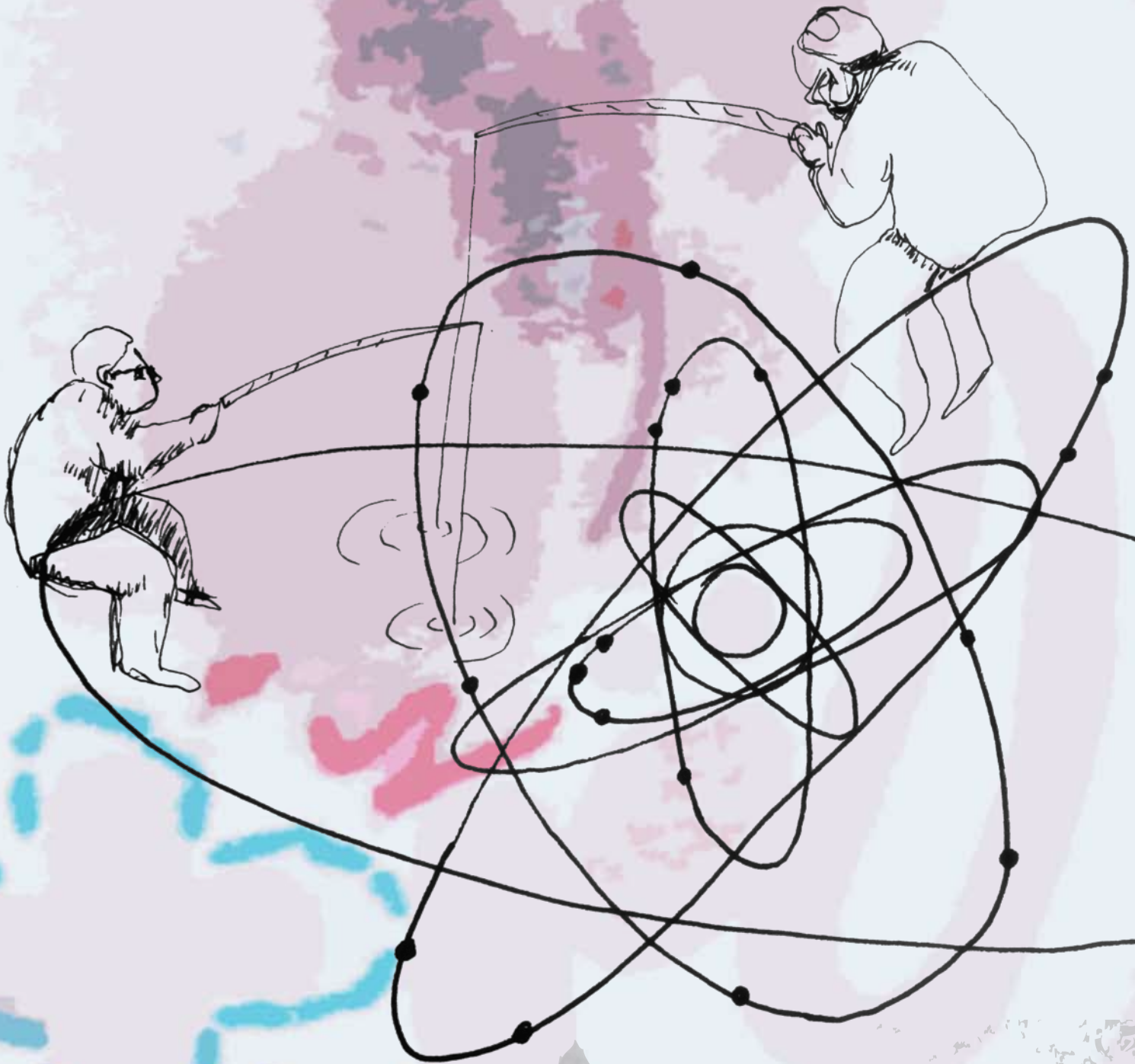
¹¹ *Op. Cit.*, Préface.

¹² *Op. Cit.*, Préambule général.

¹³ El distingo entre estática y dinámica en *op. Cit.*, pág. 5.

¹⁴ Condillac, por ejemplo, dice: «Al fin las luces aparecen en el siglo XVIII». Al comienzo crecen lentamente: pero no cesan de crecer y finalmente iluminan a todas las naciones. Entonces las disputas van insensiblemente cesando; las sectas desaparecen o se toleran; el fanatismo se acaba; ...» *Cours d'études pour l'instruction du Prince de Parme*, VI, *Oeuvres*, pp. 234-235.





“Contraria sunt complementa”

1986

Andrés González

En algún texto olvidado he leído, con relación al Cristo, que no podemos separar al hombre de su doctrina ni la doctrina del hombre. “El Padre y Yo uno somos”, decía el Mesías. Este divino precepto me anima a considerar la doctrina de la complementariedad del gran físico danés Niels Bohr, omitiendo, al hacerlo, detalles biográficos.

Repasemos primeramente, los hechos. Para el 1905, Albert Einstein proponía que el comportamiento de la luz --hasta entonces considerado como compuesto de ondas electromagnéticas-- podía explicarse asumiendo que se comportaba de forma discreta: como una partícula de masa cero, el fotón. Las contradicciones suscitadas por la radiación del cuerpo negro quedaban, de esta forma, resueltas. El príncipe Louis de Broglie extendió estas ideas, en 1924, para incluir partículas de masa distinta de cero, estableciendo definitivamente la dualidad de la materia; onda y partícula, continuo y discreto. En el 1927 Werner Heisenberg, joven colaborador de Bohr y co-fundador de la mecánica cuántica, formula el principio de incertidumbre. Según este principio, la ley clásica de causa y efecto no se cumple en el dominio atómico, ya que esta ley asume que el sistema del que se obtiene información es un sistema cerrado, í.e., no interacciona con el medio ambiente. La descripción de cualquier proceso, en un sistema dado, requiere la intervención de un observador en el sistema, es decir, de un intercambio energético. Esta interacción limita la precisión de nuestra data; el principio de incertidumbre cuantifica esta imprecisión. En su forma matemática este dice que el producto de las imprecisiones, en el caso de variables conjugadas como la posición y el momentum, obedece a un límite inferior, h , que es la constante de Planck. El límite inferior constante implica, a su vez, la mutua exclusión de los aspectos ondulatorios y discretos; si disminuimos infinitesimalmente la imprecisión en las variables continuas, la imprecisión en las cantidades discretas aumenta infinitesimalmente también: un caso de variación inversa. Bohr edifica su doctrina de la complementariedad sobre esta base.

Según esta, la descripción del fenómeno físico en términos discretos es equivalente a su descripción en términos continuos. Ambas descripciones son igualmente necesarias para un conocimiento completo del fenómeno. Aunque ambos aspectos se excluyan mutuamente, son complementarios; son aspectos distintos de una misma realidad.

La dualidad de la materia, de esta forma, se convierte en unidad. Los primeros en reconocer el carácter múltiple y unitario del Universo, al parecer, fueron los pre-socráticos- hombres como Tales de Mileto, Anaxágoras, Demócrito, Heráclito, Parménides, Zenón de Elea y otros de semejante estirpe. Percibieron, alma desnuda, la insufrible fragmentación de la experiencia. Era una época esta en la que convivían, sin mayor escándalo, los dioses y los hombres, lo efímero y lo eterno, la pasión y la geometría. De esta convivencia primitiva y unitaria deriva la principal característica de su pensamiento; su materialismo. Redujeron la varia experiencia a cuatro principios materiales: el agua, el aire, el fuego y la tierra.

La escuela de mayor influencia en la antigüedad, raíz prima de toda la civilización posterior, cuya influencia es hoy más fuerte que en cualquier tiempo después de Platón, fueron los pitagóricos. Merecieron, es digno recordar, el erudito desprecio de Aristóteles y la persecución no menos culta del populacho. Su doctrina afortunadamente ha sobrevivido los azares de las persecuciones y del tiempo. Los pitagóricos hicieron de las matemáticas su principal estudio, adelantando esta ciencia como nadie en la antigüedad, con excepción de Arquímedes. En ella veían el modelo de la verdad y, más grave aun, de la realidad. Concibieron esta aventurada doctrina al descubrir que los distintos tonos musicales pueden ser representados como proporciones numéricas. De

ahí a afirmar lo contrario solo media una inversión lógica. Pensaron que el Universo todo era una armonía y un número, y que las esferas celestes (diez en número) producen una música que no escuchamos por oírla todo el tiempo. Eran estrictos materialistas, no empuja lo abstracto de su doctrina. Indagaban con fervor los principios y las causas de las cosas en vista a los fenómenos materiales. Diez, postularon, son los principios del universo material, agrupados de dos en dos como pares de opuestos.

Finito e Infinito

Par e Impar

Unidad y Pluralidad

Derecha e Izquierda

Macho y Hembra

Reposo y Movimiento

Rectilíneo y Curvo

Bien y Mal

Luz y Tinieblas

Cuadrado y Cuadrilátero Irregular

Estos requieren a su vez una meta-principio que les confiera significación interpretativa. Este debe conciliar los pares de opuestos, y justifica su pareja consideración en el esquema teórico. Los pitagóricos buscaron este meta-principio, como es natural, en el campo de lo no-contingente, de las matemáticas. La geometría –medición de la tierra-, evolución primera de la experiencia, está ya contenida en los diez principios como constitutiva del universo material. Necesitamos buscar en la meta-geometría, la teoría de números. En efecto, éste se halla contenido en las propiedades de la unidad, que es el generador del grupo. La unidad, pensaron, participa del par y del impar, de lo finito y lo infinito; la unidad, siendo superior a los opuestos, los contiene en sí misma,

los concilia. Procediendo inductivamente, por abstracciones sucesivas, llegan a los más abstractos, la idea de la unidad, que genera sucesivamente todos los demás números y, por ende, al universo.

Esta doctrina ha sido sostenida, conciente o inconcientemente, por la mayoría de los físico-matemáticos y filósofos platónicos a lo largo de la historia. Sin embargo, la oposición a ella cuenta con una no menos honrosa tradición, en la que hallamos nombres como Aristóteles y –más recientemente- Einstein. Basten estos dos nombres para ilustrar su carácter general. Contrario a su maestro Platón –naturaleza poética-, Aristóteles halla el estudio de las matemáticas contrario a su disposición flemática y al carácter enciclopédico de su filosofía. Siendo además hijo de un médico y entrenado desde temprana edad en los procedimientos de esta ciencia, adopta una postura biológica, taxonómica, frente a las enseñanzas de su maestro, y frente a la realidad. No se explicaba Aristóteles como esta doctrina daría cuenta de fenómenos materiales como, por ejemplo, el movimiento, el cambio en el tiempo de la posición. Esta objeción está parcialmente justificada, dado la naturaleza básicamente estática de las Ideas platónicas y de su prototipo, la geometría euclideana.

Einstein –más platónico que aristotélico- objetará por razones distintas la doctrina pitagórica. Deploraba la sustitución del universo kantiano, el de las leyes objetivas e inmutables, apriorísticas, por un universo contingente y probable. Más que en argumentos lógicos e irrefutables, basaba sus objeciones en su ideal del quehacer científico, según el cual existe una realidad externa e independiente de toda subjetividad percibiente, siendo la misión del hombre de ciencia descubrir las leyes matemáticas que rigen dicha realidad.

La doctrina de la complementariedad de Bohr representa lo contrario; un universo fragmentado,

contingente, probable, incompleto, y a la vez, unitario, como lo percibieron los antiguos.

Si la cultura occidental está en crisis, como dicen los que saben, esto se debe, entre otras cosas, a que hemos perdido de vista la unidad de la diversidad, la complementariedad de los opuestos; porque hemos suspendido el comercio activo entre la idea y su concreción. Comienza la noche donde termina el día, y el día donde termina la noche. Y así, hasta el infinito.

T.S. Eliot's Last Trip

Arturo Maldonado-Díaz

He sailed to England.
He did not come back.

The sun-decks were heavy
With the garlands of April.

A steady motion of the vessel
Brought home the boredom of the
Blowing tough wind and sea sprays.

A conceptual part of the city
Floated meaninglessly to London.

Each knot, each wave, meant
That, despite it all, death
Could not be left behind
Like a coat or a dusty lime.

You Again

When the rains and winds of May arrive,
A little mouse fixes his quarters,
In my room where he keeps me all ninth
Awake and thinking on how I need a quarter.

He chews and chews I don't know what;
He rushes by me without a trace of fear,
While I sit on my bed and turn a cigarette
In my fingers as if counting years.

Yet, I know that when this happens,
Better days are near;
Though welfare checks cannot pay
For the cigarettes I smoke and the wine I hold dear.

Arturo Maldonado Díaz
New York City
May 14, 1985.





La poésie symboliste comme machine à remonter le temps

1989

Migdalia Barreto

“Si les choses nous emportaient
en même temps qu’elles, on
mourrait de poésie.”
- Céline

Le temps joue un rôle fondamental dans l’expérience vitale de l’homme. C’est l’élément qui le situe dans l’espace. Sa façon à lui, pour ainsi dire, de prendre place dans cet univers cosmique. Depuis sa naissance, l’homme ne vit que dans le temps. Celui-ci appartient à son expérience la plus immédiate et la plus primitive, puisque quelque soit l’événement que l’homme vive, il est lié au temps.

Il exerce chez l’homme un pouvoir contradictoire car tantôt il lui provoque horreur, tantôt il l’en chante. Mais ce qui est incontestable, c’est l’impossibilité de vivre hors de cette force temporelle.

Ainsi, le fait que sa vie soit constituée par la succession des moments rend l’homme conscient des limitations de son expérience. C’est le déroulement du temps, l’écoulement de la durée, qui représentent pour lui le problème existentiel par excellence, ce qui marque le plus profond dans l’évolution de sa pensée. Son existence ne se définira que par rapport au temps déjà passé et le temps encore dans l’avenir car toute expérience est étroitement liée au concept du temps.

Toutes les civilisations de l'histoire se sont posées d'une manière ou de l'autre ce problème. Dans la littérature grecque on peut trouver des héros comme Achille, Hector ou Agamemnon dont les exploits sont capables de les élever à un niveau intermédiaire entre les mortels et les divinités. Plus tard, dans la littérature latine, si Enée dans l'oeuvre de Virgile, accepte malgré lui, d'être choisi par les dieux pour fonder en territoire latin la nouvelle Troie, c'est parce qu'en le faisant il devient un héros et par là, n'étant au départ qu'un mortel, finit par partager la nature des dieux et jouir de l'éternité. Ces civilisations antiques et avec elles, celle d'Egypte, puis d'une manière plus ample, la civilisation chrétienne doteront l'homme d'une vie dans l'au delà: ce n'est qu'une autre manière différente d'exprimer ce désir permanent de dépasser le temps, de défier la mort et de s'éterniser dans un prolongement d'un bonheur temporel. Preuve incontestable du désir permanent chez l'homme de l'éternité, conçue comme un univers à part, différent du monde physique et supérieur à lui.

La littérature, en quelque sorte, n'est qu'un reflet de ces préoccupations, les plus profondes, de l'homme. L'obsession temporelle y est toujours présente, dans la poésie symboliste plus qu'ailleurs peut-être. En effet, la littérature d'un côté a servi l'homme comme valve pour exprimer ses accablements et ses préoccupations les plus profondes; et de l'autre côté, comme un instrument pour inventer une nouvelle réalité pour satisfaire ses désirs les plus urgents. Elle représente autant que la musique un art temporel car c'est à travers le temps que la narration se manifeste. Donc, si l'art n'est qu'une expression de la nature humaine, le temps occupera un lieu proéminent dans le domaine littéraire car il fait partie de l'expérience humaine telle qu'elle se révèle dans la vie même.

Dans le présent travail, je me propose pour but d'abord, d'étudier la façon dont les poètes symbolistes ont envisagé le problème du temps, puis d'analyser

l'obsession temporelle à partir de l'analyse de quelques poèmes extraits de **l'Anthologie de la poésie symboliste** de Bernard Delvaille.

Signalons d'abord que, parmi les poèmes de l'anthologie de Delvaille, ceux qui portent des titres où le temps figure, on le devine, sont nombreux, surtout sous la forme d'une thématique du soir, heure favorite de ces poètes. C'est le moment de la journée où ils ont le sentiment pour le gaspillage diurne d'entrer en harmonie avec la nature en établissant des correspondances entre le paysage et leurs états d'âme. Certainement, peu de mouvements littéraires ont exprimé plus que les symbolistes l'angoisse, l'ennui, le «Spleen» qui caractérisent la perception du temps dans cette poésie. C'est le nom de Baudelaire qui désigne l'esthétique la plus haute car c'est lui qui, le premier, a exprimé ses misères et ses souffrances dans un langage tout à fait nouveau. Bien sûr, les romantiques avaient déjà ressenti comme lui, «le Spleen,» mais cette découverte n'avait pas vraiment engendré de leur part, une écriture nouvelle car ils se posaient moins lucidement sans doute que Baudelaire, les problèmes du langage.

Mais Baudelaire est symboliste d'abord parce qu'il voit dans le monde extérieur des images ou symboles de son monde intérieur. Sa conception des *Correspondances* prend sa source dans la pensée d'Emmanuel Swedenborg. D'après celui-ci, tout ce qui existe dans la nature, du plus petit au plus grand, est lié par des correspondances, puisque le monde naturel et tout ce qui lui appartient n'est que le reflet du monde spirituel, reflet lui-même de la Divinité.¹ C'est par l'intermédiaire des sens que l'homme peut appréhender ces correspondances autant que déchiffrer les symboles qui l'entourent. Sa capacité à percevoir devient donc la qualité la plus élevée de l'individu et celle qui le met en rapport avec la réalité invisible. Cela se traduira dans le langage par l'emploi de la synesthésie. Oui, il suffit de rappeler

maintenant que c'est Baudelaire qui a donné à cette théorie son expression poétique la plus élaborée dans le sonnet célèbre des *Correspondances* : *La nature est un temple où de vivants piliers \ laissent parfois sortir de confuses paroles \ l'homme y passe à travers des forêts de symboles \ Qui l'observent avec des regards familiers.*²

Dans la poésie symboliste, tout mot devient symbole, le vocabulaire n'y sera pas employé par sa signification commune, mais par sa capacité d'association qui lui permet d'évoquer une réalité au delà des sens. Le meilleur exemple, ici, serait le poème *Harmonie du soir* où Baudelaire transpose son drame personnel dans l'agonie du soleil couchant. Le paysage devient alors pour le poète, le miroir où se reflètent ses accablants, angoisses et souffrances les plus cruelles : *Le soleil s'est noyé dans son sang qui se fige.*³ Le soleil, c'est l'objet vers lequel se projette le poète, ce qui suppose de sa part, un mouvement de l'intérieur vers l'extérieur tout à fait contraire à celui des romantiques dont la plus profonde tendance le poussait à faire venir en eux le paysage extérieur de façon à l'intégrer à leur propre substance.

En somme, la nature est un élément important de la poésie symboliste qui sert au poète à la fois pour exprimer les sentiments intimes (ce qui les rapprochent des romantiques) et comme alphabet de base, support d'un langage poétique nouveau. De la même façon plus tard, des jardins gris et abandonnés symboliseront un état d'âme chez les poètes influencés par les symbolistes, comme Henri de Régnier en France, Juan Ramón Jiménez en Espagne. Et Verlaine en un seul vers réussira à exprimer cette corrélation entre le subjectif et l'objectif quand il écrit : *Votre âme est un paysage choisi.*⁴

La corrélation établie entre le monde intérieur du poète et le paysage extérieur, intègre deux éléments de l'univers cosmique: le monde réel et le monde

irréel. En effet, le poète est cet être singulier doué d'une sensibilité extralucide capable de déchiffrer et de sentir les mystères les plus profonds du monde. C'est lui le privilégié, situé entre deux réalités. Mais c'est lui aussi qui se déchire entre deux forces: l'une qui l'attire vers le réel et l'autre vers l'idéal, ce qui rend son existence douloureuse. Le choc entre ces deux forces se manifeste par un désir de l'au-delà doublé d'une incapacité à vivre parmi les hommes, que le poète trouve détestables puisqu'ils demandent si peu à la vie!

Dans la société, le poète se sent seul. Il souffre de la solitude provoquée par l'incompréhension des hommes. La finesse de sa sensibilité ne lui permet pas de jouir de la banalité de la vie quotidienne. Lui, n'appartient pas à la race des soumis. En lui se manifeste un inépuisable désir de dépasser le réel. Le poète est un éternel inadapté: *Le poète est semblable au prince des nuées \ Qui hante la tempête et se rit de l'archer \ Exilé sur le sol au milieu des huées \ Ses ailes de géant l'empêchent de marcher.*⁵

Mais cette solitude est aussi exil volontaire. Devant la quotidienneté d'une vie vulgaire, le poète opte pour l'individualisme, car le poète symboliste souffre et jouit à la fois de sa particularité. Naturellement, il cherchera (inutilement d'ailleurs) son semblable, son frère, qu'il ne trouvera d'ailleurs jamais, sauf, exceptionnellement, chez son lecteur. C'est lui qui ne trouve pas place dans ce monde et, tel le cygne évadé de sa cage, traîne ses ailes contre le pavé sec : *Le cygne qui s'était évadé de sa cage \ Et, de ses pieds palmés frottant le pavé sec \ Sur le sol raboteux traînait son blanc plumage. \ Près d'un ruisseau sans eau la bête ouvrant le bec.*⁶

La réalité lui pèse, l'écrase, l'anéantit. Donc, il sera forcé de tenter l'impossible pour échapper au réel. Comme les flèches des plus belles cathédrales gothiques, son âme s'élèvera vers l'irréel, dans la plus

pure appréhension subjective de la réalité. La poésie, la plus sublime manifestation de la création artistique, constituera le mécanisme par lequel il essaiera de se délivrer de l'angoisse, de nier son gouffre, son âme abîmée. La poésie symboliste manifesterait donc le refus du monde extérieur et la recherche d'un monde sidéral, ce qui se traduirait, du pont de vue stylistique, par un travail du vers visant à la beauté et à la perfection poétique, toutes susceptibles de chanter les accablants les plus profonds de l'univers de l'homme. C'est peut-être Mallarmé qui a mieux exprimé ce sentiment d'urgence : *Il roule par la brume, ancien et traverse \ Ta native agonie ainsi qu'un glaive sûr \ Où fuir dans la révolte inutile et perverse? \ Je suis hanté. \ L'Azur! l'Azur! l'Azur! l'Azur!*.⁷

Le subjectivisme personnel, sans pourtant l'égoïsme romantique, fait partie des caractéristiques du symbolisme. Le poète symboliste s'y installe en renversant l'ordre de la vie commune. Les symbolistes refusent la lumière du jour car c'est d'une existence qui se repose dans la banalité. Personne comme Baudelaire n'a mieux exprimé le «Spleen» et l'ennui de la modernité, dans le poème *Le crépuscule du matin*. Tels des abeilles dans une ruche, les hommes se réveillent de leur sommeil stupide pour reprendre leur platitude habituelle: *C'était l'heure où l'essaim des rêves malfaisants \ Tord sur leurs oreillers les bruns adolescents...*⁸

Par une formule surprenante, Baudelaire suggère le combat entre le jour et la nuit qui devient dans son poème celui entre la lampe qui brille la nuit et la clarté du jour : *La lampe sur le jour fait une tache rouge \ Où l'âme, sous le poids du corps revêche et lourd \ Imite les combats de la lampe et du jour.*⁹

Le poème est construit sur une charpente de termes opposés: lampe/jour, diane/rêve, aurore/sombre, âme/corps, agonisants/débauches. Ces couples de mots

traduisent l'opposition en monde intérieur/monde extérieur, conscient/inconscient, réel/rêve. C'est donc normal que le monde onirique joue un rôle capital dans la poésie symboliste. Lorsqu'il fait nuit et que les éléments réels s'effacent, le poète plonge dans une fantaisie fantasmagorique. Le rêve évoquera pour lui toutes sortes de souvenirs passés qui réconforteront son âme: *Délivre ton chagrin du sourire éternel \ Exhale ta souffrance en un sincère appel \ Les choses d'autrefois, si cruelles et folles \ Laissons les au silence, au lointain, à la mort... \ Dans le rêve qui sait consoler de l'effort \ Oublions cette fièvre ancienne de paroles.*¹⁰

Ces souvenirs, très souvent, se métamorphosent en personnages féminins qui induisent le poète aux délices l'amour, pour l'entraîner dans un état comblé d'extase profonde très proche de la mort. À travers les rêves, les souvenirs, l'évocation du passé, le nouveau héros poétique remonte le temps réel de la vie, lui préférant un temps psychologique qui n'existe que dans sa réalité individuelle. Le poète habite un durée imaginaire qui, tel qu'un appareil cinématographique, lui fait revivre à travers des images, des réminiscences d'enfance, ses voyages et ses amours passés. Cependant, il faudrait dire qu'il ne s'agit pas de rêves romantiques mais d'un moyen de refuser ce inonde ici, d'échapper à l'inéluctable persécution de la décrépitude en faisant trembler le voile qui sépare les deux réalités.

Cette évocation, parfois renvoie le poète aux pays lointains, exotiques, exubérants, comme dans le poème *La vie antérieure* de Charles Baudelaire où le poète suggère une atmosphère orientale: *C'est là que j'ai vécu dans les voluptés calmes \ Au milieu de l'azur, de vagues, des splendeurs \ Et des esclaves nus, tout imprégnés d'odeurs \ Qui me rafraîchissaient le front avec des palmes \ Et dont l'unique soin était d'approfondir \ Le secret douloureux qui me faisait languir.*¹¹ Tels que les romantiques les symbolistes

s'évadent parfois vers l'orient, mais dans leur fuite la souffrance, la douleur sont toujours présentes.

Un des poèmes les plus représentatifs de la poésie symboliste, même si son auteur est plutôt considéré comme le précurseur de ce mouvement, c'est le poème *Harmonie du soir* qui fait partie du recueil *Les Fleurs du mal*, publié pour la première fois à Paris en 1857. Ce poème constitue un exemple éloquent de la thématique du soir comme heure favorisée par les poètes, ainsi que de la technique poétique du mouvement.

Le poème est composé de quatre quatrains de vers alexandrins à rime croisée ABBA, BAAB, ABBA, BAAB; le deuxième et le quatrième vers de chacun de ces quatrains deviennent le premier et le troisième du quatrain suivant. Du point de vue thématique, il présente deux thèmes principaux: d'abord, le rapport ou correspondance entre l'angoisse du poète et le paysage du soir, et deuxième, l'évocation qui fait le poète de son amour pour Mme. Sabatier, ce qui lui permet de dépasser le réel pour aboutir l'idéal.

Le premier vers suggère l'arrivée du soir. C'est comme si le poète l'avait attendu longtemps et qu'il était enfin arrivé. À partir du premier vers, la sensation du mouvement se manifeste à travers l'allitération du son 'V' qui prolonge et fait vibrer, comme un diapason, le son du vers et l'image tremblée de la fleur: *Voici venir les temps où vibrant sur sa tige*.¹² Le pluriel : *les temps* du premier hémistiche de ce premier vers donne à l'ensemble de l'évocation, tant visuelle qu'auditive une couleur biblique.

Au deuxième vers, les éléments de la nature commencent dissiper dans l'atmosphère de semi jour du soir. Le parfum de la fleur s'évanouit tel que l'encensoir dans l'église. L'introduction du mot encensoir dans le poème donne au moment son aspect sacré. Par le biais de l'association des images

et la synesthésie, le poète active chez le lecteur des sensations visuelles et olfactives: *Les sons et les parfums tournent dans l'air du soir*.

La dissipation de tous les éléments dans la nature remplit l'atmosphère d'une sensation charmante qui enveloppe la nature et l'âme du poème d'une musique mélancolique et enivrante: *Valse mélancolique et langoureux vertige!* Alors que le premier vers de la deuxième strophe reprend de la première strophe afin d'augmenter le pouvoir d'incantation chez le lecteur: *Chaque fleur s'évapore ainsi qu'un encensoir*

Le poème reprend un ton grave lorsque le poète, au deuxième vers de la première strophe, met en relation l'angoisse de son cœur avec le son vibrant du violon. Ce qui crée de nouveau chez le lecteur une image visuelle autant qu'auditive. C'est que le poète, sans faire aucune allusion personnelle à ses amertumes suggère à travers des associations la tristesse profonde de son cœur: *Le violon frémit comme un cœur qu'on afflige*.

Du même, la répétition du dernier vers de la première strophe met en relief la correspondance déjà établie entre les éléments de la nature et la souffrance du poète: *Valse mélancolique et langoureux vertige!* La strophe se termine sur une association extraordinaire entre le coucheur du soleil, et l'aspect sacré que lui confère le poète lorsqu'il le compare à un autel provisoire où repose le Saint Sacrement. À partir du crépuscule du soir, la deuxième strophe suggère un mouvement qui va de l'intimité du poète au monde extérieur du réel, en projetant son moi dans l'agonie du paysage au soleil couchant: *Le ciel est triste et beau comme un grand reposoir*. Alors que le premier vers de la troisième strophe est une reprise du second de la strophe précédente, ce qui accentue la note grave sur laquelle le poème est construit.

Le coucher du soleil est dramatisé dans une double représentation de la mort suggérée à la fois par l'image de la chute du soleil et par l'effet de sa couleur. Tous les aspects culminent dans le vertige, le dérèglement de tous les sens qui détruit la stabilité du monde. Les verbes *frémir* et *affliger* associent la notion du mouvement au sentiment de la souffrance et de la mort.

Le poète, semblable à la fleur qui exhale son parfum, exhale son amertume, son sentiment de vide au deuxième vers qui manifeste d'ailleurs une assonance de sons nasalisés. Celle-ci accentue la dominante des sons graves dans le poème: *Un coeur tendu, qui hait le néant vaste et noir!*

L'âme du poète déchirée par la souffrance éprouve le vertige du gouffre, c'est à dire ce sentiment de vide profond qu'elle associe au timbre du violon. Le troisième vers reprend le dernier de la seconde strophe: *Le ciel est triste et beau comme un reposoir.*

La strophe atteint son maximum intensité lorsque le poète suggère avec une force dramatique extraordinaire l'image du soleil qui se noie dans l'horizon à la scène qui répand le rouge de son sang à travers le ciel: *Le soleil s'est noyé dans son sang qui se fige.* Ici, c'est comme si le poète ne pouvait plus retenir sa souffrance et qu'il l'exorcisait à travers le paysage du monde extérieur.

Après le sommet dramatique de la strophe précédente, le premier vers de la quatrième strophe prend le ton de la réflexion: *Un coeur tendu, qui hait le néant vaste et noir*

À la quatrième strophe, l'intensité de la souffrance provoque chez le poète l'évocation d'un passé lumineux en référence à l'expérience amoureuse vécue avec Mme. Savatier. Ce souvenir est évoqué avec une puissance multipliée, qui transcende la

réalité: *Du passé lumineux, recueille tout vestige!* Le troisième vers reprend l'image dramatique du soleil couchant pour aboutir, à la fin du poème, à l'élévation de la femme aimée idéalisée. Autrement dit, le poète transmute son souvenir personnel dans le symbole religieux de l'ostensoir dans toute sa splendeur au moment de la consécration. C'est comme s'il passait ici de l'expérience mondaine à l'expérience sacrée.

En somme, le poète, alchimiste du mot, transforme le langage ordinaire en images et symboles qui suggèrent la tristesse de son monde en rapport avec l'atmosphère, l'encantation du soir. Par la musicalité de son vers, il revit le passé dépassant le réel trivial.

La vie de l'homme a été toujours associée au cercle des saisons de la nature. Dans la civilisation grecque, par exemple, lorsque le printemps puis la récolte arrivaient, nombreuses fêtes et rites avaient lieu en honneur du dieu Bacchus. C'étaient là des fêtes de célébration de la nature dans son renouvellement cyclique, mais c'était aussi un chant à la vie et à tout ce qu'elle offre à l'homme. Car c'est au printemps, que la nature, après avoir résisté aux rigueurs de l'hiver renaît à la vie pour montrer à l'homme et au monde les plus étonnantes manifestations de beauté et de perfection. La graine cachée dans les plus profondes entrailles de la terre, par un acte miraculeux, germe en vie en fleur, puis en fruit.

C'est en été lorsque les rayons du soleil brillent et chauffent dans toute leur intensité, que les productions de la nature mûrissent à leur accomplissement parfait. Cette saison du soleil, de la clarté, de la chaleur est liée très souvent aux activités amoureuses et voluptueuses chez l'homme, c'est là que se déchaînent les passions les plus enflammées de son coeur. Et pourtant, lorsqu'on regarde la table de poèmes de *l'Anthologie de la poésie symboliste* de Bernard Delvaille, les poèmes qui ont pour thème dominant l'été sont peu nombreux. C'est que, pour les poètes symbolistes, le

printemps et l'été sont éphémères comme l'amour: *Le printemps n'a duré qu'un jour \ Les fleurs sont mortes une à une \ Et mort jusqu'au rayon de lune \ Qui baisait le jardin d'amour.*¹³

Par rapport à la saison estivale, ils éprouvent un sentiment d'impuissance. La cruauté du temps chasse toujours le poète qui, même dans les moments les plus heureux, garde la sensation que l'amertume est inévitable car il est plus conscient que personne de la brièveté de ses expériences comme l'exprime Fernand Séverin dans son poème «Un soir d'été». Ici dans le cadre d'une atmosphère enivrante, le héros, accompagné de sa bien aimée, s'éloigne du rivage enchanté. Il est incapable de jouir dans toute son intensité du bonheur du moment car il sait que sa durée sera courte. Le moment éphémère est déjà compromis par l'attente des choses funestes qui obscurciront son été: *Pourtant, nous le sentions au trouble de notre être \ Le Bonheur, ce soir là, nous avait effleurés! \ Toute chose, à l'entour, disait la douceur d'être \ Et ce chant s'épandait dans les airs enivrés. \ Mais de quelque rayon que se dorât la vie. \ Nous avons trop vécu pour ne pas être las \ Hélas! et nous goûtions avec mélancolie \ Ce merveilleux instant qui ne reviendrait pas...*¹⁴ Le malheur vient ici non seulement du temps qui passe, mais de l'impuissance à revivre l'expérience déjà vécue.

Et pourtant, il y aurait urgence à prolonger les moments d'amour comme se met en évidence au poème *Heures d'été* d'Albert Samain. Ici, l'emploi de vers courts de huit syllabes suggère le caractère de nécessité pressante: *Apporte les cristaux dorés \ Et les verres couleur de songe \ Et que notre amour se prolonge \ Dans les parfums exaspérés*¹⁵

Cette allure pressée reflète l'anxiété du poète. Celui-ci pris par l'impitoyable déroulement d'une durée qui va de l'été, à l'automne, pour s'achever à l'hiver. Le poème prend pourtant doucement un rythme plus lent

qui le mène au gouffre: *Le parc est sombre comme un gouffre... \ Et c'est dans mon cœur orageux \ Comme un mal de douleur qui souffre.*¹⁶

Ainsi, tous les éléments de la nature perdent leurs valeurs de réalité pour adopter les attributs émotionnels de l'âme du poète. Les fleurs, par exemple, ne sont plus vues comme des objets esthétiques, mais évoquées comme supports d'associations morbides de pensées: *Des roses! Des roses encore! \ Je les adore à la souffrance \ Elles ont la sombre attirance \ Des choses qui donnent la mort.*¹⁷

Dans un paysage tout entier subjectif, les fleurs deviennent noires et le parfum qu'elles exhalent a une forte odeur de mort: *O fleurs noires, le vent de l'aube vous balance: Mais nul parfum d'amour de vous ...*¹⁸ Les narcisses et les lys noircissent eux aussi, désormais vénéreux chez Jean Lorrain: *Et les lys vénéreux, fleurs d'ombre et de ténèbres, Sur ma tempe entr'ouvrant leurs calices funèbres ...*¹⁹

Si l'été, la clarté et les amours échappent aux poètes symbolistes, l'automne au contraire, chez eux s'allonge. Car, l'automne est la saison qui s'accorde le mieux à la mélancolie et aux accablants des poètes désespérés. C'est la saison des nuances, des couleurs atténuées et grises. Le moment où le poète peut le mieux établir une corrélation entre la tristesse du paysage et le vide de son âme. Ainsi, de même que le soir, la mélancolie du poète unie aux sons et aux parfums se répandait dans l'atmosphère en *langoureux vertige*. Du même, en automne, sa souffrance prend une expansion immense et se colore de pressentiments sinistres: *C'est l'heure cruelle et stupéfiante \ Où la chauve souris déploie ses ailes grises...*²⁰

Mais si les saisons joyeuses pour les autres hommes, perçues par le poète dans sa subjectivité, lui échappaient, l'automne, peut s'étendre sans limites,

puisque l'atmosphère ambiguë grise, vague de cette saison fait plonger le poète dans un état de sommeil enivrant qui seul peut lui permettre de jouir de la douceur de sa tristesse. Son âme solitaire, se promène, par les parcs solitaires, abandonnés, pour ramasser les fleurs noires qui poussent sur sa tristesse: *Le doux rêve que tu nias \ Je l'ai su retrouver parmi \ Les lis et les pétunias \ Fleurs de mon automne accalmi.*²¹

L'automne apporte du soulagement au poète, lorsque celui-ci remonte le temps pour évoquer les plaisirs de ses amours passés. C'est dans un cri que Tailhade exprime ce sentiment: *Automne! Deuil précoce et doux \ Sous le ciel aux feux apaisés / Les languissantes roses d'août Gardent l'odeur de tes baisers.*²²

Le temps ronge la vie et l'âme du poète mais par le biais de sa subjectivité, du mécanisme de l'inconscient, il réussit à sortir du gouffre et à remonter le temps. Puisque le temps est implacable, il ne faut pas rejeter le réel qui s'écoule, le présent décevant, et remonter jusqu'au passé? Grâce au pouvoir infini de la mémoire, ne revit-on pas des moments passés avec plus d'intensité? Pourtant, le poète symboliste ne réussira pas à prolonger la consolation que l'automne lui apporte. Si l'été s'est manifesté par une durée courte, l'automne, même s'il se prolonge, doit obéir aux règles de la nature. Malgré la puissance momentanée des rêves et de l'évocation, le temps réel coule et l'hiver arrive tout de même. Cet hiver qui surprend le poète par sa soudaineté, analogue à celle du jour, dont la clarté viole la nuit: *Toujours la pluie à l'horizon! \ Toujours la neige sur les grèves \ Tandis qu'au seuil clos de mes rêves \ Des loups couchés sur le gazon.*²³

C'est comme si la clarté de l'hiver éblouissait le poète au point de lui interdire tout acte de création. Les nuits en hiver sont trop blanches et le poète n'arrive pas à plonger pour composer ses poèmes: *Stériles nuits d'hiver où ton âme trop pauvre \ Haineuse et*

*lâche, éparse au vent, boueuse et noire... \ Les rêveurs qui sont veufs d'amour et de génie! \ On dément sa couleur et son cœur, on renie \ La foi qui reconforte et le bel art sincère / Et les acres poisons qu'on puise dans le verres / Accroissent l'impuissance et les sourdes colères.*²⁴

C'est Jules Laforgue, le poète plus représentatif de l'hiver. Il a su suggérer ce monde froid, stérile et pessimiste, ce paysage abstrait où s'envoient les idées, où s'encre une émotion caractérisée par une humeur colorée de cynisme. Laideur du soleil d'hiver chez Laforgue! Il rappellent les agonisants à l'hôpital: *Une soleil blanc comme un crachat d'estaminet \ Sur une litière de jaunes genêts \ De jaunes genêts d'automne \ Et les cors lui sonnent.*²⁵

Le soleil a perdu sa couleur chaude et vibrante et le paysage a pris des teintes grisailles, tristes, des temps de brume et de pluie. C'est en hiver que le poète sent de plus lourdement le poids d'une existence sans joie, banale, sans gloire, qui dure et se prolonge éternellement sur un rythme monotone: *Tous les rameaux avaient encor leurs feuilles vertes \ Les sous bois ne sont plus qu'un fumeur de feuilles mortes \ Feuilles, folioles qu'un bon vent vous emporte \ Vers les étangs par Ribambelles...*²⁶

L'hiver pour lui se manifeste comme une force destructive à laquelle nul ne peut échapper. Cependant, le rythme du poème n'est pas uniforme. Le poète, au contraire, ne cesse de changer de ton afin de suggérer au lecteur le contraste entre la monotonie de la vie et la fuite du temps qui conduit vers la Mort. Par l'emploi d'un rythme haché, saccadé, le poète réussit à traduire les brisures même de la vie, de sursaut, le son de la Mort l'obsède: *Les cors. Les cors, les cors mélancoliques!... Mélancoliques!...] s'en vont, changeant de ton \ Changeant de ton et de musique \ Ton, ton, ton taine, ton ton! ... \ Les cors, les cors, les cors! ... \ S'en sont allés au vent du Nord.*²⁷

C'est l'hiver la saison la plus cruelle pour le poète symboliste. Elle accentue sa vision pessimiste d'une dislocation entre le corps et l'âme de l'homme moderne. Son inconscient conduit Laforgue à une sorte de fatalisme qui aboutit d'un côté à l'acceptation résignée de la terre et de Monime, et de l'autre à la prémonition de la Mort imminente: *Non, Non! c'est la saison et la planète folote! Que l'autan, que l'autan Effiloches les savates que le Temps se tricote! C'est la saison! oh! déchirements! C'est la saison! Tous les ans, tous les ans. J'essaierai en chœur d'en donner la note.*²⁸ Pour lui, l'art est toute la vie issue du souffle de l'inconscient. Sa loi est la seule à laquelle doit obéir l'artiste.

De même que le soir est l'heure préférée du poète symboliste, l'automne est la saison qui s'accorde le mieux aux accablancements de son cœur comme se met en évidence au poème «Chanson d'automne» de Paul Verlaine, écrit vers 1864.

Le titre nous révèle suffisamment le sujet du poème. Par la musique, Verlaine essaie de s'y délivrer des accablancements de son âme ou de les exorciser. Le poème suggère une mélodie mélancolique, vague qui traduit l'état d'âme du poète ainsi que ses pressentiments funestes.

Le poème est divisé en trois strophes extrêmement courtes. La première évoque une douleur qui l'obsède. Il établit une correspondance entre la musique grave du violon et le paysage gris de l'automne. Ce ton grave est obtenu dans le poème, par l'emploi de l'allitération de la lettre «l» au premier vers: *Les sanglots longs...*

Un enjambement relie ce premier vers de quatre syllabes au suivant «violons». Par un procès d'accumulation, le poète suggère à petits coups de pinceaux sa mélancolie si profonde traduite, dans les deux vers suivants, par la répétition de sons nasalisés:

*Blessent mon cœur \ D'une langueur \ Monotone.*²⁹

Quant à la deuxième strophe, elle introduit le thème d'une temporalité passée. L'emploi de l'enjambement lie le premier vers au deuxième, interrompu par une virgule, ce qui traduit avec brutalité le souffle coupé du poète devant l'écoulement du temps. D'un ton sentencieux, le troisième vers introduit le thème du temps suggéré par l'horloge qui sonne: *Sonne l'heure...* Alors qu'au quatrième vers, le poète devient personnel lorsqu'il introduit le pronom d'énonciation «je,» qui se répète aux vers suivants. Mais devant l'évocation de ses souvenirs, il prend tout de même une attitude immobile et de résignation: *Je me souviens / Des jours anciens \ Et je pleure.*³⁰

Semblable à la feuille qui choit en automne, il se laisse emporter, au rythme du vent à la quatrième strophe: *Et je m'en vais \ Au vent mauvais \ Qui m'emporte \ Deçà, delà \ Pareil à la Feuille morte.*³¹

Le rythme évoque le sentiment ambiguë d'une âme malheureuse. La combinaison du pair et de l'impair, la brièveté des vers, la chute sur la rime féminine ainsi que les allitérations aboutissent à créer un grand pouvoir suggestif où le vide est aussi important que le plein, le blanc du texte que l'écrit et la pause autant que la mesure.

En guise de conclusion, on peut affirmer que le poète, symboliste est un être privilégié et maudit à la fois. Deux forces antagonistes se le disputent, l'une qui l'attire vers le réel, l'autre vers l'Idéal. Il refuse de vivre la vie du monde réel qu'il considère comme insupportablement commune. À sa place, il plonge dans le rêve jusqu'à aboutir à l'inconscient. Car seul l'inconscient lui permettra d'évoquer des souvenirs et des expériences passées qu'il revivra plus intensément que lorsqu'elles ont eu lieu. Ni la mémoire ni l'imagination ne connaissent de limites au moment de révoquer des émotions vécues. C'est un

mécanisme qui opère en dehors toute logique et, par conséquent, il se trouve en dehors des contraintes. De cette façon çà, l'événement rappelé dans sa richesse qualitative se libère de toute limitation imposée par l'écoulement du temps. Ainsi, le poète aboutit à une expérience qui est au dessus et au delà du monde physique, et en quelque sorte éternelle.

Mais c'est par le biais de la création poétique que le poète délie les amarres qui l'attachent à la réalité pour remonter à l'irréel. La poésie lui offrira les actes qui le conduiront au monde supérieur pour lui faire partager les mystères les plus profonds de son existence. C'est lui qui fera trembler le voile qui sépare les deux réalités, ce qui lui donne le sens de sa propre divinité.

En se servant des recours poétiques tels que : le rythme, la synesthésie, l'enjambement, enfin l'emploi de nouveaux procédés poétiques, son écriture exprime le problème de la dualité chez - l'homme, vécue par la séparation entre le monde physique et l'esprit, le réel et l'imaginé. Grâce à ces recours poétiques, il ouvre la porte du rêve et retourne son regard de l'extérieur vers son monde intérieur. L'incantation de cette poésie suggestive communique au lecteur l'angoisse et la souffrance du poète symboliste. Bref, sa poésie nous fait vibrer à l'unisson au rythme d'une musique mélancolique typique de son état d'âme.

Oeuvres citées:

¹Swedenborg, Emanuel. *Compendium of the Theological Writings of Emanuel Swedenborg*. New York: Samuel Warren, ed., 1979.

² Baudelaire, Charles. *Oeuvres complètes*. Paris: Gallimard, 1961.

³ _____ . "Harmonie du soir".

⁴ Verlaine, Paul. "Les fêtes galantes" dans *Verlaine et les poètes symbolistes*. Paris : Classiques Larousse, 1943.

⁵ Baudelaire, Charles. "L'Albatros".

⁶ _____ . "Le Cygne".

⁷ Mallarmé, Stéphane. "L'Azur".

⁸ Baudelaire, Charles. "Le Crépuscule du matin".

⁹ Ibid.

¹⁰Vivien, René. "Soir" dans *L'Anthologie de la poésie symboliste*. Delville Bernard : Paris: Seguers, 1971.

¹¹ Baudelaire, Charles. "La vie antérieure".

¹² _____ . "Harmonie du soir".

¹³ Le Roy, Grégoire. "Novembre".

¹⁴ Séverin, Fernand. "Un soir d'été".

¹⁵ Samain, Albert. "Heures d'été".

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Quillart, Pierre. "Les fleurs noires".

¹⁹ Lorrain, Jean. "Narcissus".

²⁰ Krysinska, Marie. "Symphonie en gris".

²¹ Tailhade, Laurent. "Tristesse au jardin".

²² Ibid.

²³ Maeterlinck, Maurice. "Désirs d'hiver".

²⁴ Guérin, Charles. "Stériles Nuits d'hiver".

²⁵ Laforgue, Jules. "L'hiver qui vient".

²⁶ Ibid.

²⁷ Ibid.

²⁸ Ibid.

²⁹ Verlaine, Paul. *Chanson d'automne*

³⁰ Ibid.

³¹ Ibid.





Borges y la ciudad del tango

1987

Mario Paoletti

Entre 1919 y 1922, Jorge Luis Borges escribe y publica en España 18 poemas, todos de factura ultraísta. Si se exceptúan un cuento confeccionado en la niñez (con el título “La visera fatal”) y otro escrito a los 13 años para un concurso escolar (en el que aparece el primero de sus muchos tigres de papel), estos poemas de Borges son el único material literario que nos permite indagar sobre sus obsesiones por esas fechas.¹

Borges había viajado con su familia a Europa en 1914, en busca de atención médica para su padre, que se estaba quedando ciego. Borges vivirá cinco años en Ginebra, Lausana y Lugano y otros tres en España, a partir de 1919. Residió en Madrid, Palma de Mallorca y Sevilla.

Los 18 poemas, que son muy desiguales y casi se agotan en la búsqueda de forzadas metáforas, incluyen un “Himno al mar” en el que ya aparece la “sangrienta luna” del soneto de Quevedo tantas veces comentado. El mar de este himno es el Mediterráneo, al que aquel Borges encuentra “manos monjiles”, con las que “acaricia constantemente a sus muertos”.

En “Trinchera”, que es del 20, en el que el poeta reflexiona sobre “los ojos de muertos” ya aparece la primera bayoneta, que se duplicará y multiplicará en “Rusia”, poema que se refiere a la revolución bolchevique con su entusiasmo moderado.

También en 1920, Borges escribe y publica “Insomnio, tema -- este sí-- de profunda raíz borgeana, aunque aquí está puesto al servicio de metáforas muy poco felices. En una de ellas el pobre Borges se siente ahorcado por

las cuerdas del horizonte y en otra se pregunta qué morfina estarán inyectando a la calle las jeringuillas de la lluvia. Dice también que los dientes de la oscuridad roen las paredes y que el sol es un ventilador vertiginoso. (Como se sabe, los ultraístas creían en la metáfora del mismo modo que otros creen en la virgen de Lourdes). En este largo poema hay, también, una greguería visual, muy graciosa.

las puertas se ríen a carcajadas

y un verso de cuatro palabras, de un tremendismo terrorista:

Ira. Anarquismo. Hambre sexual.

En su poema “Catedral”, las metáforas se complican, optando por una vertiente tecnológica, y así la catedral será “un avión de piedra pugnando por romper amarras, aunque al final encuentre, con mejor gusto, que la catedral es sonora “como un aplauso, o como un beso”.

En el poema “Gesta Maximalista” Borges compara las bayonetas con falos (palabra que no volverá a escribir en toda su vida, al menos para ser leída en público) y en “Guardia Roja” alude reiteradamente a las estepas rusas.

A partir de este último poema, publicado en 1921, la poesía de Borges empieza a inclinarse hacia temas menos espectaculares. Así, en “Prisma” hará la primera alusión a la ceguera – (aplicándosela a los aljibes) uniéndola a las palabras tristeza y suicidio. En “Singladura” (título que repescará luego en *Cuaderno San Martín*, su tercer libro de poemas) hablará de neblina y de pájaros oscuros, y en “Aldea”, que se publica en 1922, logrará el único poema redondo y perdurable de esta etapa.

Es el que dice:

El poniente, de pie como un Arcángel,
tiranizó el sendero.

La soledad repleta como un sueño
se ha remansado alrededor del pueblo.

Las esquilas recogen la tristeza
dispersa de la tarde,

y la luna nueva

es una vocecita bajo el cielo.

Según va anocheciendo

vuelve a ser campo el pueblo.

Esta palabra “pueblo” utilizada como sinónimo de “aldea”, y la argentinísima “vocecita” preanuncian el retorno del poeta a sus fuentes, hecho que continuará acentuándose en el penúltimo poema de esta serie, que lleva un título de prosapia carrieguiana: “*Sala Vacía*”. Borges, que hasta entonces se había ocupado del futuro probable e improbable en forma casi exclusiva, vuelve ahora su atención hacia la infancia y los antepasados. Ya no se ocupará de otra cosa por el resto de su vida. En el último poema de esta época, también publicado en 1922, el poeta se despide de Alguien (presumiblemente de Ella) con tres versos que abusan de la profecía:

igual que el héroe que venera a los suyos sin
lograr abrazarlos,

así yo ignoraré mis amores

así yo deberé desconocerte.

Como se ve, ni una sola alusión a Buenos Aires en los 18 poemas, ninguna alusión a sus compatriotas, ni al paisaje, ni a su Río, ni a sus barrios.

Ya se comprenderá el motivo de esta introducción, aunque en realidad es triple. En primer lugar, esta es la época de Borges menos conocida por el público e incluso por la crítica. En segundo lugar, es bueno repasar estos poemas para establecer, contrariamente a cierta teoría de la precocidad que suele tener más

adeptos, que se puede perfectamente ser un poeta de quinta categoría a los 20 años y serlo de primera cinco o seis años después. Y en tercer lugar --que para nosotros es el primero--, permite determinar con precisión que la poesía de Borges de esta etapa--y, hay que pensar, tampoco sus obsesiones e intereses-- no tenía vínculo alguno con Buenos Aires y sus cosas.

Lo cierto es que para cuando se produce el retorno de Borges, el tango se ha transformado en un fenómeno de masas en Buenos Aires y ha “triunfado” en las principales capitales europeas.² Lo que no podemos saber es si el joven Borges había tenido un contacto “teórico” con el tango antes del 14 --más allá de meros recuerdos y anécdotas de infancia-- o si se encontró con él en Europa, cuando el tango se convierte en la moda de la post-guerra. Borges no nos lo ha contado. Y lo único cierto, entonces, es que en sus poemas de aquellos años no aparece ni siquiera la mención de esa música, de esa danza, ni de sus intérpretes. Se puede suponer, sin embargo, que Borges conocería el poema “Tango”, de Ricardo Güiraldes, que es de 1911 (Güiraldes, el autor de *Don Segundo Sombra*, era amigo de la familia y alguna vez les dejó a los Borges en depósito su guitarra, en vísperas de uno de sus viajes a París). Y se puede suponer, asimismo, porque también lo ha contado Borges, que Evaristo Carriego debió haber mencionado el tema en alguna de sus visitas a la casa. Carriego, como se sabe, fue el primer poeta que aludió directamente al tango en “El Alma del Suburbio”, que está contenido en su libro *Misas Herejes*, que es de 1908.³

Borges y Buenos Aires

Buenos Aires entrará en la poesía de Borges en 1923, con el primer verso del primer poema de su primer libro (que para colmo lleva a Buenos Aires en el título: *Fervor de Buenos Aires*). Borges comienza su libro con estas dos líneas:

*Las calles de Buenos Aires ya son mi
entraña...*

Borges ha narrado muchas veces cómo uno de los momentos más dichosos de su vida fue el de su primer regreso a Buenos Aires, después de aquellos años escolares en Europa. Lo que nunca ha dicho --y me parece que nadie se lo preguntó-- es el por qué. Borges ha confesado a María Esther Vázquez que su relación con Buenos Aires siempre ha sido conflictiva. Cito sus palabras:

Siempre me importa volver a Buenos Aires, incluso en algún viaje último en el que yo sabía que no volvía a algo especialmente grato, que no volvía a una rutina demasiado deliciosa. Pero siempre he sentido que hay algo en Buenos Aires que me gusta. Me gusta tanto que no me gusta que le guste a otras personas. Es un amor así, celoso. Cuando yo he estado fuera del país, por ejemplo en Estados Unidos, y alguien dijo de visitar América del Sur, yo lo he incitado a conocer Colombia, por ejemplo, o Montevideo. “Buenos Aires, no. Es una ciudad demasiado gris, demasiado triste”--les digo--, pero eso lo hago porque me parece que los otros no tienen derecho de que les guste.

Borges es solo nueve años menor que Gardel y sólo dos mayor que Discépolo⁴. Estos solos datos --y el hecho de que viviese hasta 1986-- bastarían para convertirlo en testigo irremplazable de un estudio sobre el tango. Pero es que Borges, además --y esto no se ha dicho claramente hasta hoy-- es virtualmente el primer estudioso “serio” del tango. Se puede afirmar que con él se inicia la reflexión más o menos sistemática sobre el fenómeno. Es cierto que en 1926 Vicente Rossi publica su *Cosa de Negros*, libro capital de la tangología, (aunque yo podría despachar

este obstáculo con el borgeano argumento de que Rossi era uruguayo y por lo tanto nada tiene que hacer en esta lista), pero conviene considerar que el *Tamaño de la Esperanza* tomito luego repudiado por Borges, es del 26; que su *Idioma de Argentinos* es del 28 y que su ensayo sobre Carriego y su época es del 30, lo que quiere decir que en cuatro años Borges produjo páginas esenciales para el estudio del tango, muchas de las cuales son de consulta obligatoria cincuenta años después de haber sido escritas, y no por su antigüedad, sino por su penetración y lucidez. Hay que tener en cuenta que el tango, a pesar de su peso específico en los modos culturales de Argentina --especialmente, desde luego, en los de Buenos Aires-- no ha interesado a poetas y prosistas hasta fechas cercanas. Es de 1953 la novela *Calles de Tango*, de Bernardo Verbitsky, la primera que lo tiene como referencia más o menos permanente. Antes de eso solo caben las menciones --siempre accidentales y casi siempre irrelevantes desde el punto de vista literario-- del *Adán Buenosayres* de Marichal (que es del 48, cuando empieza una de las crisis del tango, y que se limita a glosar el tango "Cascabelito"), o la novela *Barrio Gris* de Gómez Bas, que también es de principios del 50. El *Raucha* de Güiraldes sólo cuenta para fines históricos. Más importante es la contribución de Manuel Gálvez, sobre todo en *Nacha Regules* y *Hombres en Soledad*. La explicación es que Gálvez frecuentó los cabarets y bailaba el tango con cortes, igual que Güiraldes, aunque con una espantosa sensación de culpa de su almita nacionalista y católica. En cuanto a Leopoldo Lugones, que era el sumo pontífice de la época en toda clase de gustos, llama al tango "reptil de lunapar". La verdad es que sólo escribió en dos ocasiones sobre el tango, y en las dos para escandalizarse. La contribución de Roberto Arlt fue mucho más importante, pero de todos modos sorprende a los estudiosos de este hombre el poco tango que hay en páginas que, sin embargo, están repletas de todos los materiales de los que se alimentaba el tango.

La novela del tango aun no se ha escrito. Quizás se deba a que el tango, como opinaba Discépolo, es más una sensación que una situación. Esto explicaría, de paso, que tampoco ha habido buena poesía sobre el tango, aunque en este caso la pobreza sea menos acusada⁵. Pues bien: ensayo, cuento y poesía deben a Borges algunas de las mejores páginas sobre el tango. He aquí otra de las múltiples paradojas de este escritor a quien durante muchos años se le tuvo en su propio país confinado en el purgatorio de los "europeizantes". Sobre todo por cierta izquierda que ha demostrado tener tan poca clarividencia para la política como para la literatura.

Hay un hecho que está claro: mientras el joven Borges vive en Europa se producen tres fenómenos decisivos en la historia del tango. *El primero*: el tango, nacido en los prostíbulos suburbanos, llega al centro de la ciudad, traído por músicos bohemios, que hacen del tango su profesión. Comienza así el proceso de aburguesamiento del tango y su admisión en las casas de gente de "bien". Francisco Canaro, el director de orquesta, ha contado en sus memorias de qué modo se comprometía --cuando lo contrataban para "amenizar" una de esas veladas-- a no tocar tangos con letras equívocas y a impedir que los músicos guiñaran los ojos a las jóvenes de la alta sociedad.

El segundo: Nace el tango-canción en 1917 en el teatro Esmeralda, cuando Manolita Poli canta "Mi Noche Triste", de Castriota y Contursi, que Carlos Gardel grabará ese mismo año en discos Odeón⁶

El tercero: El sainete acoge al tango y lo transforma en uno de sus principales atractivos. Este tercer punto es especialmente importante porque habrá de determinar, por obra de la necesidad, una buena parte de los "modelos" del tango. Así es: para "poner" el tango sobre un escenario, los autores echan mano de los dos montajes que dan mayor juego para

conflictos y desarrollos: el conventillo y el cabaret. Esta es la explicación de que gran parte de los tangos escritos entre el 17 y el 30 aludan casi siempre a la cabaretera o su protohistoria: Estercita, la muchacha de barrio a quien “los hombres le han hecho mal”. Esos tangos eran escritos deliberadamente para una representación teatral y debían adecuarse al argumento y a la atmósfera de la obra. Este aspecto del tango en el sainete --que fue la única “revista musical” de raíz nacional argentina-- no ha sido aún debidamente estudiado. Como tampoco lo ha sido que los otros dos momentos en los que se produce una modificación en la “ideología” de la letra de los tangos, están signados: uno por las necesidades multinacionales de las empresas que respaldaban a Gardel (que le piden un tango menos específico, más internacional, en un operativo parecido --calidades aparte-- al que se realizó hace algunos años con Julio Iglesias); y el segundo, ya en la década del 50, como consecuencias de las modificaciones producidas en la composición social de Buenos Aires con motivo del proceso de industrialización dinamizado por el primer gobierno de Perón. Esta segunda etapa desemboca en la aparición de la canción folclórica de las provincias de Buenos Aires como fenómeno de masas y la hibernación del tango cantado.

La asociación entre sainete y tango tuvo, incluso, otras derivaciones suplementarias. El cantor de tango --que “actuaba” dentro de una obra-- comenzó a personalizar más y más las interpretaciones. Las letras, en fin, se inclinaron hacia lo argumental, hacia la narración de historias que, como se ha dicho, se centraban en los dramones de la cabaretera y la chica de barrio deslumbrada por las luces del centro (“la milonga entre magnates/ con sus locas tentaciones”). Esto permitió, por último, que se consumara una falacia: en los conventillos de principios de siglo jamás se había bailado el tango de pareja y con músicos. Sólo en los conventillos de cartón del teatro.

Borges y el tango

Hacia 1960 Borges escribe su poema “Tango”, el más extenso que ha dedicado al tema (en cambio en la milonga, -que Borges une a las ideas de gaucho/campo/pureza, en oposición a compadrito/ciudad/vicio-, le dedicó todo un libro). Repasemos ahora ese poema, que contiene las claves de la opinión de Borges sobre el tango.

Comienza con una invocación:

¿Dónde estarán? pregunta la elegía
de quienes ya no son, como si hubiera
una región en el que el Ayer pudiera
ser el Hoy, el Aún y el Todavía.

¿Dónde estará (repito) el malevaje
que fundó en polvorientos callejones
de tierra o en perdidas poblaciones
la secta del cuchillo y del coraje?

Ya ha llegado Borges a lo que a él le importa: los cuchillos, el coraje. Ha llegado a esa extraña clase de hombres que, al decir de Roberto Arlt, “se escolasean hasta la Vida”⁷. Borges continúa preguntando y preguntándose:

¿Dónde estarán aquellos que pasaron
dejando a la epopeya un episodio
una fábula al tiempo, y que sin odio,
lucro o pasión de amor se acuchillaron?

Es que al bibliotecario Borges no le interesa cualquier clase de cuchilleros ni cualquier clase de cuchillo. Sólo le conmueven estos cuchilleros, los que se juegan la vida sin razón suficiente, en obediencia a un código de honor arbitrario y espléndido. A Borges no le interesa el delincuente, porque su violencia es interesada. Solo se deslumbra ante el hombre de acción pura, aquel cuyo credo --según la definición

de Ortega y Gasset-- es el siguiente: “Puesto que el mundo es hueco, rellenémoslo de coraje”

Los busco en la leyenda, en la postrera
Brasa, que a modo de una vaga rosa,
Guarda algo de esa chusma valerosa
De los Corrales y de Balvanera.

¿Qué oscuros callejones, o qué yermo
Del otro mundo habitará la dura
Sombra de aquél que era una sombra oscura,
Muraña, ese cuchillo de Palermo.

En Palermo estaba la casa de altas verjas y la biblioteca repleta de libros ingleses en la que Borges pasó su infancia soñadora. Por eso el “guapo” Muraña no es un hombre sino una sombra. Y ni siquiera una sombra sino solo un cuchillo; Muraña es la sombra de un cuchillo.

Borges cuenta luego en cuatro versos la historia de aquel feroz Ibarra que mató a su hermano menor porque le llevaba una muerte de ventaja; y luego:

Una mitología de puñales
lentamente se anula en el olvido;
Una canción de gesta se ha perdido
En sórdidas noticias policiales.

Hay otra brasa, otra candente rosa
De la ceniza, que los guarda enteros;
ahí están los soberbios cuchilleros
Y el peso de la daga silenciosa.

Aunque la daga hostil, o esa otra daga,
El tiempo, los perdieron en el fango,
Hoy, más allá del tiempo y de la aciaga
Muerte, esos, muertos viven en el tango.

Nueve cuartetas ha necesitado este hombre --que casi

siempre es ejemplo de síntesis-- para desembocar en el tema de su poema. Y fue “fango” la rima que le suscita la palabra “tango”.

Las estrofas que siguen, algunas de ellas bellísimas (como la que concluye “detrás de las paredes recelosas/ el Sur guarda un puñal y una guitarra”), no hacen más que tirar de la punta del ovillo de los recuerdos y evocar aquel tango visto o entrevisto en la infancia, con una pareja de hombres bailándolo en la vereda. Hacia el final Borges llamará “diablura” al tango y terminará con la confesión previsible:

El tango crea un turbio
pasado irreal que de algún modo es cierto;
el recuerdo imposible de haber muerto
peleando, en la esquina de un suburbio.

Borges se queja una vez más de ser tan solo el que cuenta las sílabas en la noche, y se avergüenza de lo que él llama su cobardía. Borges, que inventó a Muraña, hubiera querido ser Muraña. El soñador tiene envidia del hombre que ha soñado.

Borges y Gardel

Borges suele hablar mal de Gardel hombre y del Gardel artista. Opina que Gardel “ablandó” al tango, que lo hizo sollozante y quejoso. Alguna vez va aun más allá y añade que en realidad a Gardel no le gustaba el tango, ni cantarlo ni bailarlo, y que se dedicó a él solo por dinero.

Descontando la cuota fija de diabluras con las que Borges suele obsequiar a los periodistas, todavía queda bastante mala voluntad como para alimentar algunas incógnitas. ¿Cómo es posible que este hombre, que ha confesado no saber escuchar música, que de los clásicos solo reconoce a Brahms (y a duras penas, según testimonio de Silvina Ocampo), que durante cincuenta años prácticamente no escuchó más

que tangos, que al oír uno fuera de su país, igual que a todo hijo de vecino, le entra una extraña comezón de nostalgia, cómo es posible que tal hombre no haya conseguido entrar en la magia de Gardel? Florencio Escardó tiene escrito que Buenos Aires, ciudad que olvida a todo el mundo, “en la que no hay uno solo, que no haya sido ovacionado cinco días antes de ser olvidado, Gardel es el único que la ha poseído. La figura de Gardel –añade Escardó– es la única que reúne votos-devotos en toda la Argentina”. ¿Por qué no el voto-devoto de Borges?

Yo creo que hay dos explicaciones.

La primera tiene que ver con el pudor. Borges es un hombre extremadamente pudoroso, como lo prueban sus personajes. El corralero, “Hombre de la esquina Rosada”, pide que le tapen la cara mientras agoniza en el bailongo de Julia, para que no vean los visajes de su muerte. A Beatriz Viterbo, en el “El Aleph”, le ocurre algo similar. Borges describe esa muerte diciendo que “no se rebajó ni un solo instante al sentimentalismo ni al miedo”.

Al púdico Borges le incomoda el melodramatismo de las letras de Julio Le Pera y el abuso de esas situaciones --inauguradas por “Mi Noche Triste”-- que los brasileños han bautizado como “o lamento do cornudo”. También le cae mal la equívoca aureola que adorna la relación de Gardel con las mujeres⁸. Porque Borges (y el feminismo aun no lo ha descubierto) es el escritor argentino que abomina más visceralmente de toda clase de rufianismo, una práctica que Borges ve como ajena al mundo del argentino esencial: el hombre de las orillas hereda del gaucho, que es su antepasado inmediato, el cuchillo, la guitarra y el chambergó, pero aprende del inmigrante europeo las técnicas para la trata de blancas, que el gaucho desconocía. Al púdico Borges, Gardel le parece sospechoso en estos graves asuntos, y prefiere guardar distancias.

Sin embargo, a mí se me ocurre otra explicación, más arbitraria y más atractiva. Además, se apoya en un dato comprobable: Borges nunca habló bien de Gardel, pero nunca habló tan mal de Gardel como entre 1950 y 1970. ¿Por qué?

Yo creo que a Borges, Gardel le hace recordar a Perón, a quien abominaba. Creo que le parecen análogas sus sonrisas, su ambigua relación con la masa, los fenómenos emocionales que producen, su demagogia. Creo que Gardel es para Borges lo que Facundo Quiroga fue para Sarmiento⁹: el arma para luchar contra Perón, para luchar contra Rosas.

Solo así puede explicarse que Borges no se haya interesado por Gardel en términos literarios. El escritor que inventó al *atroz redentor Lázarus Morell* o al *tintorero enmascarado – Hákim de Merv*, tuvo durante años bajo sus narices la increíble historia del hijo de una planchadora de Toulouse que vive y muere con una bala alojada en su pulmón derecho y que conquista al mundo con su voz. Todo estaba hecho a la medida para que Borges contase esa historia. Si hasta el médico que operó a Gardel, infructuosamente, en 1915 para extraerle la bala después de la gresca a la salida del Palais de Glace, tiene nombre de personajes borgeano. Se llamaba Ricardo Donovan⁹.

Notas:

¹ En declaraciones posteriores (y era un tema habitual de sus entrevistas) Borges aludirá al asunto, pero se puede suponer que el retorno a Buenos Aires y el impacto que ello produjo en su vida y en su obra, borraron en parte lo que “efectivamente” sentía por Buenos Aires –personal y literariamente– en aquellos años europeos. “Esta ciudad que yo creí mi pasado”/ es mi porvenir, mi presente; /los años que he vivido en Europa son ilusorios, / yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires”, escribirá en “Arrabal”, poema de su libro *Fervor de Buenos Aires* en el que el propio

Borges deja testimonio de esas dos referencias sucesivas: Buenos Aires como irrecuperable pasado (visto desde su adolescencia europea) y Buenos Aires como presente y futuro, después del regreso.

² Una digresión: España será el único país de Europa donde el tango interese más como música que se canta que como música que se baila. Y una paradoja: Italia, país de origen de muchos de los músicos del tango, es el país de Europa Occidental en el que el tango dejará menos huellas. Y ya que estamos en el tema: una mayoría de los directores de orquesta y compositores del tango son de origen italiano: Pugliese, D'Arienzo, Di Sarli, - Piazzolla, De caro, Discépolo, Nanzioni (Manzi). Los cantores de tango, en cambio, tienen casi todos apellidos de origen español: Edmundo Rivera, Roberto Goyeneche, Angel Vargas, Alberto Marino, Alberto Castillo, Raúl Berón, Alberto Morán, Jorge Vidal, Jorge Sobral, Floreal Ruiz, Jorge Casal, Oscar Alonso y muchos más.

³ *Misas herejes*, además, es uno de los libros que Borges tenía con él en Europa.

⁴ Discépolo, Enrique Santos. Es el más famoso de los letristas del tango. Autor de "Yira, yira", "Cambalanche", "Cafetín de Buenos Aires". Le pertenece, también, la más conocida definición del tango: "Es una idea triste que se baila".

⁵ No olvido, por cierto, los nombres de González Tunnón, Mariani y Castelnuovo, pero el tango siempre fue "marginal" y un poco vergozante en la creación literaria argentina. El tango solo estuvo presente de un modo dominante en el teatro, como se verá más adelante.

⁶ "Mi Noche triste" es el primer tango que graba Gardel. Antes había grabado 13 estilos, otras tantas canciones, una zumba, un vals, una vidalita, una cifra y un gato patriótico. La prueba de que la aceptación absoluta del tango fue un proceso lento está en que el

primer disco de Gardel con tangos por ambas caras es de 1922, cinco años después de "Mi Noche Triste", disco Odeón no. 18.057: El Patotero Sentimental/ Madre). La grabación de "Mi Noche Triste" que todos conocemos no es la original del 17, sino la que repitió en 1930. La diferencia entre ambas versiones es abismal.

⁷ Escolaseo: Juego de cartas o ruleta, por dinero.

⁸ Este asunto roza otro dato curioso de la historia argentina. Es el que se refiere a la escasa descendencia de sus figuras más importantes. Hipólito Yrigoyen, Perón, Evita, Gardel, Borges y Cortázar no han tenido hijos. San Martín, Sarmiento y Rosas, sólo uno. La excepción notable a esta regla es la del "Che" Guevara.

⁹ La historia de esta bala es poco conocida, y dio pie a una fascinante leyenda según la cual la caída del avión en el que viajaba Gardel, a Colombia, se debió a una oscura cuestión de intereses dirimida a tiros. La prueba que se ofrecía era, precisamente, esta bala encontrada en el cadáver carbonizado del cantor. Vargas, Alberto Marino, Alberto Castillo, Raúl Berón, Alberto morán, Jorge Vidal, Jorge Sobral, Floreal Ruiz, Jorge Casal, Oscar Alonso y muchos más.





Volver a pintar a Borges:

A propósito de los retratos de Francisco Rodón

1987

Efraín Barradas

A Luce López Baralt y Arturo Echavarría

I. Ver o no ver a Borges.

Nunca vi a Borges. Fácilmente pude evadir todas las ocasiones cuando pude verlo: no recuerdo si dejé de asistir a una lectura suya de poemas en Nueva York o si me ausenté de una presentación de él en Cambridge o quizás evadí un panel en New Haven en el que participaba. Pero lo cierto es que, en carne y hueso, nunca lo vi.

No quise verlo, menos aun verlo en el ámbito académico donde parecía ser el único lugar donde lo hallaba. Así fue porque a pesar de las delicadezas diplomáticas de ese contexto, no hubiera sido, en verdad, el lugar más apropiado para observar al viejo monstruo que nunca dejó de fascinarme. Siempre temía que, aun en ese ambiente de respeto por su obra, entre el público alguien muy bien educado o alguien mejor intencionado u óptimamente leído le hiciera una pregunta a la cual Borges se viera obligado a responder con una de esas respuestas suyas donde ensalzaba a los que él creyó por un tiempo los caballeros militares de su país o a sus colegas chilenos que le rindieron honores que podrían resquebrajar aun más la frágil imagen que de él me había ido creando.

Temí siempre verlo por puro azar, de la misma manera que vi a Cortázar sin planearlo una noche neoyorquina cuando la guagua en que viajaba cruzaba Broadway por la Calle 110 y al mirar avenida arriba lo vi rodeado de profesores, acabado de salir de una conferencia brillante -- me imaginaba-- y risueño y altísimo: su cabeza sobresalía entre el grupo que lo rodeaba y su cara reflejaba algo ingenioso que, de seguro, acababa de decir. Pero nunca me crucé con Borges en una calle de Cambridge aunque me habían dicho que le gustaba mucho

esa calle por donde Emerson, uno de sus maestros, había transitado en su juventud. Años después de que Borges viviera en Cambridge descubrí en las malas entrevistas que le hizo Richard Burgin que su casa durante su año en Harvard quedaba al lado de donde viví yo por dos.

Desde entonces cada vez que salía de mi edificio y pasaba frente al que había sido el suyo pensaba en las coincidencias y los juegos de azar que tanto le gustaban a Borges. Mi vida en Cambridge se convertía por unos instantes en un posible cuento suyo. Pero nunca se dio la coincidencia mayor de toparme con él al ir por Brattle Street o al cruzar el Common camino a casa. Ni por voluntad ni por azar llegué a ver a Borges.

También trataba al máximo de no ver esas deprimentes fotos tuyas que forzosamente acompañaban las notas periodísticas sobre él: Borges en la Universidad de Puerto Rico, Borges sentado en un café en Buenos Aires, Borges llega a Ginebra. ¿Era ése el verdadero Borges o lo era el que yo creía ver a través de sus cuentos y sus poemas? El Borges de “Poemas de los dones” es para mí un ser humilde y las sonrisas de satisfacción que veía en algunas de aquellas fotos contradecían esa humildad que percibía al leer el poema. El que narra “Tlon, Uqbar, Orbis Tertius” es un Borges inteligentemente juguetón, “witty” de una manera que sólo se puede decir en inglés, y el que salía en los periódicos era un anciano demasiado vulnerable para ser que ve descamante sagaz. “El de Borges y yo” -- ¿cuál más directo? -- era mercurialmente evasivo--“...cuál de los dos escribe esta página”-- y el de los periódicos estaba congelado en una fotografía muchas veces nada borgeana: pesada, sin gracia y que tomaría demasiadas palabras para describir. Esas fotos eran todo lo contrario de un cuento o poema suyo. Evitaba mirar esas fotos porque en última instancia para mí Borges estaba en, o mejor, era sus propias palabras.

II. La cámara en el infierno.

Edward Munch decía que pintaba no lo que veía sino lo que había visto y añadía que por eso la cámara fotográfica no podía competir con el pincel; según Munch, la cámara no se puede usar ni con el cielo ni con el infierno. Es obvio que el gran maestro escandinavo nunca llegó a apreciar el mundo infernal de una foto de Diane Arbus, ni el juego hedonista, casi paradisiaco, de una de Imogen Cunningham, ni la vitalidad de cualquiera de Tina Modotti. Hay buenas fotografías de Borges -- la de özkök, por ejemplo, es excelente -- pero como no eran esas las publicadas en los diarios las que desatendía se merecían mi esfuerzo por ignorarlas. (Curiosidad borgeana: tras su muerte descubrimos que Borges le otorgó al fotógrafo Cartier-Bresson el Premio Novecento aunque no podía ver esas fotos que premiaba sólo días antes de morir).

Pero recuerdo ahora las palabras de Munch -- ser que parecería sacado de un cuento de Borges si se eliminase algo de su angustia kafkiana -- no porque me sirvan para justificar mi desprecio por ciertas imágenes fotográficas del argentino sino porque me llevan a recordar y revisar mentalmente imágenes artísticas tuyas que he visto y que ahora recuerdo, esas que Francisco Rodón ha creado. Evadí a Borges y pretendía ignorar su imagen en los diarios; pero con insistencia quise ver los Borges de Rodón. Ahora me pregunto por qué, por un lado, las evasiones y por qué, por otro lado, sobre mí mismo podría descubrir si explorara un poco el sentido de estas interrogantes. A eso me dispongo.

Vi los Borges de Rodón por primera vez un mediodía boricua que, por su calor -- el físico y el de la compañía con que me hallaba: la de mi mejor amiga puertorriqueña -- invitaba más a la cháchara compartida con una cerveza que a la contemplación de cuadros como aquéllos, cuadros donde el retratado

es un ser tan poco tropical como lo es Borges. Rodón mismo ha contado su experiencia al pintar a este modelo. Su testimonio sobre la elaboración del más importante de estos cuadros que esa tarde tropical veía por primera vez dice más de Rodón que de Borges. Inmediatamente tras mi primer encuentro con los Borges de Rodón, encuentro que tuve guiado por el propio artista, escribí una nota sobre los retratos del escritor argentino y los otros que a la vez exhibía Rodón. (¿Dirá mi nota más de mí que de mi tema?) Pero en esa nota no le presté suficiente atención, la que ahora espero prestarle, a los retratos de Borges que entonces tenía ante mí. Me atraía en ese momento una constante que descubría en la obra de Rodón --su atención, su interés, su obsesión por los poderosos -- y no las piezas en particular: miraba entonces el río que atraviesa y fecunda todo el bosque pero no los árboles que lo componen. No me preguntaba entonces por qué la imagen de Borges reaparece más frecuente que la de otros monstruos sagrados de Rodón. Nijinski sólo pinta uno; Muñoz y Alicia Alonso sólo uno también. Betancourt, aunque se repite, es casi como una única imagen. Rodón como maestro de otros tiempos pero no como pintor de nuestros días, no le teme a hacer copias de un cuadro suyo que en particular le guste: hay, que yo sepa, dos copias idénticas del cuadro de su madre como niña (“Infancia y muerte de Inés” 1963—68) y dos de su primer retrato de Borges. Todo esto confirma esa falta de temor a la pieza única, actitud que Rodón fomenta y parece utilizar para violentar uno de los preceptos centrales del arte moderno: la esencial unidad de la obra de arte de nuestros días. Un “ready made” de Duchamp, por ejemplo, vale sólo en su original y no se puede duplicar, como sólo vale el ‘único dibujo de De Kooning que Rauchenberg borró y ya es imposible causar el mismo efecto borrando otro. El dibujo de Rauchenberg (pues al borrarlo ya deja de ser de De Kooning) y el “ready made” perdido de Duchamp son actos más que objetos y valen por su ejemplaridad y por su identidad que es única. Duplicarlos o repetirlos

ni los duplica ni los repite: ser único es la esencia del arte contemporáneo. Pero a Borges lo repite Rodón varias veces: hace copias de un cuadro y reinterpreta la figura de su modelo en más de una obra o presenta una nueva variante del original. ¿Cómo? ¿Por qué? Estas son preguntas importantes que no me hice cuando vi por primera vez los Borges de Rodón.

III. Tres veces Borges.

Tres son los principales Borges de Rodón: “Borges o el Aleph” (1973-80), Buenos Aires, Colección Borges y San Juan, Colección del artista); “Solo Borges” (1977, Colección de Cándida Sellés de Vilá); y “Yo Borges” (1982, litografía con caligrafía de Enrique Martí Coll). Existen también dibujos que son obras terminadas, no bocetos ni estudios preliminares, pero, desafortunadamente, esas piezas no han tenido exposición pública suficiente como para hacerlas obras centrales en la producción de Rodón. Por ello aquí no las considero en mi revisión de este importante tema en la pintura del puertorriqueño.

Ya desde los títulos se nota la presencia del modelo. Mientras que en muchos casos Rodón reduce el título al nombre del retratado-- Rulfo, Alonso y Muñoz Marín son ejemplos de esta costumbre-- y en otros desaparece el nombre del retratado tras una alusión o una circunlocución -- “Andrómeda” en vez de Rosario Ferré, “Retrato de un presidente” en vez de Rómulo Betancourt -- en las imágenes de Borges su nombre siempre aparece pero en una combinación que refuerza su presencia: Borges es el Aleph o punto desde donde todo se puede ver; Borges es el único (“Solo Borges” o sea, Borges solamente, no Borges solitario); y Borges mismo cuando dice que es él (“Yo, Borges”), aunque siempre cabe la posibilidad en este último caso de ser borgeano y preguntarse si es Borges o Rodón quien dice ser Borges mismo. Los títulos de estos cuadros son mucho más poéticos y reveladores que los de muchas de sus otras piezas.

Estos títulos parecen formar una secuencia que vista cronológicamente se puede seguir de un extremo a otro y que nos lleva del todo (aleph) al yo, pasando por la exclusión de lo demás –todo, nada, yo -- o a la, inversa, del yo a la negación de los otros y que nos lleva, al universo en su totalidad:

“Borges o el Aleph”, “Sólo Borges”, “Yo Borges”. Los títulos de estos retratos de Borges son borgeanos y señalan la posibilidad de verlos como unidades interdependientes que forman un todo que es más la suma de sus partes. Como los cuentos de Borges, estos cuadros de Rodón se saben parte de una unidad mayor que, a la vez, se resume de cada pieza.

“Borges o el Aleph”, es cronológicamente el primero de estos retratos; es también el más ambicioso y problemático. En esta obra de gran tamaño (119” X 77”) el modelo aparece separado del medio ambiente sólo por la representación del piso de losetas, por el esbozo de un mueble que nos recuerda los que había en el lugar donde Borges posó (según vemos en fotos documentales que Rodón ha publicado) y por una reveladora sombra de una escalera de mano que se proyecta detrás del modelo y, posiblemente, en el torso de éste. Da mayor sentido de ingravidad y de aislamiento del ambiente casi inexistente el paño que cubre al modelo. Ese paño enajena doblemente al modelo: lo aísla de su ambiente y lo concentra en sí mismo dándole un aire de persona sin cuerpo. En el cuadro Borges está y es un enajenado. La pieza que cubre su cuerpo casi parece ser paño de barbero o camisa de fuerza que niega el cuerpo o lo aprisiona. El pintor nos quiere decir con este truco de dudosa validez que lo que importa en el cuadro es la cara del modelo. Sólo esta rompe con esa tónica de alienación que la ausencia del cuerpo y el esbozo del ambiente crean. Borges o la cara de Borges es el pequeño espacio, el punto o el aleph donde se concentra todo el cuadro a pesar de su gran tamaño. La cara de Borges tiene aquí un sentido fotográfico; presenta al modelo

en un momento en particular que el lente pudo captar. Pero paradójicamente, no es este un cuadro que trate de pasar por fotografía: Munch diría que ese Borges no es el que nosotros vemos o pudimos ver sino el que Rodón vio, que es un Borges que está en su cielo particular o en su infierno privado. Pero esa anteposición de la cara de Borges y el medio ambiente y hasta el cuerpo mismo del retrato introduce una contradicción contraproducente en el cuadro que, por ello mismo, no capta plenamente la fuerza psicológica del modelo ni alcanza los mismos logros estéticos de otros importantes cuadros de Rodón: pienso en su “Juan Rulfo” (1981-83), en su “Alicia Alonso” (1982-83) y, en particular, en su “Luis Muñoz Marín” (1974-77). El “aleph” del rostro de Borges no domina, como debería ser, en este cuadro. La promesa del título no se cumple. Pero, a pesar de ello, hay otros elementos en el lienzo que lo salvan.

A primera instancia “Borges o el Aleph” es el cuadro de una figura aislada y solitaria. Pero, al mirarlo más detenidamente, descubrimos la presencia indirecta o metonímica del pintor en el lienzo. No me refiero, naturalmente, al acto volitivo de la pincelada que nunca intenta en Rodón ser una ilusión de la realidad -- éste es un cuadro que se reconoce superficie pintada-- sino a una imagen proyectada en sombra en el lienzo que presupone y revela la presencia del pintor dentro del cuadro. El pintor habita su propia obra al introducir la sombra de una escalera que, como veremos, presupone una escalera real que lógicamente debe estar frente al modelo y que quedará asociada al pintor mismo. Este es, pues, uno de sus instrumentos de trabajo, y por ello, nombra y define al pintor en el cuadro como una metonimia. Las fotografías documentales que tenemos de Rodón pintando algunos de sus cuadros (véase el catálogo de su exposición de 1983 en el museo de la Universidad de Puerto Rico) evidencian que éste para poder cubrir el lienzo, usualmente de grandes dimensiones, tiene que usar una escalera de mano que no sólo le sirve para alcanzar toda la

superficie del cuadro, sino para ver a sus modelos desde un ángulo distinto -- superior, más alto -- al que asumiría de verlo de forma convencional. Este ángulo convencional es el que asumiré más tarde quien observe el cuadro terminado. Es este el ángulo que domina en casi todas las piezas de Rodón. Véanse su “Luis Muñoz Marín”, su “Alicia Alonso” o su “Marta Traba” (1971-72) y se confirmará este punto: Rodón nos obliga a mirar a sus monstruos sagrados desde un punto de vista de inferioridad, desde una posición que presupone al modelo más alto que el observador. Nos vemos obligados a mirar hacia arriba para ver a sus personajes que, si nos miran, lo hacen desde un punto superior al nuestro y que los separa de nosotros. Estos no son seres iguales a sus observadores; son monstruos sagrados. En resumen, en “Borges o El Aleph” la sombra de la escalera comprueba tres datos importantes: primero, hace evidente la presencia del artista en su propio cuadro; segundo, prueba que el artista, contrario al observador de la obra, a veces observa al modelo desde un punto más alto que el que nos asigna como espectadores; y tercero, que en un mismo cuadro Rodón introduce más de un ángulo, punto de vista o perspectiva, lo que añade otra nota de irrealidad a cuadros que engañosamente hablan de realismo.

Con mayor firmeza que en “Borges o El Aleph”, en “Sólo Borges” se viola la ilusión de realidad. De nuevo es la cara del modelo la que domina el lienzo. Aquí no hay esbozos ni ilusiones del cuerpo del modelo. La cara sale de unas sombras que no son representaciones de sombras sino manchas de pintura. Los goterones ruedan desde el centro temático del cuadro -- de nuevo, la cara de Borges-- que no es su centro físico. Estos goterones salpican violentamente hacia la derecha como en un acto de pura voluntad que destruye la ilusión de que el óleo diluido sólo rueda hacia abajo por mero control de la gravedad y no por plan premeditado del artista. Esas manchas que parecen salpicar hacia la derecha son prueba --

¿se necesitaban más?-- de la presencia de la mano del creador. (¿O se nos quiere dar la ilusión de que hay otras fuerzas en acción? ¿El viento?) En “Sólo Borges” Rodón se vale de un viejo recurso pictórico que desde el siglo XIX --Goya, Manet, Degas-- viene haciendo acto de presencia en la pintura occidental: el accidente como punto de partida y recurso gráfico que da la ilusión de una obra descuidada o accidentada. Esas manchas de pintura nada tienen de accidentales como, en ‘última instancia, tampoco lo tienen las salpicaduras que componen un Pollock o las manchas aparentemente descontroladas de un “desdoblado” de Morris Louis.

Pero lo que importa en “Sólo Borges” es la cara del retratado. Pintada con pinceladas que definen áreas de luz y sombra -- el cuadro es todo en blanco y negro--, la cara de Borges rompe con el concepto de verosimilitud realista: por el color, por las pinceladas, por su forma misma. Esa cabeza flotante no deja de hacerme recordar la del Bautista en el dibujo de Bearsdley para Salomé de Oscar Wilde. Como esa cabeza de Juan, la de Borges aquí parece cercenada y chorrear sangre. Pero mientras en el dibujo del inglés la irrealidad de la sangre forma patrones decorativos curvos y alargados -- la línea definitoria del “Art nouveau” o del “Jugendstil” --, en el cuadro de Rodón la cabeza aislada parece flotar en un asombro y, leamos o no las manchas como sangre, estas no forman un patrón decorativo formado por el azar. Es natural que así sea: en esta comparación el siglo XX se antepone al XIX; es el accidente frente al patrón, la falsa impresión de improvisación que se antepone al clisé que se repite. El patrón que forma la sangre del Bautista de Bearsdley es el mismo que aparece en una reja de Gaudí, en un jarrón de Gallé o en un cartel de Eckmann. Y podríamos emparentar a su vez las manchas del cuadro de Rodón a muchas de las arquetípicas de nuestros siglos: las de Pollock y las de Louis pero también las de Sam Francis y Antoni Tapies. Rodón, hijo de nuestro siglo, juega con el

azar que ha reclamado como parte integral suya el arte de nuestros tiempos. Pero su juego, contrario al de Bearsdley, presupone que aceptamos el accidente como parte de la obra de arte y no que la realidad también es decorativa. Por ello y aunque así el pintor no lo haya deseado, “Sólo Borges” supera, por su mejor y mayor acoplamiento entre tema y técnica y por su presuposición de una historia artística que asume con ejemplar naturalidad, los demás cuadros suyos del mismo modelo.

En “Sólo Borges”, contrario a “Borges o El Aleph”, no hay antagonismo ni contradicción ni tensión sin resolver estéticamente entre el centro temático del cuadro y el resto del lienzo. Mientras en el retrato anterior el medio ambiente y hasta el cuerpo mismo del retratado le quitan la fuerza al centro de la pintura, en esta otra pieza la cara de Borges es indiscutiblemente el centro temático y estético. El resto del lienzo está en función del tema central; no compite con este sino que, al contrario, lo complementa. “Sólo Borges” es un cuadro menos aventurado y ambicioso que “Borges o El Aleph”, a pesar del riesgo que el pintor se corre con que la tilden de obra decorativa, de mera ilustración digna sólo de una revista. Pero “Sólo Borges” es, en última instancia, una obra más lograda pues, aunque “Borges o el Aleph” intenta alcanzar logros mayores falla, sobrepasa las metas que el pintor se impuso al pintarla. Pero ninguno de los dos se convierte en la obra maestra de Rodón: por ese título competirán su temprana “Infancia y muerte de Inés” o quizás su “Mulata desnuda” (1970) cuando no su más reciente “Alicia Alonso” o su “Luis Muñoz Marín”. Esto hay que decirlo para contrarrestar algún comentario desmedido sobre estas obras, particularmente sobre la primera (véanse los comentarios de Rafael Squiru sobre esta pieza en el catálogo ya mencionado). Lo que no implica que crea que los retratos de Borges sean piezas descartables en la trayectoria estética de Rodón ni en la historia de nuestra pintura. Ambos cuadros hacen aportes importantes a estos proyectos

y a la pintura hispanoamericana en general.

La obra menos lograda de los tres cuadros borgeanos de Rodón es su litografía “Yo Borges”. Rodón ha tenido una relación muy difícil con la gráfica a pesar de muestras meritorias en este medio como lo es la serigrafía basada en su retrato de Gradisa Fernández. El artista se ha visto casi obligado a cultivar la gráfica por la fuerza que ese medio ha tenido y tiene en las artes puertorriqueñas. La gráfica de Rodón hay que entenderla como respuesta a la presión de un medio que casi se define exclusivamente por esta técnica: ¿qué artista puertorriqueño no lo ha cultivado en algún momento de su carrera? Esta --hay que recordarlo-- representa hasta hora lo más logrado de nuestra expresión pictórica. Como artista puertorriqueño, pues, Rodón se ve obligado a crear gráfica: porque ese es el canon con que se mide a los otros; porque es un medio de subsistencia más factible en un mercado de arte donde es difícil vender óleos; porque es una forma efectiva de llegar a mayor número de espectadores. Pero Rodón no es esencialmente un artista gráfico; es por esencia pintor. Estoy consciente que tal aseveración es problemática y que opiniones como esta sobre la obra gráfica de Rodón ya han causado dificultades en nuestro ambiente artístico. Pero creo que todo esto se hace muy evidente en “Yo, Borges”.

La obra, de nuevo, la domina una gran cara de Borges que, contrario a la imagen anterior, ocupa casi toda su cara. Pero esta cara no refleja la angustia que se percibía en “Sólo Borges”; esta es una máscara --una mascarilla funeraria-- más que una cara. La imagen funeraria complementa muy bien el texto de Borges que ocupa el resto de la superficie. El texto habla sobre la muerte como la esencia del ser que trata de buscar su identidad. Por ello digo que esta imagen de Borges es apropiada al texto que lo acompaña. Pero, en términos estéticos, hay en la obra otro conflicto entre texto e imagen: la imagen

de Borges complementa al texto pero la forma del texto --la caligrafía --contradice la imagen y el texto mismo. Quizás el problema esté en que texto, imagen y caligrafía son de tres manos: Borges, Rodón y Martí Coll. Rodón acopla su imagen al texto pero la caligrafía --demasiado nítida y ordenada, demasiado controlada y académica-- niega la angustia del texto y de la máscara mortuoria que crean Borges y Rodón.

IV. Para una lectura borgeana de Borges.

Los cuadros borgeanos de Rodón me obligan a ver a Borges. Los que lo vieron en vida o los que nos negamos a verlo, lo vuelven o lo tenemos que ver indirectamente si nos acercamos a estos cuadros. Nunca he evadido mirar los Borges de Rodón como evadí ver a Borges o traté de evitar ver su imagen en fotografías. ¿Por qué? ¿Por qué busco su presencia en un lienzo cuando la evadía al ser captada por el lente al hacer acto de presencia el hombre? Esta contradicción o mera paradoja me inquieta y creo vale la pena explorarla.

Evadí a Borges -- creo-- porque las contradicciones entre su persona y su obra me resultaban demasiado dolorosas, quizás porque me hacían más dramáticas mis propias contradicciones. ¿Cuántas veces no tuve que justificar ante otros mi gusto por los cuentos y poemas de Borges? ¿No apuntaría esas justificaciones a contradicciones propias que aun no había o no he podido conjugar en mí mismo? ¿No temía ver a Borges por miedo a quedar fascinado por ese monstruo que reproducía de manera exagerada -- por eso era monstruoso--algo que todo intelectual lleva en sí y que lo hace intelectual? Borges parecía negar su medio histórico y cultural y cuando lo afirmaba directamente -- no a través de su obra-- lo hacía con torpeza ejemplar. ¿No le temíamos nosotros, los que no queríamos negarnos, por miedo a convertirnos en torpes intelectuales ciegos a sus propias y apremiantes circunstancias? ¿No queríamos negar a Borges para

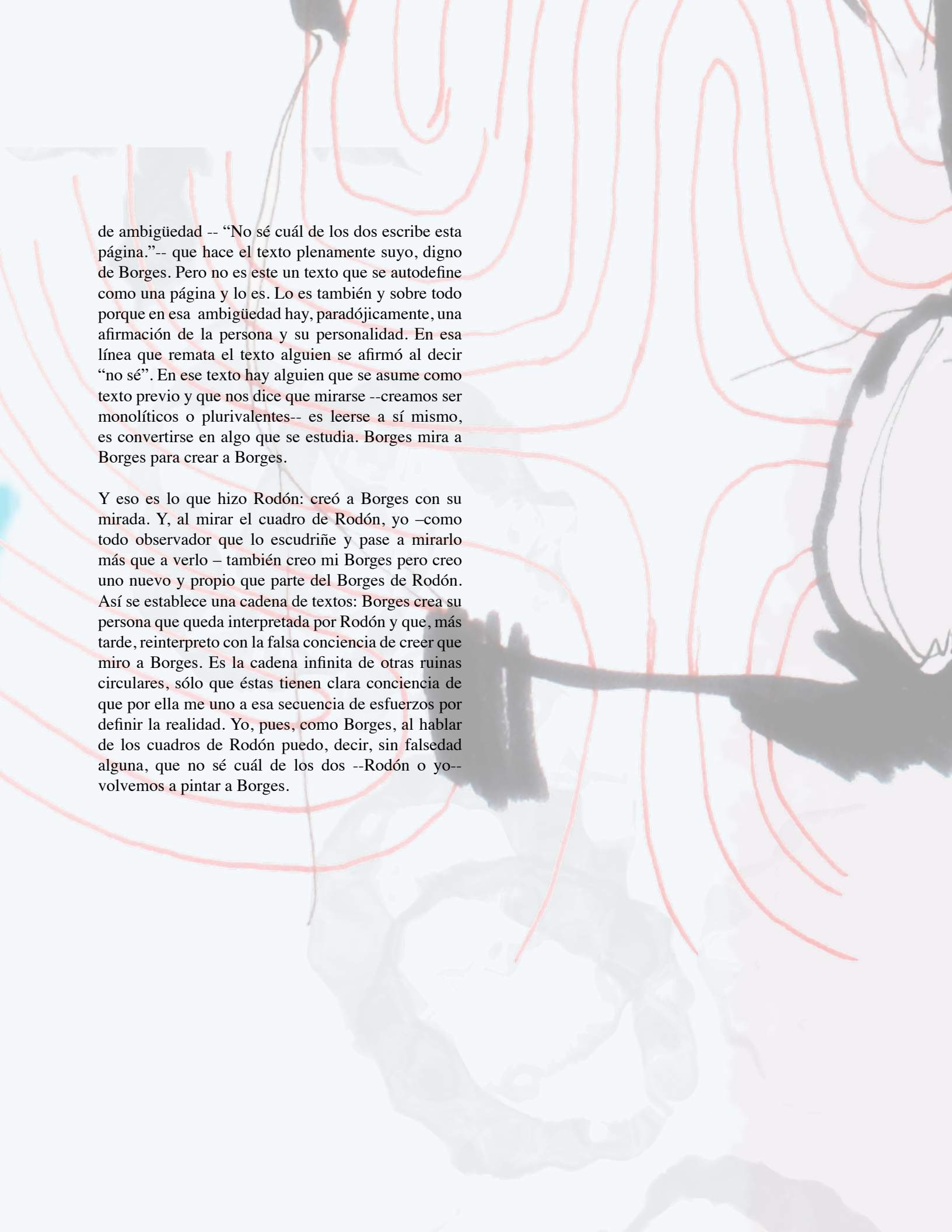
así no negarnos ni evadir nuestras circunstancias? En cierta medida temíamos quedar fascinados ante él y por ello lo evadíamos o lo negábamos.

Mi disgusto por las fotos de Borges, se debe a su inmediatez. Las fotos son el ser retratado cuando estas se ven como testimonio de lo captado en la imagen y no como medio de expresión artístico. Como lector de Barthes y Sontag, sé que la fotografía es una obra de arte, problemática y de nuestros días problemáticos en cuestiones estéticas también. Pero nunca miré una foto de Borges como miro una de Álvarez Bravo o una de Méndez Caratini o de Weston. Quizás con el tiempo -- recordemos los versos de Palés dedicados a Llorens -- alguna de esas fotos de Borges cuenten para mí como obra de arte y no como documento de una personalidad contradictoria y que sacaba a flote mis propias contradicciones o mis temores de contradecirme. Por ahora esas fotos son meros sustitutos del hombre del que huíamos.

Pero los Borges de Rodón, sin ser Borges, son como el mío: lectura e interpretación de una persona que como un texto se hace posibilidad de versiones, se hace personaje. Los Borges de Rodón son eso: sus Borges, interpretaciones de un hombre que a su vez es interpretación de sí mismo.

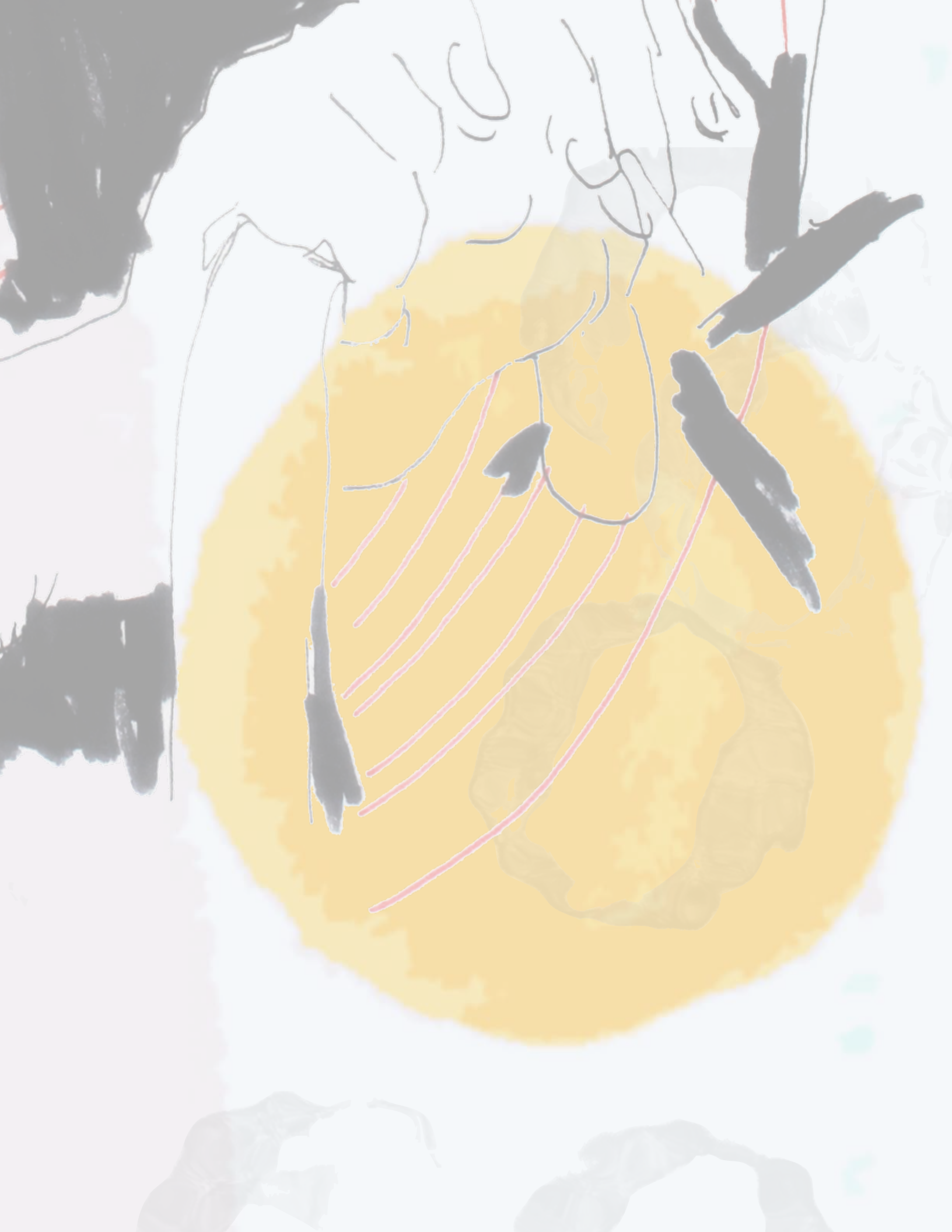
V. “Borges, Rodón y yo”

En “Borges y yo”, uno de mis textos favoritos del maestro argentino, el autor se mira a sí mismo y nos obliga a mirarlo. Hay dos Borges, uno que parece el verdadero y otro que parece falso y que es la proyección pública del otro, del real o secreto. (Como lector puertorriqueño pienso que leo este texto en “A Julia de Burgos” de nuestra gran poeta.) Pero el texto borgeano sería sólo medianamente exitoso si se conformara con la presentación de esa dicotomía tan trillada en nuestros días post-freudianos. Magistralmente Borges cierra el texto con una nota



de ambigüedad -- “No sé cuál de los dos escribe esta página.”-- que hace el texto plenamente suyo, digno de Borges. Pero no es este un texto que se autodefine como una página y lo es. Lo es también y sobre todo porque en esa ambigüedad hay, paradójicamente, una afirmación de la persona y su personalidad. En esa línea que remata el texto alguien se afirmó al decir “no sé”. En ese texto hay alguien que se asume como texto previo y que nos dice que mirarse --creamos ser monolíticos o plurivalentes-- es leerse a sí mismo, es convertirse en algo que se estudia. Borges mira a Borges para crear a Borges.

Y eso es lo que hizo Rodón: creó a Borges con su mirada. Y, al mirar el cuadro de Rodón, yo --como todo observador que lo escudriñe y pase a mirarlo más que a verlo -- también creo mi Borges pero creo uno nuevo y propio que parte del Borges de Rodón. Así se establece una cadena de textos: Borges crea su persona que queda interpretada por Rodón y que, más tarde, reinterpreto con la falsa conciencia de creer que miro a Borges. Es la cadena infinita de otras ruinas circulares, sólo que éstas tienen clara conciencia de que por ella me uno a esa secuencia de esfuerzos por definir la realidad. Yo, pues, como Borges, al hablar de los cuadros de Rodón puedo, decir, sin falsedad alguna, que no sé cuál de los dos --Rodón o yo-- volvemos a pintar a Borges.



La *Revista Cayey*, una revista arbitrada semestral de la Universidad de Puerto Rico en Cayey, divulga trabajos multidisciplinarios e interdisciplinarios de investigación y creación, así como reseñas de libros, en español o inglés.

Instrucciones para el envío de colaboraciones:

1. Todos los textos sometidos a la *Revista Cayey* deben ser inéditos.
2. Se enviará una copia impresa del texto (de un máximo de 25 páginas, incluidas las referencias bibliográficas) en papel 8.5 x 11, a doble espacio, en letra tamaño 12 puntos, fuente Times. Se enviará además una versión digital por correo electrónico o en un disco compacto. La identidad del autor sólo debe aparecer en la página de cubierta.
3. Todo artículo de investigación debe venir acompañado de:
 - a. una breve nota biográfica del autor(a) que incluya su nombre, afiliación institucional, dirección postal y electrónica.
 - b. un resumen (“abstract”) de no más de 150 palabras, en español y en inglés
 - c. una lista de cinco palabras o frases clave (no contenidas en el título del artículo), también en ambos idiomas.
 - d. la identificación del manual de estilo bibliográfico usado
4. De acuerdo con las distintas disciplinas, el formato bibliográfico de los artículos de investigación puede obedecer a diversos manuales de estilo (MLA, Chicago, APA, CBE, ACS, AMS, AIP, LSA, etc.), siempre que se siga con uniformidad un manual en particular. Sin embargo, se deben observar las siguientes reglas:
 - a. Se emplearán bastardillas (“italics”), no subrayado, para títulos de libros y énfasis.
 - b. Se emplearán notas al pie del documento (“endnotes”), no al pie de página (“footnotes”).
 - c. Las referencias bibliográficas se incluirán como lista al final del artículo, no como notas al calce.
5. Las reglas para el envío de reseñas de libros son las mismas que aplican a los artículos de investigación. Las reseñas no deben exceder 1,500 palabras.
6. En caso de que los textos no cumplan con estos requisitos no se someterán a evaluación.
7. Los artículos de investigación y reseñas serán evaluados anónimamente por una Junta Editora que incluye a dos pares externos a la UPR en Cayey. La Junta Editora tomará la determinación final sobre la publicación. Los evaluadores podrían sugerir cambios y/o correcciones, y de éstas ser aceptadas por los autores o autoras, el artículo podría considerarse nuevamente para publicación.
8. Los textos de creación serán sometidos a evaluación por pares, pero no de forma anónima.
9. La determinación final de publicación se notificará al autor o autora por correo electrónico y/o postal.
10. Los textos que sean aceptados para publicación aparecerán también en la edición virtual de la *Revista Cayey* en la Internet.

Las colaboraciones y toda correspondencia deben dirigirse a: revistacayey@gmail.com

y/o

Universidad de Puerto Rico en Cayey

Revista Cayey

PO Box 372230

Cayey, P.R. 00737-2230

(787) 738-2161, extensión 2119

Visítenos en: <http://web1.oss.cayey.upr.edu/main/unidades/revista-cayey>

Revista Cayey, a peer-reviewed journal of the University of Puerto Rico at Cayey, publishes multidisciplinary and interdisciplinary research papers, creative texts and book reviews, in English or Spanish.

Guidelines:

1. All submitted texts shall be unpublished.
2. A digital version of the text (a maximum of 25 pages, including works cited, double-spaced, letter size 12 Times New Roman) must be sent through e-mail or CD. A hard copy of the text must also be sent. The name of the author should only appear on the cover page.
3. Every article or review should be accompanied by:
 - a. The author's biography, which should include his/her address, e-mail, and the name of the institution for which he/she works.
 - b. An abstract not exceeding 150 words, both in English and Spanish.
 - c. A list of five key words or phrases (not included in the article's title), both in English and Spanish.
 - d. The bibliographic style used in the article.
4. According to the various fields of study, the bibliographic style of research papers may follow different manuals (MLA, Chicago, APA, CBE, ACS, AMS, AIP, LSA, etc.) Nonetheless, the following rules should be observed:
 - a. Italics must be used for book titles and emphasis.
 - b. Endnotes will be used instead of footnotes.
 - c. Works cited will be included as a final list at the end of the article, not as footnotes.
5. The rules for research papers also apply to book reviews. Book reviews must not exceed 1,500 words.
6. Texts that do not meet the guidelines will not be considered for review.
7. Research papers and book reviews will be evaluated anonymously by peers. Creative texts will also be evaluated by peers, but not anonymously.
8. The author will be notified either through mail or e-mail of the results of the evaluation.

All texts must be sent to: revistacayey@gmail.com

or

University of Puerto Rico at Cayey

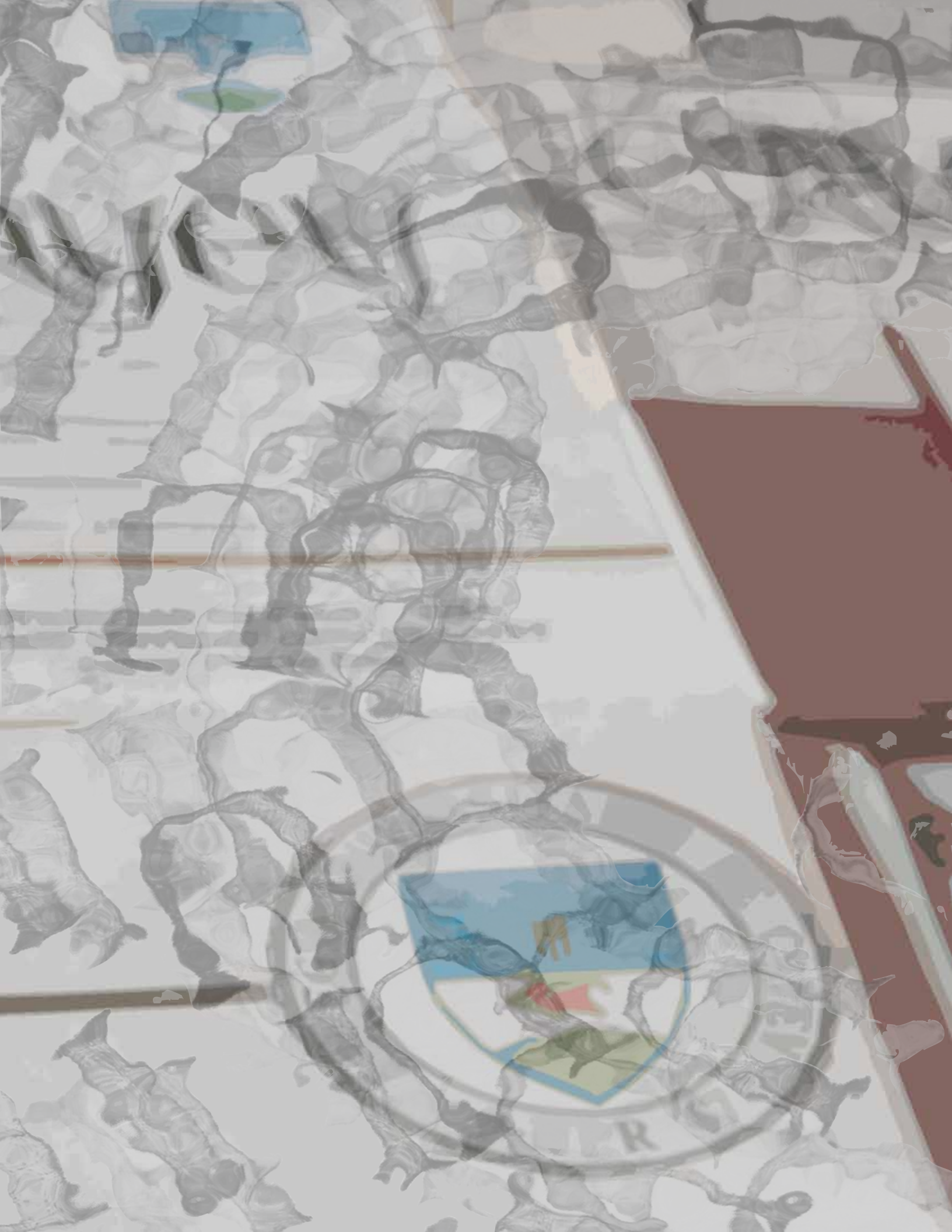
Revista Cayey

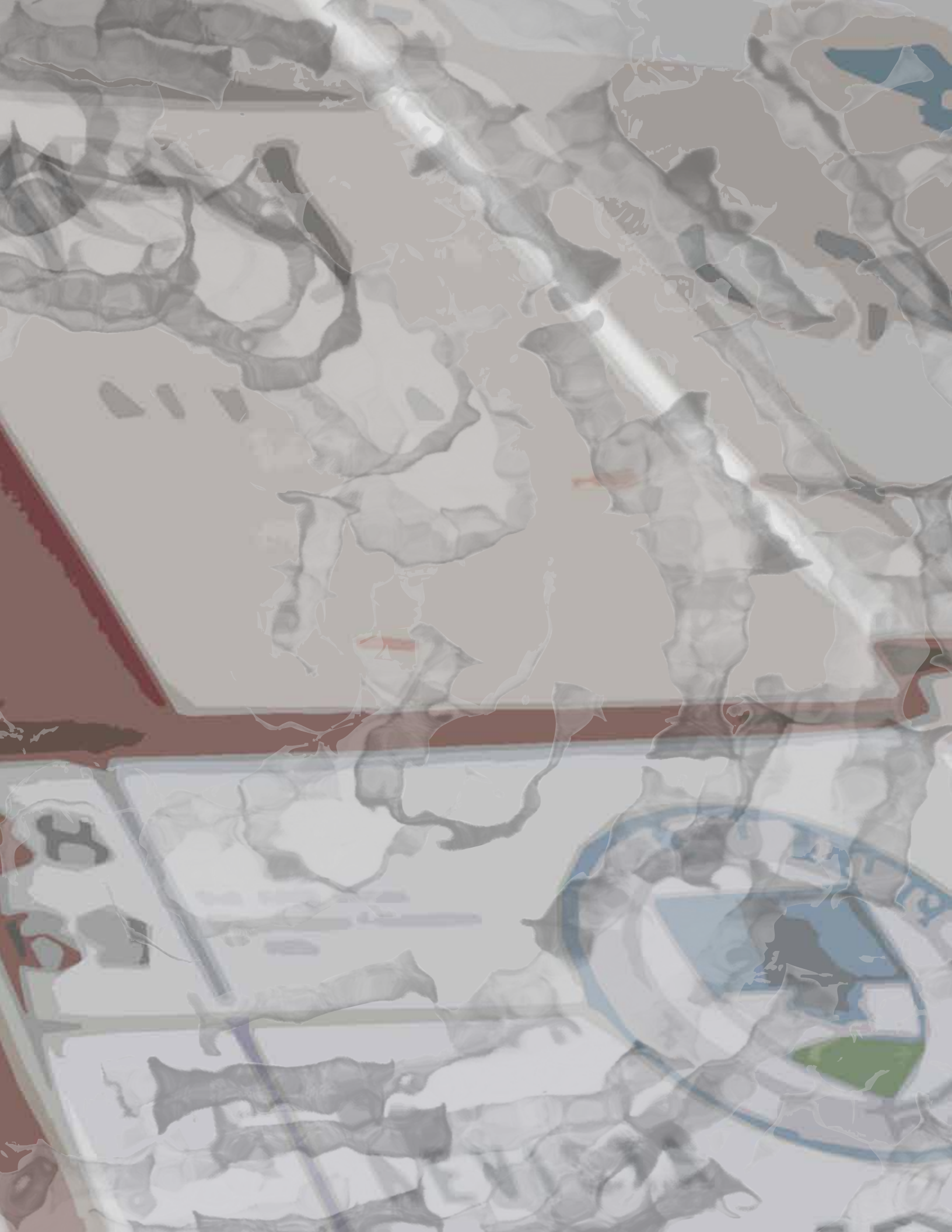
PO Box 372230

Cayey, P.R. 00737-2230

(787) 738-2161, extension 2119

Visit our webpage: <http://web1.oss.cayey.upr.edu/main/unidades/revista-cayey>





UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
UNIVERSITARIO DE CAYEY
PUERTO RICO



La *Revista Cayey* es una publicación académica semestral de la Universidad de Puerto Rico en Cayey fundada en 1968. Divulga trabajos multidisciplinarios e interdisciplinarios de investigación y de creación, en español, inglés y lenguas romances. Promueve el debate y el análisis crítico de las diferentes formas del saber y contribuye a su desarrollo. Constituye un foro para la expresión de estudiantes universitarios, intelectuales, investigadores y artistas de Puerto Rico y del exterior.